Jacques Bergier

EL LIBRO DE LO INEXPLICABLE

Jacques Bergier y el grupo INFO

EL LIBRO DE LO INEXPLICABLE

Adaptación de GEORGES H. GALLET

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Título original:
LE LIVRE DE L'INEXPLICABLE

Traducción de
ROSA M.ª BASSOLS

Primera edición: Setiembre, 1974

© Editions Albin Michel, 1972
© 1974, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
LE LIVRE DE L'INEXPLICABLE

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-31057-1 — Depósito Legal: B. 39.461 - 1974

ÍNDICE

PRÓLOGO 11

PRIMERA PARTE

LAS CIVILIZACIONES DESAPARECIDAS

LAS FIGURILLAS DE ACAMBARO, por Ronald J. Willis . . 25
LOS MISTERIOSOS OBREROS DE LA MINA DE COBRE EN AMÉRICA DEL NORTE 39
¿FENICIOS EN EL NUEVO MUNDO?, por Ronald J. Willis . . 45
Algunas observaciones sobre el texto de Paraíba, 49. — Monedas romanas en Venezuela, 51
EL OBJETO DE COSO, por Ronald J. Willis 55
LAS LOMAS ARTIFICIALES DE MINA, por Elton Caton . . 63
EL MISTERIO DEL «POZO EN FORMA DE MEDIA LUNA», por Antonin T. Horak 69
LOS MISTERIOSOS CILINDROS DE CEMENTO EN LA NUEVA CALEDONIA, por Andrew E. Rothovius 83
¿ALCANZARON LOS VIKINGOS LA COSTA DEL PACÍFICO?, por Andrew E. Rothovius 89

SEGUNDA PARTE

LOS EXTRATERRESTRES ENTRE NOSOTROS

EXTRAÑAS LUCES EN LAS COLONIAS AMERICANAS DE S. M. BRITÁNICA, EN EL SIGLO XVII 99

LOS MISTERIOS DE LA ERA DE LOS DIRIGIBLES, por Lyle Gauldding 103

OBJETOS MISTERIOSOS EN EL FONDO DEL ATLÁNTICO . . . 115

EL ASUNTO DEL «PAPIRO TULLI» 123

EL MILAGRO DE ROBOZER, por Jacques Bergier . . . 125

TERCERA PARTE

LOS SERES EXTRAÑOS

LAS HUELLAS DE PASOS DEL DIABLO, ENIGMA NO RESUELTO, por Paul J. Willis 137

EL DIABLO SE PASEA DE NUEVO, por Vincent Gaddis . . 145

YO ENCONTRÉ AL MATAH KAGMI, por T. Wakawa . . . 149

EL ABOMINABLE HOMBRE DE LOS ESTADOS UNIDOS, por Loren E. Coleman y Mark A. Hall 153

A la búsqueda del abominable hombre de las nieves en las Rocosas, 169. — Un especialista de los Sasquatch se declara seguro de esta observación, 170. — ¿Un Sasquatch en los Estados Unidos?, 171. — Hombres extraños entrevistos, 172. — En busca de los «hombres velludos», 172. — El ejército malasio en estado de alerta. Un «gigante» aterroriza la ciudad de Segamat, 173.

¿EXISTEN AÚN DINOSAURIOS?, por Iván T. Sanderson . . 175

¿Un pterodáctilo viviente?, 191. — Un monstruo en las montañas de California, 192. — Nuevamente los dinosaurios de paseo, 195.

CUARTA PARTE

FENÓMENOS FORTEANOS

FANTASMAS Y HOMBRES 203

Poltergeists en Nueva Zelanda, 204. — Una familia huye de su casa encantada, 207. — Un Poltergeist canadiense, 209. — Una familia se traslada; el fantasma, no, 210. — Un «espíritu» mantiene un hogar bajo la la opresión del terror, 211. — La isla del terror en el estrecho de Torres, 213. — Un vampiro en minifalda aterroriza a la Policía, 215. — ¡Un vampiro cerca de la tumba de Karl Marx!, 216. — Brilla la luna llena... un hombre marcha a la caza de un vampiro, 217. — Muere un hombre en una emboscada tendida para capturar a un vampiro, 218. — Mariposas nocturnas vampiros, 219. — Un vampiro espanta a los habitantes de Humahuaca en Argentina, 220.

LA CLÍNICA APEDREADA DE ARCACHON 223

EL FANTASMA ELÉCTRICO DE ROSENHEIM 229

PERSONAS QUE ARDEN ESPONTÁNEAMENTE, por Ronald J. Willis 237

LA CASA PARROQUIAL ENCANTADA DE BORLEY 247

PRÓLOGO

Charles Fort ha muerto, pero su obra le sobrevive. Parodiando un slogan político es como se puede definir la influencia de este hombre extraordinario y singular.

Charles Fort parecía una foca tímida. Tenía las piernas redondas y gruesas, vientre y trasero salientes, hubiérase dicho que carecía de cuello; su cráneo era bastante voluminoso y estaba medio calvo; sobre su ancha nariz asiática se apoyaban las gafas con montura de acero; su bigote parecía el de Gurdjieff.

Nacido en el siglo XIX, muerto en 1932, dejó cuatro libros, inexistentes en francés:

— El libro de los hechos condenados.
— Los talentos salvajes.
— ¡He aquí!
— Países nuevos.

En dichos libros, experimentaba un placer malicioso en reunir hechos que la ciencia ortodoxa rechazaba. Lo animaba un espíritu de eterno colegial, aunque, al mismo tiempo, realizaba un enorme trabajo volviendo a estudiar sistemáticamente todas las revistas científicas desde comienzos del siglo pasado.

Semejante obra reunió a un cierto número de admiradores. Se creó una sociedad «Charles Fort», el 26 de enero de 1931.

Entre sus fundadores se encontraban Theodore Dreiser, Booth Tarkington, Ben Hecht, Harry Leon Wilson, John Cooper Powys, Alexander Woollcott, Burton Rascoe, Aaron Sussman, y el secretario general, Tiffany Thayer.

La sociedad publicó una revista trimestral titulada Doubt (Duda), *que desapareció hacia 1950. La antorcha fue recogida, hace pocos años, por un grupo de jóvenes americanos, entre los cuales figuraban Paul y Ronald Willis. Ese grupo publicó una revista:* I.N.F.O., *es decir Informaciones Forteanas.*

Las ediciones «Albin Michel» se han asegurado la exclusiva mundial de la publicación en forma de libro de los artículos aparecidos en dicha revista. Los más sorprendentes de ellos han sido escogidos para formar la presente obra.

Como la documentación de I.N.F.O. *es, sobre todo, americana, he añadido a ella un cierto número de casos de origen europeo.*

El conjunto constituye, por primera vez, una serie digna de la obra de Fort.

El objeto de este libro es doble. Ante todo, informar a los lectores sobre el mundo en que viven, más extraño de lo que parece.

Con excesiva facilidad, la Prensa y los medios de comunicación de masas, a la vez que señalan acontecimientos que se salen de lo ordinario, ofrecen de ellos explicaciones simplistas.

Así ocurre que, en el momento en que estas líneas son dictadas, acaba de ser capturado un lobo adulto cerca de Meaux. De inmediato, la Prensa se ha apresurado a explicar que ese lobo ha venido andando desde Polonia. Semejante explicación es tranquilizadora, pero resulta también delirante. Entre Polonia y Francia, hay fronteras guardadas por alambradas de espino y electrificadas, protegidas por los más modernos aparatos de detección, y que un animal de las dimensiones de un lobo no puede franquear. Quizás algún día se encuentre la explicación, pero será reflexionando sobre el problema, y no dejándose adormecer por explicaciones enteramente imposibles.

El segundo objetivo de la presente obra es el de ser, a nuestra vez, informados por los lectores. Nos sentiríamos dichosos si éstos quisieran enviarnos relatos de hechos extraordinarios que hayan observado; nuestra esperanza, y casi podríamos decir nuestra seguridad, es que habrá suficientes cartas de ese género como para formar un segundo libro. Querría ahora pedir al lector que se sitúe en la actitud de reflexionar y maravillarse ante el lado extraordinario del Universo.

Como decía Fort: He aquí lo que se puede recoger consultando la Prensa científica más seria: «Lluvia roja en Blankenberghe, el 2 de noviembre de 1819; lluvia de barro en Tasmania, el 14 de noviembre de 1902. Copos de nieve grandes como platillos en Nashville, el 24 de enero de 1891. Lluvia de ranas en Birmingham, el 30 de junio de 1892. Aerolitos. Bolas de fuego. Huellas de un animal fabuloso en el Devonshire. Discos voladores. Marcas de ventosas en las montañas. Ingenios en el cielo. Caprichos de cometas. Extrañas desapariciones. Cataclismos inexplicables. Inscripciones en meteoritos. Nieve negra. Lunas azules. Soles verdes. Chaparrones de sangre.»

Encontramos todo esto, y muchas otras cosas, en revistas científicas y en la Prensa cotidiana seria.

No se puede investigar todo. Pero se puede escoger un cierto número de casos y estudiarlos en profundidad, y eso es lo que Georges Gallet y yo mismo hemos hecho en la presente obra.

Ante esos fenómenos que parecen provocarnos con insolencia, podemos adoptar diversas actitudes.

Podemos, evidentemente, negarlo todo, por sistema. Eso es lo que hacía Lavoisier ante los meteoritos, declarando:

«No pueden caer piedras del cielo, sencillamente porque no hay piedras en el cielo.»

No sonriamos: los astrónomos modernos han observado en el mismo cielo una explosión cuyos fragmentos se alejan entre sí a una velocidad superior a la de la luz. Ahora bien, según Einstein, la relatividad exige que la velocidad de la luz sea

un límite absoluto...

Se quiera o no, hay piedras en el cielo, y parece que realmente hay velocidades superiores a las de la luz. No se puede negar sistemáticamente todo aquello que se opone a la ciencia oficial. Y, por lo demás, la negación no es una actitud científica. Los propios sabios lo dicen.

Tampoco se puede admitirlo sin más: hay que verificarlo todo con el mayor cuidado.

Quiero ofrecer dos ejemplos de ello: uno, clásico; el otro, poco conocido y contemporáneo. El primero es aquel citado por Fontenelle referente al niño con un diente de oro. A fines del siglo XVII se anunció que había nacido un niño con un diente de oro. Al punto todo el mundo se preguntó si eso significaba un presagio del fin del mundo, o simplemente una gran revolución en Francia. Fontenelle tuvo la curiosidad de mirar, y comprobó que se trataba de una delgada película de oro colocada por los padres del niño.

Lo cual no impidió que sobreviniese la Revolución fransa, pero es dudoso que hubiera sido provocada por el niño del diente de oro... El otro ejemplo, contemporáneo, es muy significativo, porque muestra con qué cuidado hay que efectuar las verificaciones en los casos extraordinarios. Hace aproximadamente una decena de años, se encontró en la Unión Soviética, en el subsuelo de la ciudad de Odessa, en unas catacumbas, huesos de animales prehistóricos, y especialmente de aves.

Tales huesos databan de hacía un millón de años. Ahora bien, examinándolos con más detalle, se encontró en ellos unos agujeros en forma de hélices y, en esos agujeros, trazas de hierro y cobalto.

La conclusión que parecía evidente era que unos visitantes extraterrestres habían sacado algunas muestras con ayuda de útiles mecánicos. Esta conclusión es la que fue anunciada, aunque con la máxima prudencia.

Prosiguieron las investigaciones. Y se encontró un molusco que hace agujeros helicoidales y que tiene hierro y cobalto en la sangre. Esta explicación parece más simple que la de una intervención extraterrestre, y es la que finalmente ha sido adoptada. Pero si no se hubieran continuado las investigaciones, se habría atribuido a una intervención extraterrestre unas pruebas que habrían sido falsas. Por tanto, la desconfianza se impone, al mismo tiempo que el espíritu abierto.

Existen muchos hechos misteriosos que no resisten semejante enfoque.

Se desvanecen a partir del momento en que la luz de la investigación los ilumina.

Tal es el caso de los platillos volantes: se puede llegar a la conclusión, con una probabilidad próxima al ciento por ciento, de que no existen.

Éste es también el caso de las materializaciones, ectoplasmas y otros prodigios de los médiums, incluyendo las mesas giratorias. Cuando se toman películas con rayos infrarrojos durante la sesión, se comprueba el fraude.

Pero quedan aún suficientes hechos inexplicados para proporcionar materia a muchos libros del formato de éste.

Al no poder explicarlos, podemos al menos tratar de clasificarlos. Una primera clasificación, necesariamente simplificada, incluye cuatro categorías, que son respetadas en el presente libro:

1. Las civilizaciones desaparecidas

Precisemos: nadie niega que hayan desaparecido civilizaciones. Como decía Paul Valéry: «Las civilizaciones son mortales.»

Pero lo que la ciencia oficial rechaza con energía es la existencia, en el pasado, de civilizaciones técnicamente tan avanzadas o incluso más avanzadas que la nuestra.

Con todo, hallamos constantemente objetos que parecen

proceder de tales civilizaciones; la primera parte de este libro, pues, está dedicada a esos descubrimientos.

2. Los extraterrestres

La creación de semejante categoría, de semejante subdivisión del presente libro puede parecer contradictoria con la afirmación que acabamos de hacer más arriba: los platillos volantes no existen.

La contradicción es sólo aparente.

Si bien la investigación ha demostrado que las apariciones de platillos volantes son imposturas, no por eso es menos probable, desde un punto de vista estadístico, que haya civilizaciones extraterrestres. No está excluida la posibilidad de que una o varias de tales civilizaciones pudieran haber intervenido —o estén interviniendo— algunas veces en la vida de los terrestres, y un cierto número de fenómenos de ese tipo merecen ser descritos. De ahí, esta segunda parte.

3. Los animales desconocidos

Nuestra Tierra no está tan perfectamente explorada como se querría hacernos creer.

No sólo se encuentran especímenes, muertos o vivientes, de especies que se consideraban fósiles y habían desaparecido hace decenas de millones de años, sino que también se encuentran, de vez en cuando, huellas de animales totalmente desconocidos, que no son clasificables, ni entre los fósiles, ni entre las especies vivientes.

A esas apariciones se consagra la tercera parte del libro.

4. Intervenciones extraordinarias en nuestra vida cotidiana

Es indiscutible que nuestra vida cotidiana está perturbada por fenómenos extraños que, con frecuencia, se llaman encantamientos, término, por lo demás, muy inadecuado. En otras épocas, se atribuía ese género de fenómenos a los espíritus de los muertos, a los dioses, o a los demonios. En nuestra época, no se ofrece ya explicación, sino que se pretende, sobre todo, clasificar y describir. Un cierto número de esos fenómenos, escogidos por su autenticidad y su carácter impresionante, forman el objeto de la cuarta parte de la obra.

Como hemos dicho anteriormente, contamos con que muchos de nuestros lectores podrán darnos a conocer hechos «inexplicables» —o más bien, inexplicados— que hayan podido observar y que pertenecen a una u otra de esas categorías. Para nosotros, eso es más que una simple esperanza, es prácticamente una seguridad que entusiasma.

JACQUES BERGIER

PRIMERA PARTE

LAS CIVILIZACIONES DESAPARECIDAS

LAS FIGURILLAS DE ACAMBARO

por RONALD J. WILLIS

El artículo que se lee a continuación ha despertado una emoción general en el mundo entero.

En efecto, constituye nada menos, que un trastorno total de nuestras ideas sobre el pasado.

Se trata de estatuillas que parecen haber sido fabricadas hace dos mil años, las cuales, sin embargo, representan a la vez hombres, animales prehistóricos y animales totalmente desconocidos.

Asimismo, en lugar de dar mi opinión personal, citaré la del historiador soviético G. Buslaiev, aparecida en la revista Técnica y juventud, *número 10, 1971, página 56, al mismo tiempo que un resumen del artículo de Ronald J. Willis y algunas fotos.*

Mi resumen será fiel, pero dejaré aparte la tesis del historiador soviético, según la cual el régimen capitalista es responsable de la dispersión sufrida por esta colección de figurillas, así como también de haber cerrado una inmensa puerta al pasado.

La presente obra no es política; yo no polemizaré con Buslaiev. Corresponde a los mexicanos protestar, si se califica a su régimen de capitalista. Recordemos que México es, al mismo

tiempo, católico y trotskista, y que el día de Viernes Santo queman allí la efigie de Stalin y de Judas...

Dicho eso, Buslaiev admite la posibilidad de que la colección de Acambaro sea auténtica, y que una parte de los animales en cuestión haya podido ser inspirada por animales prehistóricos supervivientes aún en aquella época en México.

Otras han sido inspiradas por caimanes. Los caimanes, como se sabe, son cocodrilos americanos. Existía un culto a los caimanes en el antiguo México, y esos animales habían sido domesticados en los templos de la región. Una mujer cabalgando un caimán parece ser más plausible que una mujer cabalgando un dinosaurio. En tales condiciones las figuritas de Acambaro serían recuerdos, transmitidos a través de las generaciones, y constantemente reproducidos, de un pasado muy lejano, que se remonta quizás a unos veinte mil años. Ésa es la tesis del sabio soviético, que me parece muy interesante.

En julio de 1945, Waldemar Julsrud, un comerciante de Acambaro (en Guanajato), México, cruzaba a caballo una colina que domina la villa, cuando observó algunos fragmentos de alfarería que habían sido desenterrados durante la estación de las lluvias. Como estaba interesado en antigüedades mexicanas, le pidió a un albañil de la localidad, Odilón Tinajero, que fuera a examinar el lugar y le llevara lo que pudiera hallar de interesante. Aparentemente, Tinajero encontró muchas cosas, pues la colección reunida por Julsrud desde 1945 a 1952 consta hoy de más de 30.000 piezas. Prácticamente, todos los arqueólogos las califican de falsas, pese a que no hay muchos que se hayan tomado siquiera la molestia de ir a *echarles una mirada.* Y, sin embargo, hay muchas razones para suponer que esta colección es una de las curiosidades arqueológicas más extraordinarias del mundo.

Las figuritas que representan reptiles han desconcertado particularmente a los pocos arqueólogos que han examinado

la colección. Algunas de esas estatuillas parecen dinosaurios y plesiosauros. Pero, considerando que, según las teorías en vigor, tales criaturas desaparecieron hace 70 millones de años, los antiguos indios de México no podían saber a qué se parecían. Naturalmente, si se tratara de gentes de nuestra época, éstas lo sabrían, por los libros y las películas de ciencia-ficción. Los monstruos son también desconcertantes.

No obstante, uno de los aspectos más fantásticos de toda esta colección es su extraordinaria variedad. ¡No hay ninguna repetida, entre más de 30.000 piezas! Algunas son similares, pero no hay dos idénticas. La imaginación prodigada en la creación de todos esos animales «prehistóricos», de esas figurillas humanoides, de esas estatuitas de momias, y de centenares de grupos en los que animales y seres humanos desempeñan un papel en una escena, es simplemente pasmosa. La lista de los diferentes tipos de objetos es ya de por sí larga.

TIPOS DE OBJETOS QUE SE ENCUENTRAN EN LA COLECCIÓN JULSRUD

1. Alfarería tarascana (tipo conocido y clasificado de alfarería india en México);
2. Puntas de venablo y de flecha en obsidiana, probablemente tarascanas;
3. Dientes hallados junto con las figuritas, identificados como los del *Equus conversidens* Owen, un caballo desaparecido en el Pleistoceno;
4. Varios centenares de «vasos» —no tarascanos— de una materia similar a la de las estatuillas de reptiles;

5. Una colección de máscaras;
6. Numerosas pipas, muchas de ellas de un modelo fantástico;
7. Los grupos, que muestran animales y humanos interpretando una escena de una leyenda o un relato;
8. Cabezas de cerámica, que nunca forman parte de una estatuilla más grande;
9. Serpientes enroscadas;
10. Figurillas de mamíferos, muchas de las cuales representan animales del Pleistoceno desaparecidos, tales como el rinoceronte, el tapir, el tatú, la llama, etc.;
11. Planchas grabadas con dibujos de reptiles y otros animales;
12. Objetos de cerámica que imitan la corteza de los árboles, aunque con frecuencia tienen dibujos ocultos en la textura de la corteza;
13. Peces e hipocampos;
14. Grandes estatuas humanas de 60 cm a 1,20 m de altura;
15. «Momias» de 15 a 25 cm de altura, que *no* se parecen a momias egipcias;
16. Grandes cabezas de hombres o de animales;
17. Figurillas quizá «mayas»;
18. Figurillas que sugieren contactos con culturas oceánicas;
19. Serpientes o dragones;

20. Algunos vasos de jade;
21. Figuritas de reptiles —la categoría más numerosa de la colección (millares de ellas)—, muchas de las cuales *sugieren* reptiles del Mesozoico, pero que, sin la menor duda, no las *reproducen.*

además de miles de objetos variados que pueden ser instrumentos de música, etc., y muchos otros que son inclasificables.

La teoría corriente según la cual los grandes reptiles desaparecieron hace 70 millones de años y que el hombre es sólo de origen reciente, condena automáticamente, por lo que se refiere a la mayoría de los sabios, las figurillas y las planchas que muestran a hombres en compañía de esas criaturas. Pues bien, ¿cómo habrían conocido esos indios el rinoceronte lanudo, los caballos y los camellos americanos, etc., que desaparecieron a fines del Pleistoceno, hace unos 1.000.000 a 1.200.000 años? Al margen de eso, esta colección presenta un saber más extenso y una imaginación más vasta que todo lo que se conocía hasta el siglo XIX. Numerosas culturas produjeron obras de arte de una cualidad y una imaginación maravillosa, pero ninguna civilización antigua ha producido jamás tantas cosas diferentes como la «cultura de Julsrud».

La plancha n.° 3 es un buen ejemplo. Vemos, en medio, una especie de dinosaurio; a la izquierda, un plesiosauro; y, entre los dos, una máscara que en ciertos aspectos se parece a las máscaras griegas de las Gorgonas. En la sección de arriba, encontramos elefantes; en el extremo derecho, una figurilla que evoca el antiguo Extremo Oriente, además de toda una hilera de «momias». La simple descripción de la colección exigiría muchos volúmenes, y toda una vida.

Pero, si se trata de falsificaciones, ¿por qué se hicieron? Fueron necesarios años de duro trabajo para producir esta colección. Numerosos objetos tales como las «momias», las pipas, etc., están hábilmente moldeadas, grabadas y *esmaltadas*, lo cual demuestra que su creación procede de un excelente artista. Julsrud daba a Tinajero un peso por cada figurilla completa que éste le traía. A veces, las figuras estaban rotas y vueltas a pegar. Julsrud no vio jamás personalmente desenterrar ninguna de ellas. Si pagó a Tinajero más de 30.000 pesos por siete años de trabajo, y resulta que los objetos eran falsos, los falsificadores hicieron un mal negocio. ¡30.000 pesos equivalen a algo más de 2.500 francos (30.000 pesetas) por año para todos los falsificadores complicados en el asunto! Sin duda habrían obtenido mucho más, simplemente, exportándolos como curiosidades mexicanas.

Enemigos de Julsrud han manifestado de vez en cuando, a investigadores como, por ejemplo al profesor Charles Hapgood, que conocían a la «familia» que fabricaba los objetos en la villa; pero jamás fueron capaces de facilitar nombres, o la dirección de un taller. No obstante, esto parecía ofrecer una buena oportunidad de asestar un golpe a Julsrud; pero nunca pudo ser encontrada ninguna familia de superartistas de ese género en Acambaro, ni siquiera tras las investigaciones más minuciosas. En un momento dado, Julsrud declaró que se había intentado introducir subrepticiamente en su colección una falsificación evidente, con el intento de desacreditarlo.

El profesor Hapgood estaba presente cuando se efectuaron excavaciones en el emplazamiento de una casa que había sido construida allí al menos 25 años antes. Dicha casa había sido habitada por el jefe de Policía de Acambaro, y nada permitía suponer que alguien hubiera tenido oportunidad de ocultar alguna cosa en dicho lugar desde, aproximadamente, 1930. En esas excavaciones fueron descubiertos cuarenta y cuatro objetos del tipo Julsrud, además de otros diversos objetos de origen indio. En las dos hectáreas del lugar (actualmente bastante ocupadas por cabañas de colonos) se han efectuado otros hallazgos de objetos similares a los de la colección Julsrud, tanto en la superficie como en el subsuelo.

En 1950, Charles C. DiPeso, de la Fundación Amerindia de Arizona, dio su opinión sobre este asunto de Acambaro («Los monstruos de arcilla de Acambaro», en la revista *Archeology*, verano de 1953). Pasó una tarde y la mañana siguiente, en aquellos lugares. Estuvo observando a Tinajero y a un ayudante suyo mientras desenterraban algunos objetos, y pretende haber descubierto pruebas de fraude. Sin embargo, al leer el artículo, se tiene la impresión de que estaba muy decidido a encontrar tales pruebas. Otros han calificado las objeciones de DiPeso como las de «un mentiroso o un imbécil». DiPeso pretendía que ninguno de los objetos mostraba signo alguno que indicara haber estado enterrado durante mucho tiempo. Sin embargo, el profesor Hapgood e Iván T. Sanderson han hallado objetos y partes de figurillas que llevan incrustaciones de tierra endurecida, marcas de pequeñas raíces y cavidades rellenas de tierra y de arena, todo lo cual señala una estancia bajo tierra durante una considerable cantidad de tiempo.

El profesor Hapgood hace notar que la costumbre del excavador de recubrir los depósitos de objetos parcialmente excavados, a fin de impedir a los niños de la vecindad que se entregaran al pillaje durante la noche, pudo haber inducido a error a DiPeso. Otros sabios, entre los cuales están el doctor Raymond C. Barber del Museo del Condado de Los Ángeles, y el doctor Eduardo Noguera, han asistido a la exhumación real de objetos. El primero es un mineralogista, pero el segundo ha sido el director del servicio de Monumentos Prehispánicos en México. No halló ninguna prueba de fraude en ese momento, ¡aunque más tarde se pronunció por el fraude a causa de *su* incapacidad por explicar las figuras de reptiles mezcladas con las de hombres!

DiPeso utilizó otro método desagradable y poco honorable para desacreditar la colección de Acambaro. Su artículo en

Archeology comienza diciendo: «En la pequeña villa-estación de ferrocarril de Acambaro se murmuran extrañas historias... hablan de una colina encantada donde se dice que el diablo ha dejado numerosas figurillas de arcilla tan terribles como curiosas, desparramadas bajo el suelo, a manera de advertencia para los mortales.» Si bien eso podría ser un excelente comienzo para una historia de horror, resulta más bien mediocre para un artículo que pretende ofrecer una apreciación honrada de un descubrimiento científico; ni Hapgood, ni Sanderson hacen mención alguna de rumores respecto al diablo, ni de historias según las cuales la colina estaría «encantada». En realidad, los colonos comenzaban a instalarse en aquellos lugares cuando se proseguían las excavaciones. Lo cual permite pensar que los campesinos de los alrededores no estaban en absoluto preocupados por un «encantamiento» de dicho lugar. DiPeso sólo pudo haber hecho alusión a esa historia de «colina encantada» para intentar deliberadamente desacreditar todo el asunto, sin consideración a la verdad.

DiPeso embrolló también la cuestión al decir: «Esas figurillas de cerámica tienen forma de brontosaurio, tiranosaurio *Rex*, estegosaurio, tracodón, dimetrodón y otros reptiles del Mesozoico...» Pero el profesor Hapgood presentó fotos de centenares de esas figurillas de reptiles al doctor A. S. Romer, profesor de Zoología de la Universidad de Harvard. Éste, por su parte, declaró que no correspondían a ninguna especie de dinosaurios. Sugirió que podían haber sido inspiradas por reptiles vivientes de la región. Aparentemente, DiPeso no sabe reconocer un tiranosaurio cuando lo ve.

Pero hay aún algo más importante: recientemente se produjo un suceso que indica claramente que los objetos de Julsrud son de una antigüedad considerable. El profesor Hapgood obtuvo fragmentos de una figurilla en la cual se habían introducido partículas de materia orgánica en el momento de ser modelada. Tales fragmentos fueron enviados al laboratorio de datación mediante el radiocarbono de la sociedad «Isotopes,

Inc.», de Westwood, Nueva Jersey, en setiembre de 1968. Se sacó de ellos un resultado pasmoso: ¡la materia orgánica procedía de unos 3.590 años antes, 100 años más o menos! Esto significa que, o bien el objeto fue fabricado hacia el año 1.600 a. de J. C., o algún artista indígena mexicano fue lo bastante malicioso como para introducir un poco de materia orgánica muy antigua en algunas figurillas. Esta segunda hipótesis parece sumamente dudosa, sobre todo porque la datación mediante el radiocarbono C 14 no fue concebida hasta últimos de la década de los 40, y no había sido aún vulgarizada cuando, en 1952, cesó la compra de figurillas.

Es quizás interesante señalar que la edad estimada por la datación, de 3.600 años, es decir, 1.600 a. de J. C., coincide con ese extraño período entre el 1700 y el 1500 a. de J. C. durante el cual se produjeron tantas cosas. Grandes catástrofes naturales asolaron el Mediterráneo, la isla volcánica de Santorín hizo explosión, Creta y Egipto entraron en decadencia; en la India, la civilización del valle del Indo se hundió bruscamente. Han llegado hasta nosotros numerosas leyendas relativas a esos acontecimientos. Si la datación por el C 14 es correcta al situar las figurillas de Acambaro en ese período, ¿no podría, quizás, haber alguna relación entre las catástrofes sufridas por esas otras civilizaciones y el extraño florecimiento de la cultura Julsrud en México?

En general, las figuras de animales están frecuentemente modeladas con un excelente sentido del movimiento y, casi siempre, es fácil suponer lo que tratan de representar. Pero los detalles muy raras veces son específicos. Por ejemplo, hay una que representa, evidentemente, una forma de elefante. Parece ser muy similar a un elefante de Asia, pero ninguno de sus detalles está modelado con exactitud. Si representa en realidad un elefante asiático, no se comprende cómo un mexicano de la antigüedad pudo llegar a ver alguno. Más probable parece que hubiera logrado ver un mamut viviente; pero la figurilla en cuestión no se parece a un mamut. Sin embargo, verdad es que,

en 1931, la villa de Acambaro tenía en su plaza central una fuente que estaba coronada por una estatua grosera de elefante.

Otra curiosidad de la colección, de la cual por desgracia no poseemos buenas fotos, son los animales fabulosos cuyas diferentes partes están mezcladas de modos muy diversos. Algunas de las formas humanoides tienen también lenguas bífidas, manos y pies palmeados, etc. En resumen, contemplamos aquí la imaginación humana en pleno delirio.

El señor Julsrud exponía, por su parte, la teoría de que la colección estaba en un museo azteca, en Tenochtitlán, y que procedía de la Atlántida antes de su destrucción. Cuando los españoles llegaron a México, la colección fue, se supone, trasladada a Acambaro y enterrada por los aztecas. Según Tinajero, los objetos se encontraban de una manera curiosa. Parecían presentarse en «bolsas» de numerosas figurillas, todas en un revoltillo. No parecía haber asociada ninguna tumba humana con esas «bolsas» de figurillas. Sin embargo, en los alrededores se encontraron seis cráneos humanos, y éstos parecen presentar fuertes diferencias de dolicocefalismo y de braquicefalismo, pero, entre las poblaciones amerindias, eso es lo que cabe esperar. Y, por desgracia, esos cráneos no han sido estudiados de una manera profunda hasta el presente.

Parece como si este asunto inquietante de Acambaro no tuviera fin. El profesor Hapgood estaba también presente cuando se realizó una excavación en la finca del coronel Muzquiz. Anteriormente, unas excavaciones efectuadas en ese lugar habían desenterrado piezas de alfarería tarascanas, y «un enorme cráneo hallado a una profundidad considerable, junto con una gran piedra plana». Se podría pensar que este cráneo era el de un mamut, pues esos fósiles abundan en la región. De hecho, se descubrió un esqueleto de mamut cerca del lugar de donde procedían las figurillas de Acambaro, y fue enviado a México. La asociación del cráneo con una piedra plana permite suponer que los hombres de la región pudieron haber tenido algo que ver con el enterramiento del cráneo.

El profesor Hapgood decidió tratar de volver a abrir la excavación donde había sido descubierto el cráneo. Hizo notar que la tierra estaba en ese lugar blanda y polvorienta, pese a que la excavación había sido rellenada cuatro o cinco años antes. La piedra plana no fue encontrada, pero se halló algo más extraordinario: ¡una escalera que se hundía en el suelo! El coronel recordaba que en la excavación precedente había encontrado huellas de un subterráneo excavado en la colina. La escalera estaba repleta de materias volcánicas comprimidas y, desgraciadamente, ni el tiempo ni los medios permitieron proseguir más allá las excavaciones. ¡Cabe preguntarse qué había al final de esa escalera que se hundía en una colina, cuando ésta había suministrado tantas cosas curiosas cerca de su superficie!

El profesor Hapgood informó de que un cierto Mr. Ferro, en San Miguel Allende, encontraba numerosas figurillas, y había vendido más de 5.000 de ellas a los turistas, a muy buen precio. De hecho, había una sala de ventas en la Escuela de Arte Americano de la villa. El hombre pretendía poder distinguir las antigüedades «auténticas» de las «falsas». En sus estantes, aparecían más de una docena de objetos muy similares a los de Julsrud, incluyendo una parte de máscara, una mujer de pie sobre un lagarto, un gigante con un reptil, una mujer con cola de pez y cuatro grupos. Hapgood se dirigió entonces, junto con Ferro, al lugar donde éste efectuaba sus hallazgos, ¡y comprobó que era *en* las pirámides de San Miguel Allende! Los agujeros hechos en una veintena de esas pirámides mostraban de dónde había desenterrado Ferro los objetos que vendía y, aquí, las figurillas eran frecuentemente descubiertas en las mismas tumbas, contrariamente a lo que ocurría en Acambaro. Aquí, por consiguiente, surgía otra fuente de figurillas del tipo Julsrud, aunque casi todas ellas están irremediablemente dispersadas entre numerosos coleccionistas americanos. Debido a que una vez se habían encontrado algunas falsificaciones en esta región, todos los objetos que procedían de ella fueron

igualmente considerados como «falsos» por las autoridades arqueológicas. El profesor Hapgood estimó que los hallazgos de San Miguel Allende contribuirían a dar crédito a la validez de los objetos de Acambaro.

Debemos también hacer constar que las figuras de cerámica curiosas no están limitadas al México central. Horst Nachtigal muestra, en su obra *Las culturas megalíticas americanas* («Dietrich Reimer Verlag», Berlín, 1958, fig. 135), una especie de lagarto de cerámica, procedente de La Plata, que recuerda algunas de las criaturas fantásticas de la colección de Acambaro.

Entonces, ¿a qué conclusión podemos llegar? Existen muchos datos que demuestran que las figurillas de Acambaro pueden muy bien ser de una antigüedad considerable. No obstante, resulta difícil admitir que existió una cultura india en el México antiguo que pudo haber tenido un conocimiento extenso de los grandes reptiles y animales del Pleistoceno, cuando éstos han sido descubiertos sólo relativamente hace poco, y que dicha cultura pudo producir objetos tan similares a los de muchas otras culturas. Quizá, la aplicación a esas cerámicas de algunas de las pruebas recién elaboradas, tales como la fluoroscopia de rayos X o la termoluminiscencia, ayudaría a establecer la edad aproximada de esos objetos. Es concebible que algunos de los objetos de la colección puedan ser falsificaciones, es decir, que daten de menos de 100 años, mientras que los otros se cuentan por millares. Sin embargo, la prueba con el C 14 ha indicado ya una datación de 3.600 años antes de nuestro tiempo, que los arqueólogos, por lo que el autor sabe, han ignorado totalmente (1). ¿Habrían sufrido mejor suerte otras pruebas?

¿Y qué pensar de los dientes del caballo desaparecido en el Pleistoceno, *Equus conversidens* Owen? ¿Cómo aparecen mezclados con la colección? Ésta incluye, efectivamente, figurillas que parecen representar caballos, quizá caballos del Pleistoceno. ¿Podría haber una relación entre los dientes y las figurillas de caballo? ¿Habría conseguido un indio mexicano extrapolar el caballo en función de sus dientes. ¿Lo habría visto vivo? ¿O no se trata más que de un sutil ejemplo de falsificación?

(1) Verdad es que se puede citar otros casos en que la datación por el radiocarbono ha sido descartada cuando ha entrado en conflicto «con los hechos establecidos».

Sanderson resume así su examen: «O bien el viejo Julsrud ha hecho uno de los mayores descubrimientos debidos al azar de todos los tiempos, o ha sido amablemente engañado durante muchos años por una o varias personas que no querían más que sacar una modesta renta...»; asimismo, nuestra conclusión sólo puede ser provisional: en el peor de los casos, tenemos aquí una colección extraordinaria de objetos de arte; pero, si es auténticamente antigua, esta colección podría trastornar nuestras ideas sobre la historia y la cultura del México antiguo.

LOS MISTERIOSOS OBREROS DE LAS MINAS DE COBRE EN AMÉRICA DEL NORTE

Las rutas de los metales atravesaban el mundo antiguo y demuestran un nivel de comercio y de circulación de las mercancías que no concuerda en absoluto con la Historia clásica.

La más célebre de tales rutas era la del estaño, que iba desde el Cornualles británico hasta Creta, pasando por Lyon. Existían otras rutas menos conocidas, entre ellas la del oro, que iba desde las minas del rey Salomón, situadas en algún lugar de Africa, hasta Jerusalén. Existía también una ruta de la obsidiana (1), desde Armenia a España y —por fantástico que eso pueda parecer— una ruta del uranio, de Cornualles a Creta. No me pregunten ustedes qué hacían los cretenses con el óxido de uranio, porque no tengo la menor idea de ello.

El artículo que sigue es una contribución muy interesante al estudio de la ruta del cobre.

«Resulta difícil admitir que las notables minas de cobre, muy extensas, existentes en la región del lago Superior (en Canadá) hayan podido ser obra de aborígenes americanos. Pese

(1) La obsidiana es un vidrio natural, de color negro, procedente de los volcanes, que, hace diez mil años, servía para fabricar herramientas cortantes.

al extraordinario desarrollo de esas minas, no se ha encontrado nada que indique que esta región ha estado jamás habitada por una población fija... No han sido hallados ni un vestigio de habitación, ni un esqueleto, ni siquiera un hueso.» «Los indios no tienen ninguna tradición que haga referencia a esas minas (*American Antiquarium*, n.° 25, pág. 258). Creo que hemos tenido visitantes, y que ellos han venido aquí en pos del cobre, por ejemplo.» (Charles Fort, *El libro de los hechos condenados*.)

Clifford Simak escribió en el *Minneapolis Tribune* del 8 de junio de 1969:

UN PROFESOR VA A PROFUNDIZAR EN EL MISTERIO DE LAS MINAS DE COBRE

¿Atravesaron unos navegantes griegos el Atlántico hace 5.000 ó 6.000 años, y remontaron la cadena de los Grandes Lagos para extraer cobre en el Michigan del Norte? El doctor Eiler L. Henrickson, profesor de Geología del Carleton College (de Northfield, Minnesota) parte este mes para Grecia, a fin de pasar allí un año efectuando investigaciones. Durante su estancia, analizará objetos de bronce y cobre, al objeto de intentar determinar el origen geográfico del cobre que contienen.

Declara que no se sentiría muy sorprendido de descubrir que una parte de ese cobre procede de la región del lago Superior. Existen muchas razones para, cuando menos, suponer que, hace unos cinco o seis mil años, una civilización altamente organizada extraía de ese lugar una gran cantidad de cobre. La región en cuestión es la que se llama la *Michigan Copper Country*, y engloba la península Keweenaw y la Isla Royale. Durante años, aún en época reciente, la región de Keweenaw ha proporcionado al mundo enormes cantidades de ese metal.

La existencia de fosos de minas primitivas en esta región

es conocida desde poco tiempo después de las primeras visitas efectuadas por hombres blancos. Se estima que hay, al menos, unos 5.000 de tales fosos. Algunos de ellos son pequeños. Los mayores miden de diez a doce metros de largo y algo menos de tres metros de profundidad.

Ese «país del cobre» es singular en cuanto que es el único lugar del mundo donde se encuentra un gran depósito de cobre nativo; es decir, pepitas y grandes trozos de cobre puro. En general, el cobre aparece mezclado con otros elementos, y el mineral debe ser refinado para separar de él el metal. El cobre nativo es, exactamente, el tipo que más interesó al hombre primitivo. No había necesidad de refinarlo, y podía ser moldeado con el martillo en forma de útiles y armas, o combinado con el estaño para hacer bronce.

La estimación de la cantidad de cobre extraído de los cinco mil fosos de minas, o más, cuya existencia se conoce, varía de 45.000 a 225.000 toneladas. La cifra más pequeña corresponde a la estimación más prudente, basada en la posibilidad de que el minero primitivo se hubiera quedado satisfecho con un rendimiento pequeño de su extracción. Por el contrario, la cifra más grande se basa en la idea de que ningún minero primitivo habría perdido el tiempo y la energía exigidos por esa extracción si no hubiera trabajado en un yacimiento muy rico en el que el porcentaje de cobre fuera muy elevado.

Pero incluso la estimación más pequeña representa mucho más cobre, dice Henrickson, del que la América primitiva había podido absorber. Han sido encontrados objetos de cobre muy esparcidos por toda América del Norte, así como en algunas localidades de la América Central y del Sur, pero 45.000 toneladas de cobre representarían incluso mucho más de lo que pudo haber sido utilizado en ambas Américas.

La extracción de tanto cobre indica también que, quien lo hizo, representaba a una sociedad altamente organizada, con abundancia de mano de obra, probablemente esclavizada, y, lo que es más, de una mano de obra que podía ser utilizada eficaz-

mente. Henrickson apunta la hipótesis de que los hombres que extraían el cobre no eran indígenas norteamericanos, sino que procedían de otra parte. Asimismo, él admite que esta hipótesis carece del sólido fundamento, pero si ese trabajo de extracción hubiera sido ejecutado por una civilización americana, deberíamos haber encontrado algún testimonio de una civilización mucho más avanzada que todo lo que se ha comprobado en este sentido.

El hecho de que no se hayan descubierto sepulturas y no existan tampoco huellas de habitaciones viene a reforzar la idea de que ese cobre no fue extraído por gentes que vivían en la región del lago Superior.

La extracción de 45.000 toneladas de cobre habría exigido, o bien una gran cantidad de mano de obra utilizada durante un período relativamente corto, o una mano de obra menos numerosa que efectuara ese trabajo en un período de tiempo sumamente largo. Tanto en un caso como en otro, debería haber restos de sepulturas, a menos que los muertos hubiesen sido trasladados a otro lugar, y también debería quedar algunas huellas de habitaciones permanentes, si es que las hubo.

La estimación en 5.000 ó 6.000 años, por lo que a la época se refiere, es seria. Estas cifras se han obtenido mediante la datación por radiocarbono de trozos de carbón de leña encontrados en los fosos debajo de grandes masas de cobre que habían sido izadas por la pendiente de la excavación y bajo las cuales se habían encendido fuego para tratar de ablandarlas a fin de poder fragmentarlas.

Si el trabajo de extracción no fue ejecutado por indígenas, ¿quién lo hizo? Queda planteada la cuestión. La solución más probable parecería ser los griegos. Grecia era un país pobre en recursos metálicos. Tenía poco cobre, y nada de estaño. El estaño utilizado en el bronce europeo procedía principalmente, lo sabemos, de Cornualles (en Gran Bretaña). Pero, para convertirse en una potencia mundial, Grecia tenía necesidad de cobre.

¿De dónde procedía ese cobre? Chipre lo poseía, aunque sólo en forma de mineral. Habría sido necesario refinarlo, para separar el metal. También África del Norte habría podido proporcionarlo, pero no se tiene ninguna indicación de que hubiera ocurrido así. Es preciso, o bien que los hombres de la Edad del Bronce hubieran poseído una mejor tecnología de la que siempre se ha supuesto, o que hubieran tenido acceso al cobre nativo. Y el único lugar conocido de donde pudieron venir grandes cantidades de cobre nativo es la región del lago Superior.

En Grecia, Henrickson trabajará en contacto con un programa de investigaciones llamado Copper Project (proyecto cobre), bajo la égida del Laboratorio National Argonne, de Lemont, Illinois, y del «Carleton College», en cooperación con la Universidad de Minnesota y la Comisión de Energía Atómica griega.

Estudiará objetos puestos a su disposición por diversos museos y grupos científicos griegos. Para el análisis, se necesita sólo una cantidad muy pequeña del metal de esos objetos, y éstos no quedan dañados. Se emplearán varios métodos muy elaborados para este análisis, algunos de los cuales implicarán la utilización de un reactor atómico, y ahí es donde interviene la Comisión de Energía Atómica griega. El cobre nativo es de una pureza tal que, en muchos casos, sólo entra una proporción de 1/10.000 de otros elementos. Y tales impurezas son el factor determinante para la identificación del cobre. Ese 1/10.000 puede estar compuesto de hasta 25 elementos diferentes, y eso también es importante en la determinación del tipo de cobre.

Teniendo en cuenta que cada masa de cobre fue originalmente depositada en un medio ambiente químico diferente y en un medio de condiciones características, cada yacimiento tiene sus propias particularidades en lo que concierne a los indicios de elementos en sus impurezas. Por esta causa se puede desvelar el secreto del origen del cobre.

El *Interamerican News Letter* de noviembre de 1970 menciona también esas misteriosas minas. Se sacó una considerable cantidad de cobre de esta región y, para su extracción, se necesitaron, al menos, unos diez mil hombres durante un período de mil años.

Si el cobre de Michigan demuestra haber sido esparcido por el resto del mundo, eso hará literalmente perder la cabeza a todos los difusionistas. Pero aun cuando ocurra esto, sigue sin respuesta la pregunta: ¿Quién lo extrajo? Y, como una posibilidad, nosotros pensamos en la civilización que, hace 5.000 años, según el profesor Hapgood, cartografió el mundo. Pero si, por el contrario, no se encuentra este cobre en ninguna parte del mundo, entonces, ¿quién se lo ha llevado...? ¿y a dónde...?

¿FENICIOS EN EL NUEVO MUNDO?

por RONALD J. WILLIS

La existencia de la inscripción de Paraíba, así como su sentido, ya no ofrecen dudas.

Aun los arqueólogos más reaccionarios lo admiten. Parece que los antiguos se desplazaban mucho más de lo que generalmente se cree, y exploraban más de lo que se supone. Muy recientemente, se ha demostrado que, en el siglo XIV de la Era cristiana, una inmensa flota china arribó a las costas de Africa. La concepción de una historia fragmentada, con civilizaciones bien separadas, está llamada a desaparecer.

En 1872, en Paraíba, Brasil, fue descubierta una piedra que llevaba una inscripción de ocho líneas cuyos caracteres, no pertenecían a las culturas conocidas de América del Sur.

En 1874, la inscripción fue sometida a la atención del profesor Ladislas Netto del Museo Nacional Brasileño de Río de Janeiro. Pero ni el profesor Netto, ni ningún otro sabio brasileño, parecen haberle concedido nunca una excesiva atención seria. No obstante, llegó a ser conocida en Europa, donde los infatigables eruditos alemanes se fijaron en ella. Al principio

fue considerada de origen fenicio. Más tarde, la filología alemana la descartó como no fenicia.

Al parecer, la piedra en cuestión se perdió.

Pero la inscripción subsistió en forma de copia. En la actualidad la controversia se ha reavivado. Ha aparecido un protagonista que sostiene el origen fenicio de la inscripción. Se trata del doctor Cyrus H. Gordon de la Universidad Brandeis (1).

Para reanimar la controversia han surgido dos factores. Uno de ellos procede del hecho de que nuevos descubrimientos efectuados en los escritos fenicios demuestran, según el doctor Gordon, que el uso de las palabras en la inscripción de la piedra de Paraíba es correcto, contrariamente a opiniones anteriores peor informadas. El otro factor procede del descubrimiento por parte del doctor Jules Piccus, de la Universidad de Massachusetts, en Amherst, de un cuaderno de notas que había pertenecido a Wilbeforce Eames, uno de los jefes encargados de la conservación de la Biblioteca Pública de Nueva York en el siglo XIX. En dicho cuaderno, se encontró una carta con fecha 31 de enero de 1874 dirigida a Mr. Eames por el profesor Netto. El doctor Piccus mostró esa carta al doctor Gordon. Éste sacó la conclusión de que la transcripción de los caracteres existentes en la carta era más plausible que la versión «definitiva» anterior, publicada en 1899.

Mientras que el profesor Frank M. Cross de Harvard continúa estigmatizando la inscripción como una «falsificación del siglo XIX», el doctor Gordon sostiene que el uso de una terminología desconocida por los arqueólogos en el momento de su descubrimiento prueba que no se trata de un fraude.

Así, pues, la controversia continúa. Pero, hasta el momento, sin prestar una atención visible a *otras* inscripciones consideradas fenicias halladas en Brasil. A grandes rasgos veamos cuáles son éstas:

(1) De Waltham, Massachusetts (*N. del T.*).

También en 1872, un ingeniero llamado Francisco Pinto pretendió haber descubierto inscripciones en más de veinte cavernas en la jungla brasileña; en total, aproximadamente, 250 inscripciones. A invitación del Gobierno brasileño, el filólogo alemán, Ludwig Schoenhagen, viajó al Brasil, estudió las inscripciones durante quince años y declaró que eran fenicias.

Hacia 1880, el francés Ernest Renan afirmó haber encontrado inscripciones fenicias.

A comienzos de este siglo, un industrial retirado de los negocios, Bernardo da Silva Ramos, pretendió haber descubierto más de 2.800 inscripciones en piedras, a lo largo del curso del Amazonas. Un rabino de Manaos declaró que, en su opinión, eran fenicias. Las obras o artículos que Ramos escribió acerca de este particular parecen haber sido prácticamente ignorados.

En general, se considera que los fenicios alcanzaron las Azores. En la más occidental de esas islas, Corvo, se dice que habían tenido lugar descubrimientos de monedas cartaginesas (en 1749), y rumores persistentes (aunque oscuros) hablan de la existencia de ruinas fenicias, incluyendo el descubrimiento, cuando los portugueses llegaron allí, de «una estatua ecuestre señalando hacia el Oeste», que, si es cierto, habría sido destruida desde hacía mucho tiempo.

Estimamos que convendría prestar atención a tales posibles corroboraciones de una presencia fenicia en el Nuevo Mundo (1).

(1) *Referencias* (los títulos siguientes servirán de sugerencia para más amplia información, la documentación existe en fuentes muy diseminadas, muchas de las cuales son difíciles de encontrar, y algunas imposibles de consultar incluso en gigantescas bibliotecas, tales como la del Congreso, en Washington).

Atlantic Voyages before Columbus (*Viajes atlánticos antes de Cristóbal Colón*), Frederik Pohl. «Ed. Norton», Nueva York, 1961.

They all discovered America (*Todos ellos descubrieron América*), Charles M. Boland, «Ed. Doubleday», Nueva York, 1961.

A esto conviene añadir el reciente *Before Columbus* (*Antes de Colón*), por el profesor Cyrus H. Gordon, «Crown Press», Nueva York, 1971 (*N. del T.*).

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL TEXTO DE PARAÍBA

Extractos de «La autenticidad del texto fenicio de Paraíba», por el doctor Cyrus H. Gordon, de la Universidad Brandeis, en Orientalia *de Roma, vol. 37 (1968), pág. 75.*

Las extravagancias lingüísticas que hicieron caer la sospecha sobre el texto vienen, por contra, a apoyar su autenticidad. Ningún falsificador lo suficientemente conocedor de las lenguas semíticas como para componer semejante documento habría cometido tantos errores aparentes. Ahora que ha transcurrido un siglo, es evidente que el texto es auténtico, porque inscripciones fenicias, ugaríticas y otras en lenguas semíticas del Noroeste, nos muestran los mismos «errores».

La... demostración de la autenticidad de la inscripción de Paraíba no significa que todos los problemas estén resueltos, y que todas las palabras y todas las construcciones de frases hayan sido definitiva y perfectamente interpretadas. Sin embargo, el texto no es más difícil ni más anormal que el resto de textos fenicios conocidos.

La importancia de esta inscripción proviene de su significación histórica. Una distinguida americanista precolombina de-

claro a comienzos de este siglo: «(...) el papel de los fenicios como intermediarios de la civilización antigua fue mayor del que se ha supuesto y (...) América debe de haber sido colonizada a intervalos por mediación de esos navegantes mediterráneos» (Zealia Nuttall. *Los principios fundamentales de las civilizaciones del Antiguo y el Nuevo Mundo,* Peabody Museum, Cambridge, Massachusetts, 1901). En su obra, de más de 600 páginas, ella no menciona siquiera el texto de Paraíba, que había sido condenado como falso. Pero la creciente masa de pruebas que confirma su tesis víctima del ostracismo no deja la menor duda sobre la rectitud de su conclusión, que acabamos de citar. Su aceptación por americanistas e historiadores deberá ser precedida por el reconocimiento de la autenticidad de la inscripción de Paraíba por los pesimistas. El resto encajará entonces.

(El doctor Gordon es quizás un poco demasiado optimista sobre las cosas que, por sí mismas, encajarán en su lugar, especialmente si americanistas e historiadores consideran que han sido humillados por un simple lingüista... desgraciadamente, los celos entre disciplinas diferentes no son algo desconocido... En todo caso, esperemos a que los trozos encajen en su lugar.)

El boletín *New World Antiquity* («Markham House Press Ltd.», Brighton, Inglaterra) menciona en su número de setiembre/octubre de 1971, la obra *The Parahyba Phoenician Inscription,* publicada por su autor, Mr. Joseph Ayoob (Aliquippa, Pa, USA, 1971), que es la traducción en inglés de su libro titulado *Sakhrat Barahyba,* publicado en Beirut en 1961. Encontramos en ella esa nueva traducción de la inscripción:

«Nos acostamos en la tumba (el) hijo de Canaán llegado de SRNM (Surinam), la ciudad en ruinas y un depósito abandonado. Ni yo YZD (Yazid) el grabador a mediodía y gentes que buscan lo mejor de cada cosa. Y así en los años noveno y décimo de HRM (Hiram), nuestro rey murió. (Habíamos) abandonado alegremente ASU (Enzion-Geber) hacia un embarcadero sobre el mar Rojo y nos hicimos a la mar con diez navíos. Todos, ¡ay!, desaparecieron ante mis ojos: Hor y Chittim (nombres de navíos) fueron lanzados a esa tierra maldita; calor, frío y tempestades de nieve. Mir Baal y Lan (navíos) que bogaban juntos, quizá los veremos de nuevo escapados de las tempestades. Murieron, llegadas de KSHN, seis personas de Mbayh (seis kushitas de Mbeye), R (Rab, el capitán) y un número de diez hombres perecieron. Pérdidas para mí y (pero) porque para (mi) camarada Hnna (Hanno).»

Si a eso se añade que, en su número de abril de 1971, *New World Antiquity* ha publicado ya otras tres traducciones diferentes de la inscripción de Paraíba, vemos las múltiples trampas que acechan incluso a los traductores más experimentados, y por qué es tan difícil tener una completa seguridad *(N.D.T.).*

MONEDAS ROMANAS EN VENEZUELA

A fines del siglo XIX, un tesoro a base de piezas de monedas romanas fue descubierto en la costa de Venezuela. Las piezas, sin su recipiente original, fueron a parar a las manos del agregado militar americano en Caracas. Actualmente están en la Smithsonian Institution de Washington, D. C.

A propósito de esas piezas, Frederick J. Pohl indica en una nota de su obra sobre las travesías del Atlántico anteriores a Colón (ya citada): «Teniendo en cuenta que el tesoro incluye numerosas piezas repetidas, se supone que éstas no fueron reundas por algún coleccionista, sino que constituían la caja en

forma de especies de algún negociante para sus compras de mercancías. Como tales piezas fueron halladas amontonadas en un jarro, y no desparramadas por la playa, parece también razonable presumir que no fueron perdidas accidentalmente por alguien ni extraviadas en la arena, sino que fueron lanzadas a la costa a consecuencia de un naufragio, o deliberadamente enterradas por su poseedor. Debido a que hay monedas de todos los emperadores romanos hasta mediados del siglo IV, se conoce la fecha aproximada en que el barco las trajo.»

La carta que sigue a continuación, fechada el 7 de mayo de 1968, y que Paul J. Willis, secretario general del I.N.F.O. (The International Fortean Organization, PO Box 367, en Arlington, Virginia 22 2210), recibió de M. L. Peterson, presidente del Departamento de Historia de las Fuerzas Armadas, en la Smithsonian Institution (museo nacional de los Estados Unidos, Washington D. C. 20 560), aporta los últimos detalles a este respecto:

«Sigo ocupándome del tesoro de monedas romanas mencionado en su carta, y tengo la intención de publicar un informe cuando la tarea esté terminada. Muchas de esas piezas están terriblemente afectadas por la corrosión, y resulta difícil identificarlas con precisión. No obstante, puedo decirle que la mayor parte de esas piezas son romanas, junto con algunas monedas romanas prehispánicas. Se ha hallado dos piezas moras en el lote, una de ellas hispanomorisca, procedente del siglo VIII.

»En el momento en que facilité algunas informaciones sobre este tesoro a varias personas, que las han mencionado en sus escritos, yo no lo había estudiado completamente, y las piezas moras no habían sido identificadas. En consecuencia, dichas personas pueden haber llegado a una conclusión ligeramente errónea sobre la cronología de este descubrimiento, aunque en aquella época les di las informaciones que poseía. Asimismo, les expliqué que el estudio no estaba completado. Desgraciadamente, la vasija en que fue hallado el tesoro estaba ya destruida en el momento en que el agregado (*militar*) americano de nuestra Embajada en Caracas (propietario de las piezas) llegó al lugar en cuestión.

»Considerando el sumo interés de este descubrimiento, tengo el propósito de publicar un informe preliminar sobre él, aun cuando algunas de las piezas no pudieran ser exactamente identificadas.»

La presencia de piezas moras parece complicar más las cosas, y, ciertamente, modificar «la fecha aproximada del viaje», si en realidad formaban parte del cargamento de un barco.

EL OBJETO DE COSO

por RONALD J. WILLIS

El objeto de Coso, tal como Louis Pauwels y yo mismo hemos señalado en El hombre eterno, *es quizás una prueba de la existencia en el pasado de civilizaciones técnicas avanzadas.*

Es, por tanto, probablemente, el documento más importante de este libro, en el plano científico.

El 13 de febrero de 1961, Mike Mikesell, Wallace A. Lane y Virginia Maxey recogían muestras de minerales, especialmente geodas, a 8 ó 9 km al nordeste de Olancha, en California. Los tres eran los propietarios de «LM & V Rockhounds Gem and Gift Shop», en Olancha (una tienda de piedras semipreciosas y de regalos). A menudo, encontraban muestras interesantes que eran susceptibles de contener piedras semipreciosas, y las llevaban a la tienda para su examen.

Ese día, recogieron un saco de piedras cerca de la cima de una montaña de 1.300 m, que se eleva aproximadamente a unos 110 m sobre el lecho seco del Owens Lake. Una de las piedras recogidas fue al principio tomada por una geoda, aunque presentaba incrustaciones de conchas, o de fragmentos de

conchas, fósiles. Los geólogos creen, que hace aproximadamente 1.000 años, el nivel del lago llegaba hasta el lugar donde fue recogida la muestra.

Al día siguiente, de regreso a su tienda, Mike Mikesell cortó la «geoda» en dos trozos con una sierra diamantada de 25 cm. de diámetro. La piedra resultó difícil de cortar, y luego se comprobó que había gastado completamente la cuchilla de la sierra diamantada, la cual era nueva. No había ninguna cavidad en la piedra como las que se encuentra en muchas geodas. En lugar de eso, aparecía una sección perfectamente circular de una materia muy dura, cerámica o porcelana, con una varilla de 2 mm de diámetro, de metal brillante, en su centro.

La figura A (véanse láminas fuera de texto) muestra la parte exterior de las dos mitades de la piedra, una vez que ésta fue cortada en dos. En la mitad superior, la materia oscura situada a la izquierda, con puntos brillantes, es una especie de metal deslustrado.

La figura B muestra el interior de las dos mitades. Obsérvese que las dos partes redondas centrales parecen haber estado rodeadas de algo que ha dejado una cavidad hexagonal.

Pese a que de vez en cuando ha sido calificado de «geoda» por sus descubridores, y por otros, no se trata de una verdadera geoda. La corteza exterior está formada por arcilla endurecida con incrustaciones de piedra y conchas fósiles. En la corteza (aunque no son visibles en las fotos fuera de texto) se hallarían —dicen— dos objetos supuestamente no magnéticos parecidos a un clavo y una arandela.

Se pensó al principio que la materia que llenaba la cavidad hexagonal era madera petrificada. Se sugirió que esa madera había sido originalmente modelada en dicha forma hexagonal para servir como una especie de estuche o de envoltura para el objeto. No se sabe con claridad lo que los descubridores piensan que puede ser esta capa de la «geoda».

Un examen atento de la figura B muestra que se perdió una parte de la mitad inferior de lo que llenaba la porción hexagonal de la geoda. Fuera cual fuese esa materia, parece que era más bien blanda y desmenuzable, si una parte se cayó cuando el objeto fue cortado en dos.

Las figuras C y D muestran, respectivamente, las mitades inferior y superior tal como las presenta la figura B. Esas dos figuras son radiografías (de frente y de perfil), y principalmente muestran sólo el metal de la «geoda». Resulta claro que había un objeto en parte metálico envuelto en la piedra, y que fue cortado en dos, quedando más o menos una mitad de él encajada en cada una de las dos partes de la piedra.

El objeto central es una varilla de metal brillante de 2 mm de diámetro. Éste fue cortado en dos en 1961, pero, cinco años después, no presentaba ninguna empañadura. A su alrededor, aparecen unos 18 mm. de una especie de cerámica, rodeada exteriormente —parece— de una materia cuprosa, que está parcialmente afectada por la corrosión. La única parte magnética del objeto, según los descubridores, sería el vástago central de metal brillante.

Cuando se examina este objeto, la primera idea que acude a la mente, observando el conjunto formado por un trozo de cerámica de forma regular, una varilla metálica y un resto de cobre, es que se trata de una especie de aparato eléctrico. Si se observan las radiografías, se comprueba que el vástago atraviesa todos los componentes mostrados por las fotos, y, que en la figura C, parece haber sido corroído en su extremo. Sin embargo, en la figura D, se ve cómo el vástago termina, sin posible error, en lo que parece ser un muelle o una espiral de metal. Hay tres segmentos del objeto sobre el vástago, y el segmento central de cerámica con algo de cobre corroído es aquel que resulta visible, y que fue cortado en dos.

Nada indica, según las fotos (el autor no ha visto el objeto en cuestión), que pueda tratarse de un fraude. Un geólogo (¡no escogido!) examinó, dicen, el objeto y su ganga, ¡y declaró que el nódulo tenía al menos, 500.000 años de antigüedad!

Al estudiar las radiografías del objeto de Coso, el autor

pidió a Paul J. Willis que tratara de dibujar lo mejor que supiera aquello a lo que podría parecerse el objeto cubierto por la masa pétrea. La figura 2 muestra uno de los esbozos resultantes, mientras que Paul J. Willis se esforzaba en «volver a montar» juntas algunas radiografías de las dos mitades. De

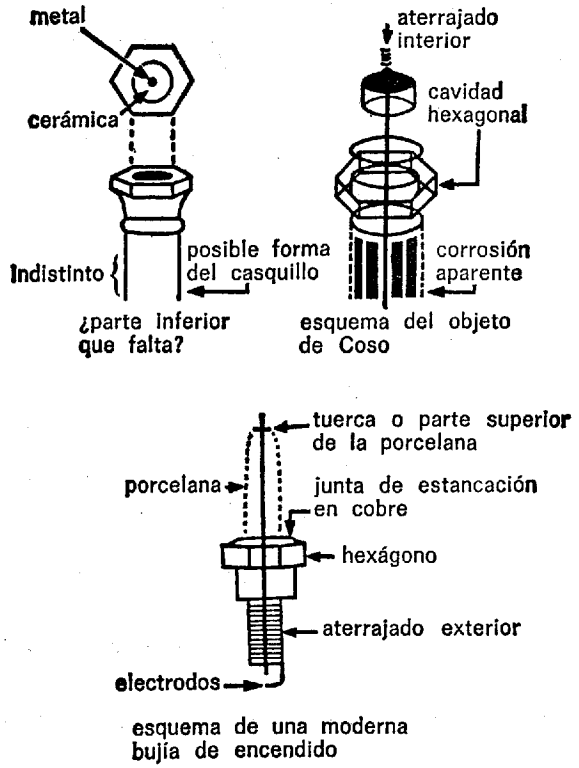


Fig. 1. *El objeto de Coso, comparado con una moderna bujía de encendido*

pronto, tras haber realizado el dibujo que aparece reproducido aquí, exclamó: «Oiga, ¿sabe usted a qué se parece una parte hexagonal como esta...? ¡A una bujía de encendido!» Me quedé asombrado, pues, de pronto, todas las piezas parecían

encajar. El objeto cortado en dos muestra una parte hexagonal, un aislante de porcelana o de cerámica, y una varilla central metálica, es decir, los principales componentes de toda bujía de encendido.

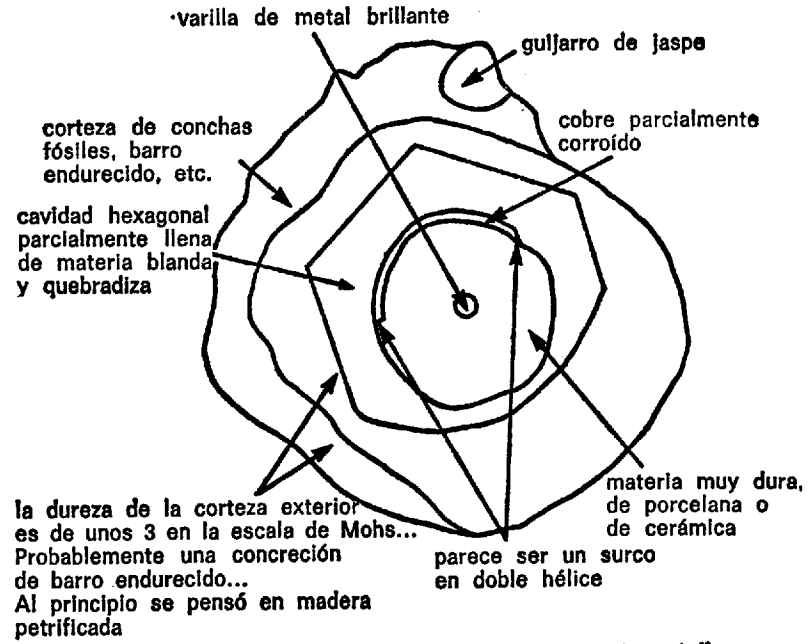


Fig. 2. *Estructura interna del objeto de Coso*

Entonces intentamos serrar en dos una bujía ordinaria cerca de su parte hexagonal. La porcelana, era, por supuesto, demasiado dura para una sierra de metal, pero la bujía se rompió y encontramos que todos los componentes eran similares a los del objeto de Coso, si bien, con algunas diferencias. El anillo de cobre en torno de las dos mitades que se ve en el objeto parece corresponder a una junta hermética de cobre

existente en la parte superior del casquillo de acero de cualquier bujía. La zona hexagonal vaciada en la masa está hecha probablemente de la herrumbre que queda de ese casquillo de acero. La parte inferior del objeto parece haber sido atacada por la corrosión, y no se puede deducir gran cosa de ella.

Conviene señalar asimismo que la varilla central de una bujía está hecha de un metal que tiene un color ligeramente cuproso, lo que Mrs. Maxey menciona como una característica de la varilla central del objeto.

La parte superior del objeto parece terminarse en un muelle en espiral, aunque hay ciertas posibilidades de que lo que vemos en la radiografía sea en realidad los restos de una pieza metálica roscada que se hubiera corroído. La pieza metálica más importante que aparece en la parte de arriba del objeto de Coso, no parece corresponder a ninguna parte de la bujía corriente que nosotros utilizamos en la actualidad. La figura 1 es una tentativa de hacer resaltar las semejanzas entre el objeto de Coso y una moderna bujía de encendido.

Pero, si el objeto de Coso es realmente una bujía de encendido, o algo similar, ¿de cuándo data, de dónde ha venido, y qué hace cubierta por lo que sus descubridores llaman una «piedra»? En primer lugar, no se sabe con exactitud qué es la materia que envuelve el objeto de Coso. En un lugar, Mrs. Maxey habla de ella como de «arcilla endurecida», y esta envoltura parece haber recogido en su superficie una variada colección de guijarros, el «clavo» y la «arandela», etc. Si la materia no es un depósito sedimentario, el objeto resulta mucho más fácil de explicar. Podría tratarse de una vieja bujía de hace un cierto número de años, que, de alguna manera hubiera acumulado a su alrededor una concreción de barro, y éste se hubiese endurecido en torno suyo. La materia superficial parece que tiene una dureza de 3 mohs, lo cual no es en realidad excesivo (1).

(1) El número 3 de la escala de Mohs (llamada así por el mineralogista alemán) corresponde a la dureza de la calcita, después del talco (1) y el yeso (2). El diamante (10) es el máximo.

La sierra diamantada probablemente tuvo dificultades sólo porque la persona que la utilizaba no se dio cuenta de la presencia de una materia tan dura como la porcelana en el objeto; y, sin embargo, se encuentran corrientemente cristales de cuarzo en las geodas, y el cuarzo es un poco más duro que la porcelana. Según un mapa geológico de la región en donde el objeto fue encontrado, se advierte que existen muchos antiguos pozos de minas y numerosas pequeñas minas, una de las cuales está apenas a 3 km del lugar del hallazgo.

Si este objeto no es un producto de nuestra tecnología moderna, representa seguramente uno de los más importantes objetos jamás descubiertos. No imaginaremos a los indios de California utilizando bujías de encendido, pese a que muchas invenciones tecnológicas pudieron haber aparecido muy temprano y haberse perdido en seguida, como, por ejemplo, la lentilla de cristal de Nínive y las baterías eléctricas babilonias.

Por casualidad, hemos podido recurrir a un miembro del I.N.F.O., llamado Egan, que vive en California y que hizo el viaje para ir a ver a Mrs. Maxey y Mr. Lane, actualmente en posesión del objeto. Mrs. Maxey dice ahora que la varilla central del objeto no es magnética, aunque había declarado en un artículo del *Desert Magazine* de febrero de 1961: «Esta varilla metálica sólo reacciona a un imán.» Según opina, esta pieza metálica es la que hizo tan difícil de serrar el objeto en dos. Mr. Lane tiene el objeto expuesto en su casa. Declara que está a la venta por 25.000 dólares; un poco caro si no se trata más que de una vieja bujía de encendido. Se dice que varios museos están interesados por este objeto, especialmente la Smithsonian (1), pero si la Smithsonian lo quiere, debe ser con el único propósito de dejarlo olvidado en sus sótanos, pues esto es lo que les ocurre a la mayor parte de sus muestras y especímenes.

(1) La Smithsonian Institution de Washington es una de las más importantes instituciones históricas, científicas y culturales; de hecho, es el museo más grande del mundo. Dieciocho millones de visitantes por año.

No se tiene ninguna indicación de que algún sabio profesional haya examinado nunca seriamente el objeto, de suerte que éste aún sigue siendo dudoso. El objeto de Coso parece que actualmente se une al «club» formado por el objeto de Casper, la momia de Wyoming, el manuscrito Voynich y muchos otros objetos forteanos que sus propietarios se niegan a dejar examinar por cualquiera sin cobrar una suma exorbitante.

LAS LOMAS ARTIFICIALES DE MIMA

por ELTON CATON

H. P. Lovecraft y otros novelistas fantásticos crearon la leyenda de los promontorios artificiales americanos, considerados como entradas a un mundo desconocido. Sin pretender dramatizar, es interesante, sin embargo, indicar que existen unos montículos parecidos en Rusia, Mogolia y China.

¿Fenómeno natural general? ¿Huellas de una civilización mundial?

El futuro lo indicará.

Cerca del extremo sur del Puget Sound existen decenas y decenas de hectáreas de extraños montículos. Los sabios han ofrecido de ellos diversas explicaciones:

a) construidos por hombres prehistóricos;
b) hechos por peces gigantes en un período durante el cual las praderas estaban sumergidas;
c) enormes hormigueros;
d) gofrados hechos por geómidos (1).

(1) Roedores esciuromorfos cavadores (*geomvidae*), de los que se afirma que, si no hubieran existido, América del Norte no tendría ni la vegetación, ni el aspecto, ni siquiera el clima que posee hoy en día.

Si se mira desde un buen punto de observación, a orillas de una de las praderas, se distinguen millares de montículos, todos perfectamente simétricos, que surgen del suelo como enormes globos semienterrados.

En ciertos lugares, hay hasta 10.000 de esos promontorios en un kilómetro cuadrado. Los mayores tienen de 2 a 2,50 metros de alto, y los más pequeños son sólo pequeñas jorobas apenas distinguibles. Pueden tener desde 1,80 hasta más de 20 m de diámetro. Y cuanto más grandes, más simétricos parecen. Todos los montículos de un determinado sector son aproximadamente de la misma altura.

Esas lomas han sido motivo de perplejidad desde que la expedición americana de exploración bajo el mando del capitán de fragata Charles Wilkes penetró en el Puget Sound en 1841. Pensando que se trataba de túmulos funerarios antiguos, hizo que excavaran en uno de ellos. No se halló ni un solo hueso. Hizo entonces excavar en otros dos, pero tampoco aparecieron osamentas.

Desde entonces, han sido abiertas centenares de esas pequeñas lomas, pero nadie ha encontrado en ellas el más pequeño vestigio que sugiera que seres humanos habían tomado la más mínima parte en su construcción.

La pradera en que están situados los ejemplos más impresionantes de tales montículos es llamada Pradera Mima; de ahí la denominación de montículos de Mima. La palabra *mima* procede del lenguaje *chinook*, y su significado se relaciona con la idea de muerte y sepultura. Sin embargo, no se conoce ninguna leyenda india que pueda explicar esas lomas.

Una de las explicaciones más increíbles ha sido propuesta por un eminente sabio, Louis Agassiz. Estaba observando un dibujo de los promontorios y escuchando su descripción, cuando, bruscamente, anunció que se trataba de los nidos de un pez (una especie de parásito succionador) (1) construidos en la

(1) De la familia de los catostomídeos, que puede alcanzar un tamaño bastante considerable, y muy extendidos en América del Norte.

época en que las praderas estaban cubiertas por el agua. Dejando aparte otros absurdos, las praderas del Estado de Washington no estuvieron jamás cubiertas por agua dulce, y sólo lo estuvieron por el agua salada posglaciar durante un breve período de tiempo.

Hubo un momento en que la teoría de los hormigueros estuvo de moda. En los claros bosquecillos de coníferas próximos a las praderas, vive una gran hormiga negra, llamada *Formica sanguinea*. Los nidos que construye están hechos de agujas de pino y ramitas, pero en ocasiones alcanzan 1,50 de altura. No es demasiado difícil imaginar una especie antigua de hormigas construyendo montículos aún más altos, de arena gruesa y fango. Esta teoría se vino abajo al encontrarse guijarros y piedras de cierto tamaño en el interior de muchas de las lomas de Mima.

En el transcurso de los años, se han descubierto numerosos indicios geológicos. Nadie está de acuerdo exactamente sobre a dónde apuntan eso indicios, pero al menos hay que tenerlos en cuenta. Algunas de las conclusiones que se han sacado de ellos fueron expuestas por J. Harlan Bretz en un boletín del servicio de topografía geológica del Estado de Washington.

Lomas bien formadas no se encuentran más que en las llanuras de fusión del glaciar Vashon, que recubría la región hace unos 15.000 años.

En las praderas de lomas, se formó hielo en las grietas. Y el hielo, al acumularse, empujó aún más el fango, formando un gran número de montones de tierra en forma de polígonos, y las propias grietas se ensancharon. Finalmente, los bloques de tierra se helaron también. Cuando llegó un gran deshielo, el hielo de las hendiduras se deshizo en agua, dejando en pie los grandes polígonos de tierra (que se derretían más lentamente que el hielo). Las formas redondeadas se explican por la erosión.

Otros sabios han encontrado fallos en la teoría de Ritchie. Discuten el hecho de que la región tuviera el género de clima que éste describe. Sostienen que la región no era mucho más

fría durante el período de formación de las lomas de lo que lo es hoy.

Está también la teoría de los geómidos. Ésta fue anunciada primeramente en 1941 por Walter W. Dalquist, en un momento en que se establecía un inventario de los mamíferos del sur del Estado de Washington. Más tarde, desarrolló esta teoría junto con Victor Sheffer, un biólogo del Departamento de Pesca y Fauna de los Estados Unidos. Hacen notar que en todas partes donde aparecen lomas, hay (o ha habido) geómidos. Plantean como postulado que cuando la capa de hielo de Vashon retrocedió y la vegetación se estableció sobre sus huellas, los geómidos comenzaron a instalarse procedentes del Sur. Finalmente, en la extremidad meridional del Puget Sound, tropezaron con un joven bosque de coníferas que había crecido a medida que el glaciar retrocedía.

Los geómidos no gustan de vivir a la sombra de un bosque, y, en lugar de avanzar más lejos, excavaron madrigueras en las praderas.

Dalquist y Sheffer pretenden que cada montículo representa el «territorio» de una familia de geómidos, y que el montículo era una serie de galerías exploratorias; las «raíces» de los montículos eran asimismo galerías abandonadas que se habían llenado de fango.

Los adversarios de esta teoría ponen de relieve el hecho de que no todos los montículos tienen «raíces» de fango. Asimismo, un geólogo escribe:

«Tras minuciosas investigaciones, más de 50 gruesos guijarros han sido retirados del interior de los montículos. El tamaño de esos guijarros varía de 5 a 50 cm. de diámetro, y un gran número de ellos fueron hallados muy arriba por encima de la base de la loma.»

Y se ha planteado la cuestión: «¿Cómo podría un geómido empujar una piedra del tamaño de un balón de fútbol hasta la cúspide de su nido?»

Para rematar el asunto, hay quienes afirman que los montículos crecen. Los cultivadores de la región empezaron a hablar de ello hace más de treinta años...

El doctor Sheffer, entre otros, ha considerado este último aspecto con suma seriedad (1).

(1) Véase *El misterio de las lomas de Mima,* por Jean Muir, en *True,* de enero de 1968, pág. 56.

EL MISTERIO DEL «POZO EN FORMA DE MEDIA LUNA»

por ANTONIN T. HORAK

Si la primavera de Praga hubiese continuado, si los viajes a Checoslovaquia no se hubieran vuelto difíciles, e incluso peligrosos, me habría marchado a investigar acerca de esta historia sobre el propio terreno.

Se trata del descubrimiento, durante la resistencia checoslovaca, en octubre de 1944, de una caverna recubierta de un metal desconocido. Amigos checos me han confirmado lo esencial de esta historia, que fue revelada en marzo de 1965. Por desgracia, en esos momentos tienen otros problemas, y yo los comprendo.

No por eso el enigma deja de resultar tan extraño como apasionante... Se puede, evidentemente, pensar en una intervención de extraterrestres, y eso es lo que yo preferiría.

Pero también se puede ofrecer una explicación natural. Checoslovaquia es rica en uranio, y, por otra parte, el radio fue descubierto en unos minerales checos. Quizás algún bombardeo radiactivo intenso, procedente de minerales ricos en radio, durante millones de años, ha transformado un mineral conocido en una aleación enteramente nueva que la ciencia actual ignora. Aleación que podría, tal vez, tener aplicaciones inte-

resantes... Me gustaría que, algún día, investigaciones más precisas, con medios modernos, aporten la verdad sobre un enigma que figura entre los más asombrosos de este libro y del planeta.

La aventura vivida que figura a continuación, relatada por un capitán de la Resistencia, durante el levantamiento eslovaco en el curso de la Segunda Guerra Mundial, sucedió en el mes de octubre de 1944. El doctor Antonin T. Horak —actualmente lingüista— se ha estado esforzando, desde hace años, en persuadir a los espeleólogos para que exploren lo que considera uno de los más extraños misterios del subsuelo: una especie de pozo de mina muy antiguo, que él descubrió en una lúgubre caverna checoslovaca. El relato está sacado de un Diario de ruta escrito en el lugar y publicado en el número correspondiente a marzo de 1965 de *N.S.S. News* (boletín de la Sociedad Nacional de Espeleología), con la autorización del autor. La caverna en cuestión está situada cerca de los pueblos de Plavince y Lubocna, aproximadamente a 49° 2' de latitud norte y 20° 7' de longitud Este (1).

RONALD CALAIS

23 de octubre de 1944: Muy temprano, ayer por la mañana, domingo 22 de octubre, Slavek nos descubrió en una trinchera y nos ocultó en esta gruta. Hoy, al caer la noche, él y su hija Hanka han venido con víveres y medicamentos. No habíamos comido desde el viernes, y, anteriormente, durante los dos últimos combates, sólo habíamos tenido pan de maíz, y ni siquiera el suficiente. Nuestra intendencia había llegado, de todos modos, al límite de sus aprovisionamientos, y los abastecedores habían sido dispersados por la desbandada y por el enemigo.

(1) En la región del Bajo Tatra.

El sábado por la tarde, los restos de nuestro batallón (184 hombres y oficiales, la cuarta parte heridos, y de ellos 16 en camillas) se retiraba por la nieve sobre la pendiente Norte. Mi compañía estaba situada a retaguardia. Al alba del domingo, dos cañones de 70 mm abrieron fuego sobre nosotros aproximadamente desde unos 300 m. Tras haber mantenido nuestra posición durante doce horas, ordené la interrupción progresiva del combate y el inicio de la retirada, pero en nuestra trinchera de la izquierda alguien no fue bastante prudente y recibimos dos impactos directos de granadas, lo cual nos causó dos heridos. Llegado el momento me enfrenté con el enemigo, recibí un bayonetazo y un disparo en la palma de mi mano izquierda, así como un golpe en la cabeza, que me puso fuera de combate. Sin mi gorro de piel, habría podido fracturarme el cráneo.

Recuperé el conocimiento cuando alguien, un campesino, me sacaba de la trinchera. El hombre aplastó un puñado de nieve sobre mi mano y mi cabeza, y sonrió. Luego, aquel expeditivo buen samaritano agarró a Jurek, le quitó el pantalón, sacó un largo fragmento de acero de su muslo y le colocó las nalgas desnudas en un montón de nieve. Martin, que tenía una profunda herida de través en el vientre, fue vendado suavemente. Mientras improvisaba unas parihuelas, el campesino se presentó con el nombre de Slavek, un criador de ovejas, propietario de los pastos de los alrededores. Necesitamos cuatro horas para llegar al refugio hasta el que Slavek nos condujo.

Slavek movió unas gruesas piedras y dejó libre una estrecha abertura, la entrada a esta vasta gruta. Después de haber situado a Martin en un rincón, nos quedamos asombrados al ver cómo Slavek se volvía ceremonioso: se santiguó, hizo la señal de la cruz sobre cada uno de nosotros, sobre la gruta, y, con una profunda reverencia, sobre la pared del fondo, donde un agujero atrajo mi atención.

En el momento de abandonarnos, Slavek se entregó a los mismos ritos religiosos, y me rogó que no avanzara más en su

caverna. Lo acompañé para recoger algunas ramas de pino, y él me dijo que anteriormente, a esta caverna no había venido más que una vez, con su padre y su abuelo. Según él, la caverna se trata de un inmenso dédalo, lleno de simas que ellos no habían tenido jamás deseos de sondear, y de bolsas de aire mefítico, además de estar ciertamente «encantada». Hacia medianoche regresé a la gruta junto a mis hombres; estaba agotado, y con un terrible dolor de cabeza que trataba de calmar con nieve. Martin se hallaba inconsciente, y Jurek tenía fiebre. Como desayuno-almuerzo-cena, él y yo bebimos agua tibia. Gracias a Dios, tenía mi pipa conmigo. Coloqué algunas piedras calientes en torno a Martin, y le tocó a Jurek efectuar la primera guardia.

Fue una noche difícil. Martin sólo estaba consciente algunos momentos; le di tres aspirinas y agua tibia para beber a sorbitos, junto con unas gotas de *slivovitz* (1). Jurek renqueaba, hambriento, en torno a los dos cascos alemanes en los que hacía hervir agua, a la cual yo añadía diez gotas de *slivovitz*, como todo desayuno para nosotros dos. Con aquella tempestad de nieve, el peligro de los aludes, además de los esquiadores enemigos merodeando, Slavek bien podía tardar varios días en regresar a nuestro lado con algunos víveres. Y yo no podía intentar cazar, y dejar así huellas en el terreno, teniendo dos hombres inmovilizados a mi cuidado. Pero allí estaba esa caverna que Slavek sólo conocía parcialmente; podían existir otras entradas además de la que él sabía, y quizás albergaba algunos animales en hibernación. Daba vueltas a estas posibilidades mientras Jurek masticaba corteza de abeto y, tal como yo había supuesto, éste me imploró que fuera a cazar en la caverna de Slavek, prometiendo no decir nada. Yo no sólo estaba hambriento, sino también ávido de descubrir aquello que tanto podía asustar a ese Slavek —hombre, sin embargo, muy seguro— que le hacía invocar a la Divinidad. Partí para

(1) Aguardiente «blanco» de ciruelas (*N. del T.*).

mi excursión a la caverna con fusil y linterna, antorcha y zapapico. Tras una marcha no demasiado tortuosa ni peligrosa, y habiendo cruzado algunos pasos angostos, llegué, aproximadamente al cabo de una hora y media, a un largo corredor horizontal, y, al final de éste, a un agujero del tamaño de un tonel.

Me deslicé por él reptando y, estaba aún arrodillado, cuando me quedé inmóvil por el asombro... pues ante mí se levantaba algo como una especie de gran silo negro, enmarcado en blanco. Al recuperar el aliento, reflexioné que se trataba de un muro o una cortina natural, curiosa, de sal negra, de hielo o de lava. Pero quedé sumido en la perplejidad, y luego en una especie de temor misterioso, cuando me di cuenta de que se trataba del costado, liso como cristal, de una estructura en apariencia de fabricación humana, que se hundía en la roca circundante. Magníficamente curvada, hacía suponer la existencia de un cilindro enorme de un diámetro que se aproxima a los 25 m. Allí donde la estructura y la roca se encuentran, gruesas estalactitas y estalagmitas forman ese marco de un blanco resplandeciente. La pared muestra un color negro azulado uniforme, y la materia de que está constituida parece combinar las propiedades del acero, el sílice y el caucho. El zapapico no deja ninguna huella en ella, y rebota fuertemente. Aun la simple idea de un artefacto del tamaño de una torre, enterrado en la roca en el centro de una oscura montaña, en una región salvaje donde ni siquiera la leyenda habla de ruinas, minas o industrias, y recubierto de concreaciones de época muy antigua, es asombroso; el hecho es como para producir escalofríos.

Una hendidura en esta pared, que no se distingue inmediatamente, parte desde abajo, con un ancho de 20 a 25 cm, y va disminuyendo de amplitud para desaparecer, ya con una anchura de sólo 2 a 5 cm, en el techo de la caverna. Su interior, a derecha e izquierda, es de un negro profundo y está marcado por surcos y crestas agudas del tamaño de un puño. El fondo de la hendidura tiene forma de cuezo bastante liso, en arenisca amarilla, y se hunde en una pendiente muy pronunciada (apro-

ximadamente 60 grados en la pared). Lancé al interior una antorcha encendida; ésta cayó y se apagó con chasquidos y silbidos resonantes, como si se dejara caer una reja de arado al rojo vivo en un recipiente de agua.

Decidido a proseguir mi exploración, y creyéndome lo bastante delgado como para deslizarme por aquel agujero de cerradura invertido, inicié el movimiento, contorsionándome de lado, con mi mano herida por delante y casi la cabeza abajo, muy estrechamente; aunque mi brazo derecho, que sostenía la linterna, pudo moverse en la grieta que se extendía más adelante, ésta se fue estrechando hasta asfixiarme y tuve que salir hacia atrás precipitadamente, lo que me costó un notable esfuerzo. Cuando hube salido y recuperado la respiración, estaba demasiado fascinado por todo ese enigma, y muy decidido a buscar su solución. Por el momento, ya tenía bastante, y era necesario que reflexionara sobre la táctica a utilizar.

A las 4 de la tarde estaba ya de regreso en el campamento. Jurek había aseado un poco a Martin, manteniéndolo entre piedras calientes; le di tres aspirinas y unos sorbitos de agua con *slivovitz*. Le expliqué a Jurek que la caza en la caverna exigiría mucho humo, estacas y una cuerda. Gracias a Dios, Slavek y Hanka acudieron con provisiones. Cuando se marcharon, los acompañé a fin de recoger ramas para hacer antorchas, y regresé al campo a las dos de la madrugada, muerto de fatiga; pero finalmente habíamos comido —Jurek, demasiado— y me encargué del segundo turno de guardia.

24 de octubre, 1944: Noche apacible; Martin había bebido tisana febrífuga con miel; esperaba que podríamos sacarlo de allí. El trasero de Jurek no estaba ni siquiera hinchado, pero mi cabeza seguía estándolo. Corté nuestros cinturones y trencé 8 m de cuerda sólida. A las 10 de la mañana, estaba otra vez ante el muro; até la cuerda a un bastón colocado de través en la grieta y, manteniéndola sobre mi hombro, me introduje de nuevo en la siniestra garganta. Como el día anterior, llevaba la lámpara —esta vez de carburo— sujeta en el extremo de un palo, en el agujero existente ante mí. Cuando lo hube franqueado y salido de él, la lámpara se balanceó libremente más abajo, en un vacío donde yo no podía ver nada y del cual llegaba también un ruido como de aguas turbulentas. Incapaz de darme la vuelta, temí que hubiera una sima llena de agua ante mí y que caería en ella literalmente de cabeza.

Me retorcí hacia atrás para remontar la pendiente; mi ropa se enganchó en unas asperezas y, arremangándose por encima de mis hombros y cabeza, formaron un tapón. En los esfuerzos desesperados que siguieron para liberarme, estuve a punto de escaldarme vivo. Cuando hube salido y estuve de nuevo sobre mis pies, temblaba de fatiga, y tuve visiones espantosas.

No había piedras basculantes en la pared; así, pues, tuve que desmenuzar algunas estalagmitas en pequeños trozos, que hice rodar por la fisura. Éstos seguían rodando y, finalmente, se detenían con un golpe. Lo cual indicaba que allí había un piso sólido con sitio para rodar. Lancé las antorchas encendidas detrás de las piedras, me desnudé, no conservando más que la camisa, y seguí el camino de las piedras y antorchas. Conociendo ya las peores asperezas existentes en la grieta, logré pasar con sólo algunos arañazos, di un pequeño salto, rodé por una pendiente y terminé detenido por una pared que me pareció familiar, lisa como el satén, al igual que la de arriba.

La lámpara seguía brillando a mi lado; percibí unos ruidos confusos. Encendiendo algunas antorchas, vi que me hallaba en un vasto pozo negro, curvo, formado por paredes verticales que se cortaban y constituían un túnel casi vertical —o más bien, una chimenea— en forma de media luna. No soy capaz de describir la oscuridad, ni los murmullos, susurros y gruñidos —ecos monstruosos producidos por mi respiración y mis movimientos. El piso era la pendiente sobre la que había rodado al entrar, un «pavimento» de caliza sólida.

Aún con todas las antorchas encendidas, no alcanzaba a ver el techo donde aquellas paredes terminaban o se encontraban. La distancia horizontal entre la cúspide de la curva cóncava

de la pared de delante y la de la curva convexa de la pared de detrás es aproximadamente de 8 m; la curva existente al pie de la pared trasera medía aproximadamente 25 m. Para proseguir la exploración, tenía necesidad de más iluminación y de mi zapapico que, al no pasar por la hendidura, había de ser desmontado.

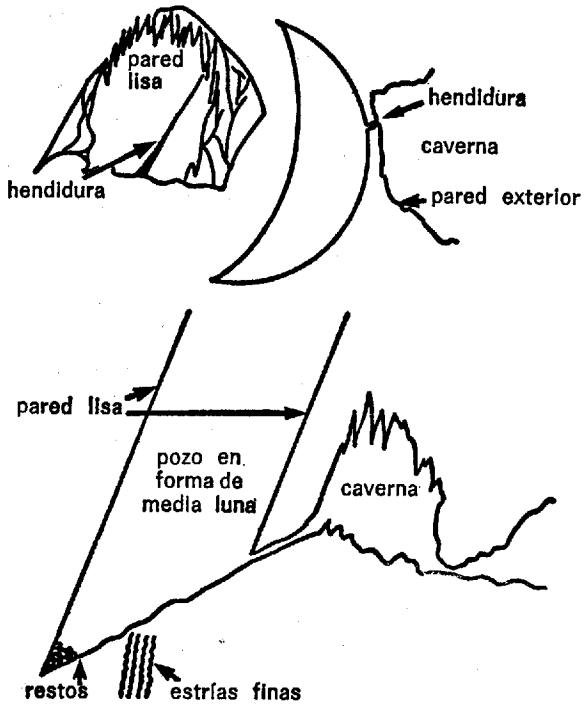


Fig. 3. La misteriosa caverna de metal, en Checoslovaquia.

Decidí regresar, jubiloso, inmerso en una especie de encantamiento mezclado con una determinación a explorar aquella enorme estructura que yo considero única y extraordinaria. Esta vez con la cabeza arriba, y sin ropa con la que pudiera quedar atrapado y asarme, pasé casi indemne, me vestí,

fumé una pipa y regresé a donde estaban mis hombres. Intenté cazar algunos murciélagos, pero no lo conseguí. Jurek estaba cociendo unas patatas y un trozo de cordero, por lo que se sentía inclinado a perdonar mi escasa destreza en la caza; se compadeció incluso de mis sufrimientos cuando tuvo que poner grasa sobre los arañazos de mi espalda y remendar la camisa. Martin comió un pedazo de pan junto con la tisana febrífuga mezclada con miel. Después de las 6 de la tarde, fui a buscar más ramas para hacer antorchas, y regresé a las 10. Jurek se hizo cargo de los dos turnos de guardia.

25 de octubre de 1944: Hemos pasado una buena noche. Martin parece mejorar. Me alegro de que el muslo de Jurek no esté todavía bastante bien como para que tenga deseos de venir conmigo a cazar murciélagos. Vale más que no sepa nada del secreto de la caverna.

Fui directamente a la pared, me desnudé como el día anterior, me unté con grasa de carnero, hice pasar los accesorios por el agujero y me deslicé por él con los pies por delante. Aun elevando la lámpara de carburo al extremo de una pértiga doble, y encendiendo cuatro antorchas, la parte superior de las paredes seguía en la oscuridad. Disparé dos tiros verticales, paralelamente a las paredes. Las detonaciones provocaron rugidos de trueno comparables a los de un tren expreso, pero no observé ningún impacto. Disparé entonces una bala a cada pared, apuntando a unos 15 m por encima mío, y obtuve grandes chispas de una tonalidad azul verdosa con un ruido tal que tuve que taparme las orejas entre las rodillas, al tiempo que veía danzar locamente unas llamas ante mí.

El montaje del pico ocasionó nuevos ruidos. Probé el «pavimento», y me puse a cavar allí donde la caliza era poco espesa, en los cuernos de la media luna. A la derecha, hallé arcilla seca, y a la izquierda, tropecé a unos 50 cm, con una capa de esmalte constituida por los dientes de un gran animal; cogí un canino y un molar y dejé el resto. Al continuar cavando cerca de allí, la pared del fondo presentó a 1,50 m por deba-

jo del pavimento, un aspecto suavemente acanalado, como ondulado verticalmente. Esta parte parecía más cálida que la superficie lisa. La palpé con los labios y las orejas, y creo que dicha impresión es correcta. En el medio, el pavimento es demasiado espeso para un pico de trinchera.

Cuando las antorchas se extinguieron, yo estaba empapado de un sudor helado; abandoné el pozo en forma de media luna, me vestí, marché al lugar donde se encontraban los murciélagos y abatí siete de ellos. Jurek los rellenó de pan y hierbas, con lo que se convirtieron en exquisitos «pichones».

Slavek y Olga, su otra hija, vinieron por la tarde con heno, paja, un poco de cordero, otras plantas medicinales —menta de flores azules y telefio— así como granos de lirio un excelente sucedáneo del café. Los acompañé, recogí ramas de pino para las antorchas, junto con dos largas pértigas, y estuve de regreso a medianoche. Martin se tomó las dos últimas aspirinas y un poco de agua con miel. Jurek efectuó los dos turnos de guardia.

26 de octubre de 1944: La noche fue buena. Regresé al pozo en forma de media luna para proseguir mis investigaciones. Pese a haber unido varias pértigas entre sí, la lámpara de carburo colocada en el extremo no lograba alumbrar la parte superior de los muros. Disparé por encima de la parte iluminada; las balas produjeron grandes chispas y ensordecedores ecos. Luego lo hice horizontalmente sobre el muro del fondo, con parecidos resultados —chispas, estruendos, ninguna astilla o fragmento, pero sí una marca de medio dado de longitud que desprendía un olor acre. Tras lo cual, me puse a cavar en el cuerno izquierdo, y comprobé que el aspecto acanalado se prolongaba hacia abajo; pero, en el cuerno derecho, no encontré ese aspecto.

Abandoné el «pozo» para sondear la pared exterior y sus alrededores. Cerca de las estalactitas algunas manchas que parecían esmalte; al rascarlas, soltaron un polvo, demasiado fino para ser recogido sin cola; trataría de fabricármela haciendo

hervir las garras de nuestros «pichones». Habría querido conseguir una muestra del singular material que constituía las paredes, pero aún disparando dos balas en la hendidura sobre las asperezas y tocándolas, no obtuve más que rebotes, un rugido de trueno, unas marcas y el mismo olor acre.

De regreso al campamento, capturé algunos murciélagos, y comimos nuevamente «pichones». Ordené a Jurek que hiciera desaparecer todo rastro de ellos, y puse las garras aparte. Los Slavek llegaron como de costumbre a la caída de la noche, trayendo en esta ocasión un cuarto de ciervo, medio kilo de sal y una caja de carburo. Jurek volvió a encargarse de los dos turnos de guardia.

27 de octubre de 1944: Martin murió durante el sueño. Jurek, que conocía a su familia, se encargaría de sus asuntos, incluyendo la cartera con 643 coronas, el reloj con la cadena y mi certificado de defunción. Ahora, podíamos irnos y reincorporarnos a nuestro batallón, que se encontraba en algún lugar al este de Kosice. Con su bastón, Jurek podía marchar una decena de kilómetros al día, y, de todos modos, debíamos desplazarnos con prudencia. Decidimos partir al día siguiente.

A las 10 de la mañana, estaba en la caverna, buscando si había algún paso para rodear el pozo por detrás; en cuanto al hielo y al aire mefítico de que había hablado Slavek, yo no los hallé, aunque es posible que existan. De inmediato, me deslicé al «pozo en forma de media luna» para dibujar, cavar y reflexionar. Regresé al campo hacia las 4 de la tarde. Ordené a Jurek que preparara nuestras impedimentas, limpiara las armas, cocinara alimento para siete días y tuviera dispuesto todo aquello que no necesitáramos para devolvérselo a Slavek. El padre vino con sus dos hijas, como si la familia hubiera presentido que Martin había muerto. Lo llevamos a la trinchera entre los pinos esmirriados, donde había recibido su herida mortal. Cada uno de nosotros hizo su turno para cavar la tumba; tras haber rezado, lo enterramos, envuelto en una manta.

28 de octubre de 1944: Noche de descanso; buen desayuno. Grabé mi nombre, etc., sobre una correa de cuero, luego la enrollé junto con el reverso de la caja de oro de mi reloj, para meterlo todo en una botella que tapé con un guijarro y una bola de arcilla mezclada con carbón de leña, y deposité ese testimonio en el «pozo en forma de media luna», sobre las cenizas de mis antorchas. Puede permanecer mucho tiempo ahí, quizás hasta que la estructura haya desaparecido completamente detrás de su cortina de estalactitas y estalagmitas. Slavek no tiene hijos a los que confiar el misterio de su caverna; sus hijas no lo conocen y, de todas maneras, las muchachas se casan generalmente en otros pueblos. En pocas decenas de años, nadie sabrá nada de ella, si no regreso y hago que la exploren.

Allí estaba sentado yo, cerca del fuego, preguntándome: ¿qué podrá ser esa estructura, con paredes de dos metros de espesor y una forma para la que no puedo imaginar ningún uso conocido en nuestros días? ¿Hasta dónde se hunde en la roca? ¿Hay algo más que ese «pozo en forma de media luna»? ¿Qué accidente, o quién, lo ha puesto en esta montaña? ¿Se trata de un objeto de fabricación humana, fosilizado? ¿Habrá algo de verdad en las leyendas, como la de Platón, respecto a civilizaciones perdidas hace mucho tiempo, poseedoras de tecnologías mágicas que nuestra razón no puede captar ni comprender?

Soy una persona sensata, de formación universitaria, pero debo admitir que allí, entre aquellas paredes verticales, de curvatura matemática, negras, relucientes como el satén, tuve la impresión de enfrentarme con un poder sumamente extraño y amenazador. Comprendo sin dificultad que hombres simples, pero inteligentes y de sentido común, como Slavek y sus antepasados, tengan la sensación de que en todo eso hay brujería, oculten ese «pozo en forma de media luna» y teman asimismo que, si su existencia fuera alguna vez revelada, ello no haga más que atraer hordas de turistas, y dé lugar a todo

el trastorno, perforación de galerías, explosiones, hoteles y puestos de venta, que destruiría probablemente su vida honrada, ligada a la Naturaleza.

Durante mi camino, de regreso al campo, rellené y disimulé los agujeros que conducen al muro; la caverna podía tener entradas que Slavek no conocía, y algún descubridor fortuito podría echarlo todo por la borda yendo a la busca de algún «tesoro», antes de que un equipo científico pudiera llegar. Regresé al campo a las 3 de la tarde, y, hacia las 5, llegaron los tres Slavek, trayendo algunos huevos duros.

Tras vigorosos apretones de manos a la eslovaca, cogimos nuestras armas e impedimentas y nos marchamos. En el momento de adentrarnos en los pinos, dimos la vuelta, descubriendo a Slavek que disimulaba la entrada de su caverna y a sus hijas borrando nuestras huellas. La luna resplandecía y la nieve brillaba.

En los postreros días de la Segunda Guerra Mundial, en ruta hacia Bohemia, visité nuevamente el lugar. Los Slavek vivían provisionalmente en Yzdar. Contemplé otra vez la tumba de Martin, así como la entrada de la caverna. Había llevado los dientes de animal que recogiera al conservador del departamento de Paleontología de Uzhorod, y éste los clasificó como pertenecientes a un oso de las cavernas, *Ursus Spaeleus*, adulto. Me planteé algunas preguntas acerca de este asunto: la hendidura es demasiado estrecha, el bloque de piedra caliza y las estalagmitas que hay delante no dejarían pasar restos; aquel oso parece que cayó en el «pozo en forma de media luna», el cual podría, por tanto, tener una comunicación con la superficie.

En mi última visita a aquellos lugares, examiné la ladera de la montaña por encima de la caverna, y no encontré ni agujero, ni sima que pudiera ser la supuesta comunicación con el «pozo» en cuestión. Pero en esas empinadas pendientes de los Tatras, los desprendimientos podrían haber borrado o rellenado semejante comunicación.

Ronald Calais, que comunicó el relato precedente, da la siguiente indicación:

«Añadiré una nota final interesante a esta comunicación. Se tienen sólo muy escasas informaciones sobre este caso, sin embargo, las daré: A unos quince metros de profundidad, fue descubierto, hace algunos años, un pozo circular en una cantera cerca de McDermott, en Ohio. Parecía haber sido excavado en la roca dura, en épocas precedentes. Los obreros no le prestaron gran atención y, seguidamente, rellenaron ese "pozo", echándole piedra de la cantera.» (Nos gustaría tener más detalles corroborativos, así como la indicación de fuentes exactas sobre este caso.)

LOS MISTERIOSOS CILINDROS DE CEMENTO DE NUEVA CALEDONIA

por ANDREW E. ROTHOVIUS

Australia, como Nueva Zelanda, es, en principio, una tierra sin historia. También ofrece un interés considerable el descubrimiento en Nueva Caledonia, de objetos que no son de origen natural ni tampoco humano, o, cuando menos, no relacionados con ninguna de las peripecias bien conocidas de la ocupación humana de Nueva Caledonia.

Los fanáticos del antiguo continente de Mu dirán, evidentemente, que se trata de vestigios de Mu. El propio autor del artículo, M. Andrew E. Rothovius, a quien se debe un estudio muy interesante, aparecido en Francia en los Cahiers de l'Herne, *sobre H. P. Lovecraft y los megalitos de Nueva Inglaterra, compara tales objetos con pilares hallados en las Marianas. Pero nada prueba que el continente de Mu haya existido. La hipótesis «interplanetaria» emitida por el autor es tan plausible como probablemente alejada de la verdad. En este terreno, como en otros, la verdad supera probablemente la ficción, y se encuentra, por el momento, fuera del alcance de nuestra imaginación. El pasado está muy lejos de las estructuras estereotipadas que se encuentran en los libros de Historia.*

Uno de los misterios más inquietantes y desconcertantes con que se han enfrentado los arqueólogos, en estos últimos años, ha sido el descubrimiento en Nueva Caledonia y en la vecina isla de los Pinos de unos notables cilindros hechos de mortero y de cal. Éstos no parecen ser de origen natural, y su edad es considerada más antigua que la de todos los cementos de fabricación humana, conocidos hasta ahora.

Descubiertos por L. Chevalier, del museo de Nueva Caledonia, en Noumea, capital de la isla, esos cilindros miden de 1 a 1,75 m de diámetro por 1 a 2,50 de altura. Están hechos de un mortero de cal muy duro y homogéneo, que contiene fragmentos de conchas cuya datación por el radiocarbono (C 14) va desde el año 5120 al 10950 antes de nuestra Era. Aun la fecha más próxima es anterior en unos 3.000 años a la época en que se cree que el hombre llegó al Pacífico del sudoeste, procedente de la región de Indonesia. (Los morteros de cal de las antiguas civilizaciones mediterráneas no se remontan más allá de algunos centenares de años antes de nuestra Era, como máximo.)

En su superficie, esos cilindros están salpicados de granitos de sílice y hierro que parecen haber quedado presos en el mortero cuando éste se endureció. Semejante característica es interesante porque los relaciona con los túmulos o montículos de arena y grava en los que fueron hallados los cilindros y que son tan extraños como los propios cilindros.

Existen unos 400 de tales túmulos en la isla de los Pinos, y, hasta el momento, se han descubierto en la propia Nueva Caledonia, cerca de una localidad llamada Paita. En la isla de los Pinos, esos túmulos son amontonamientos de arena y grava de un alto contenido en óxido de hierro; los de Paita están hechos de arena silícica. En ambos lugares, los túmulos tienen de 2,40 a 2,75 m de altura, y 90 m de diámetro como promedio. Están denudados y carecen de características particulares, no arraigando apenas ninguna vegetación en las arenas de que están compuestos.

Hasta hoy, sólo cuatro de esos túmulos han sido objeto de excavaciones. Pese a las minuciosas investigaciones, en ellos no se encontraron osamentas, ni objetos modelados, ni carbón de leña; sin embargo, tres de los túmulos contenían cada uno un cilindro, y el cuarto tenía dos, uno al lado del otro. En cada caso, los cilindros estaban situados en el centro de los túmulos (que parecen gigantescas toperas), en posición vertical.

Chevalier tuvo la impresión de que el mortero había sido vertido en unos pozos estrechos, excavados en la cúspide de los túmulos, y que se le había dejado endurecer sobre el terreno. Granos de la arena y la grava que constituirán los túmulos se habrían hundido naturalmente en el mortero, lo cual explicaría su presencia en la superficie de los cilindros.

Pero, ante todo, ¿qué razón concebible podría haber existido para vaciar esos cilindros? El origen natural parece excluido... y, sin embargo, no se ha encontrado ninguna prueba de intervención humana, ni en lo que atañe a los cilindros, ni para los túmulos, que son asimismo inexplicables como fenómeno natural.

Se podría imaginar que, tal vez, una nave procedente de otro mundo se detuvo en el aire... y envió al suelo a centenares de exploradores en pequeños vehículos separados, algo parecidos al Lem de la nave lunar *Apolo*. Cuando esos exploradores debieron regresar a la nave nodriza, tuvieron necesidad de pequeños soportes de lanzamiento, para lo cual mezclaron y vertieron el mortero de cal en la cúspide de los túmulos de arena y grava que habían amontonado con este fin...

¿Fantástico? De acuerdo, por supuesto; pues, ¿cuál habría podido ser el sistema de lanzamiento, que no dejó ninguna huella visible en la cima de los cilindros? No obstante, a menos que se encuentre un asolución imaginativa al misterio que éstos ofrecen, lo más probable es que la Ciencia ignore los túmulos y los cilindros de cemento de Nueva Caledonia,

dado que no se encuentra para ellos una explicación ortodoxa... y de ese modo correrán el peligro de ser destruidos y olvidados cuando se lleve a cabo la construcción de un aeropuerto o cualesquiera otras grandes obras en esta región. Nueva Caledonia fue una base de reagrupamiento de importancia básica para las fuerzas americanas durante la guerra del Pacífico, y su situación estratégica puede determinar que, en un futuro no muy lejano, se construyan aeropuertos civiles o militares.

Quizá se pueda mencionar un posible paralelismo entre los cilindros de Nueva Caledonia con los extraños pilares de piedra de la isla de Tinian, en las Marianas, situada a varios millares de kilómetros al Noroeste. En abril de 1819, la expedición francesa de exploración mandada por el capitán Louis Claude de Freycinet, a bordo de la fragata *Uranie,* visitó en Tinian un curioso lugar donde, en medio de una vegetación lujuriante que la rodeaba por todas partes, aparecía sólo una hierba extraña rodeando una doble hilera de columnas de piedra, de, aproximadamente, 4,50 m de altura, cada una de ellas coronada por un enorme guijarro de forma hemisférica y cuyo lado redondeado está colocado sobre la cúspide del pilar. En tanto que éstos aparecían en buen estado de conservación, con sus caras y aristas apenas erosionadas, los grandes guijarros se desmenuzaban bastante, por ser quizá de naturaleza más blanda, pese a que el relato del capitán Freycinet no aporta ninguna precisión en este sentido.

Los exploradores franceses se preguntaron si los pilares habrían sostenido en otro tiempo un techo o una plataforma, pero no pudieron hallar el menor rastro de ello. Lo que más les intrigó fue la aridez del terreno y la singularidad de la hierba existente alrededor de los pilares, pues, por lo que ellos pudieron determinar, el terreno era tan fértil como aquel en donde crecía una jungla lujuriante, pocos metros más allá.

Tinian estuvo sucesivamente bajo la dominación española, alemana y japonesa, hasta el desembarco de los *marines* americanos en 1944, y ninguna de esas administraciones alentó la investigación científica en esos lugares. En cualquier caso, el autor no ha encontrado ninguna otra indicación sobre esos extraños pilares de piedra y es posible que, si aún existía en 1944, hubiera sido destruida en los violentos combates que siguieron al desembarco americano, antes de que la isla fuese conquistada para convertirse en la base desde donde las fortalezas volantes «B-29» condujeron sus devastadores ataques sobre el Japón.

FUENTES Y REFERENCIAS:

Revue de la Société d'études mélanésiennes (Noumea, 1964); págs. 24-25.
Radiocarbone (publicado por la Universidad de Yale), vol. 8, de junio de 1966; informe sobre dataciones mediante carbono 14 por el Centro de Radiactividades Débiles, del C.N.R.S., de Gif-sur-Yvette, Essones.
Freycinet, Louis Claude de: *Voyage autour du Monde,* además de *Atlas historique,* París, 1825, págs. 279-280.

¿ALCANZARON LOS VIKINGOS LA COSTA DEL PACÍFICO?

por ANDREW E. ROTHOVIUS

La reciente obra: Norsemen before Columbus, *de J. Kr. Tornöe («George Allen & Unwin», Londres, 1965) aporta las pruebas científicas indiscutibles de una exploración vikinga del continente americano.*

La llegada de los vikingos a la costa del Pacífico no ha sido aún admitida por la ciencia oficial, pero no tardará en serlo.

En medio de un interés renaciente, estos últimos años, respecto a los viajes de los vikingos hasta la costa atlántica de América del Norte —interés que ha sido suscitado a causa del hallazgo por la Universidad de Yale del mapa de Vinlandia, así como por el descubrimiento de restos auténticos de establecimientos de los normandos en Terranova y en el norte del Labrador—, resulta bastante curioso que se haya despertado tan poca atención, cuando no ninguna, por los testimonios que sugieren que, al menos, una expedición de los vikingos —y quizá varias— habría contorneado todo el norte del continente

americano y franqueado el estrecho de Bering llegando hasta la costa del Pacífico.

De hecho, si consideramos que en la época de Eric *el Rojo* y Leif Ericson —siglos X y XI—, el hemisferio Norte gozaba de su período más cálido —exceptuando el que siguió a la última glaciación— y que el hielo polar ártico había disminuido tanto que los barcos a vela no habrían tenido, probablemente, dificultad en abrirse un camino a través del laberinto de islas y brazos de mar que forman el paso del noroeste al norte del Canadá, nada hay de sorprendente en la idea de que los vikingos hubieran tratado de descubrir lo que había más allá de esos pasos. Sin embargo, dado que los vientos dominantes en esas latitudes elevadas son del Este, les habría resultado mucho más difícil efectuar el viaje de retorno; y todo parece indicar que ninguno de los que se embarcaron en esa aventura consiguió regresar jamás.

El primer testimonio de un viaje de los vikingos hasta el Pacífico procede de las tradiciones tribales de los indios seri en la isla del Tiburón, situada en el golfo de California. Reducidos en la actualidad a un par de centenares de almas, los seris habrían sido antaño una tribu mucho más numerosa que dominaba a todos los demás indios de la costa oriental (mexicana) del golfo. Los seris cuentan todavía la historia de los «hombres-llegados-de-lejos» que «hace mucho tiempo, cuando Dios era un niño pequeño» desembarcaron en Tiburón «de un largo barco que llevaba una cabeza parecida a una serpiente».

Esos extranjeros, declaran las leyendas seris, tenían la barba y los cabellos blancos, y sus mujeres, los cabellos rojos. Cazaron las ballenas que abundan en el golfo (éste fue un territorio de caza favorito de los balleneros yanquis durante el siglo XIX), descuartizaron sus enormes armazones y pusieron su carne —que hicieron cocer en la orilla— en conserva, metiéndola en cestos que trenzaban con las cañas que crecían en Tiburón.

Luego, habiéndose aprovisionado así, los extranjeros reemprendieron la marcha siguiendo la costa en dirección Sur, pero estaban aún a poca distancia cuando su barco embarrancó y fue destruido por los rompientes.

Los supervivientes del naufragio regresaron a la costa a nado, y fueron bien acogidos por la tribu mayo, con la cual se mezclaron contrayendo matrimonio con sus miembros. Aún en nuestros días, los mayos dan origen, en cada generación, a algunos individuos con los cabellos rubios, o los ojos azules, o a veces ambas cosas, características que ellos afirman procedentes de los «hombres-llegados-de-lejos», y, hasta 1920, desterraban de la tribu a todos los que se casaban fuera de ella, al objeto de preservar esta herencia.

En la Conferencia Meteorológica de Toronto, que tuvo lugar del 9 al 15 de setiembre de 1953, Ronald L. Ives, del Laboratorio Aeronáutico Cornell, de Buffalo, Estado de Nueva York, pronunció un discurso sobre «los Estudios Climatológicos de la América del Noroeste», en el cual refirió esas leyendas, que son también citadas con más detalle en la obra de D. y M. R. Coolidge, *Los últimos seris* («E. P. Dutton», Nueva York, 1939), a título de testimonio en apoyo del «segundo máximo térmico», tal como se designa técnicamente al breve período cálido de la época de los vikingos. No obstante, los arqueólogos no han prestado ninguna atención a este informe, y ha permanecido desconocido por el gran público hasta la reciente publicación por la «World Publishing Co.» de Cleveland, Estado de Ohio, de *El Oeste misterioso*, de Brad Williams y Choral Pepper.

En dicha obra, los autores no sólo invocan las leyendas seri, sino que aportan testimonios adicionales respecto a los barcos vikingos que habrían alcanzando la región del golfo de California. La viuda aún viva de un asiduo frecuentador de los bosques de la baja California, Santiago Socio, asegura que su marido le dijo que había encontrado el casco de un antiguo barco, con escudos redondos enganchados a la borda,

en el fondo de un cañón, a unos 40 km al nordeste de Tecate, en lo frontera de los Estados Unidos y México, al este de Tijuana. Y, en marzo de 1913, Louis y Myrtle Botts, de Julián, Estado de California, bien conocidos como calificados buscadores de antigüedades, descubrieron la proa en forma de cabeza de dragón de un barco parecido a un drakkar, que sobresalía de la pared de un cañón, cerca de Agua Caliente Springs, en el lado estadounidense de la frontera. El fuerte temblor de tierra de Long Beach, ocurrido aquel mismo mes, desencadenó un deslizamiento de rocas que cerró el cañón antes de que ellos pudieran avanzar en sus investigaciones.

Es invocado un tercer testimonio, el de un colono llamado Nils Jacobsen, que encontró los restos de un barco de madera, en el desierto, cerca de Imperial City, en California, en 1907, y que los utilizó para construir una cochiquera. Es posible que se tratara de los restos de uno de los barcos de Juan de Iturbe, que, en 1615, vio su flotilla bloqueada en una bahía, actualmente desaparecida, existente en el fondo del golfo de California, donde tuvo que abandonarla y regresar a pie a México. Dio como explicación que el nivel del mar había descendido súbitamente en el canal que llevaba fuera de la bahía, lo cual impidió a sus barcos hacerse nuevamente a la mar.

El relato de Iturbe ha sido siempre considerado con escepticismo, creyendo la mayoría de las autoridades que el hombre dejó sus barcos en manos de los piratas y urdió esa historia para escapar a las pesquisas judiciales por no haber resistido resueltamente a los bucaneros. Sin embargo, es posible que hubiera dicho la verdad, y que las modificaciones bruscas del nivel del mar a las que el golfo de California parece, en efecto, estar sujeto tanto a causa de la actividad sísmica como a los desbordamientos periódicos del río Colorado, parecidos al que creó el mar de Salton en el desierto, hace unos sesenta años pudieran también haber atrapado a los barcos vikingos que penetraron antaño por estrechos brazos de mar en lo que actualmente no son más que áridos cañones. Parecería, ciertamente, que está indicada una exploración más profunda de la región, al objeto de determinar si aún pueden hallarse objetos vikingos, lo cual obligaría a reconsiderar totalmente nuestras ideas sobre el radio de acción de estos intrépidos piratas.

SEGUNDA PARTE

LOS EXTRATERRESTRES ENTRE NOSOTROS

EXTRAÑAS LUCES EN LAS COLONIAS AMERICANAS DE S. M. BRITÁNICA, EN EL SIGLO XVII

Después de todas las exhumaciones de viejos relatos sobre fenómenos similares a las visiones de objetos volantes no identificados —dicho de otra manera, «platillos volantes»— de nuestra época, resulta más bien sorprendente —al menos por lo que el autor sabe, y conste que posee un amplio conocimiento de toda la literatura «platillista» existente— que no se haya hecho mención jamás de las notables observaciones de ovnis relatadas por el gobernador John Winthrop (1) en su «Diario» de la primera generación de la colonia puritana en Boston, en el siglo XVII.

Los relatos de Winthrop son claros, detallados y están desprovistos de emoción. Es indudable que intentó dejar una descripción honesta de acontecimientos cuya realidad no tenía ningún motivo para poner en duda. Tales narraciones son, por consiguiente, del mayor interés para cualquiera que busque un testimonio auténtico de fenómenos del tipo ovni durante el período de la colonización de América.

El primer caso de ovni citado por Winthrop se produjo

(1) Personaje histórico muy importante en América. Desembarcó en 1630, en la bahía de Massachusetts, al frente de un millar de «puritanos» ingleses, con todo el ganado, útiles y aprovisionamientos necesarios para efectuar una colonización en gran escala.

en el mes de marzo de 1639, tan sólo nueve años después del establecimiento de la colonia puritana de Boston. James Everell, bien conocido como un «hombre sobrio y prudente», y miembro de la primera Iglesia Puritana desde 1634, atravesaba el Muddy River (el río fangoso) —que en aquella época era un brazo importante del río Charles en lo que actualmente es el sector de tierras terraplenadas de Back Bay en Boston— junto con otros dos hombres, en una barquilla, hacia las 10 de la noche, cuando de pronto resplandeció una gran luz en el cielo, encima de ellos. Aquel resplandor permaneció al principio estacionario, y parecía tener una forma cuadrada o incluso rectangular, de, aproximadamente 2,30 a 3 m de ancho, por lo que Everell pudo juzgar.

De improviso, la luz se desplazó muy de prisa por encima del río Charles hacia Charlestown, y luego regresó al mismo lugar. Durante dos o tres horas, continuó ese juego de zigzag sobre el Muddy River y el río Charles, alejándose la luz rápidamente, regresando también con gran rapidez, permaneciendo inmóvil unos breves instantes, y luego volviendo a comenzar el juego. Petrificados de espanto, Everell y sus compañeros temblaban, agazapados en el fondo de la barca, incapaces de remar o de impulsarse con la pértiga. Los brincos de la luz zigzagueante les recordaban «los movimientos de un cerdo tratando de escapar a su captura corriendo de acá para allá».

Cuando, finalmente el resplandor desapareció, Everell comprobó con estupefacción que, pese a que la marea había bajado durante todo aquel tiempo, el barquichuelo estaba, de hecho, situado más arriba en el río que cuando la luz apareciera por primera vez. Aparentemente, alguna influencia procedente de ésta había impulsado la barca contracorriente.

Winthrop no da más detalles sobre esta observación, excepto cuando declara que la luz fue vista por otras varias personas, más tarde, casi en el mismo lugar.

Cinco años después se produjo otro caso de ovni, aún más interesante. Hacia las ocho de la tarde del 18 de marzo de 1644,

numerosas personas del barrio de Boston que está situado frente al mar vieron un resplandor casi del tamaño de la luna llena levantarse por encima del horizonte marino, al Nordeste. Pocos minutos después, apareció otra luz muy similar, procedente del Este y acercándose a la primera que estaba en aquel instante encima de la isla de Noddle, en el puerto de Boston. Comenzó entonces una especie de juego del gato y el ratón entre aquellos dos resplandores: «Uno se aproximó al otro, luego se separó de él, de nuevo se acercó, repitiéndose esto varias veces hasta que, finalmente, ambas se hundieron detrás de la colina y desaparecieron.» A intervalos, lanzaban pequeñas llamas o destellos de luz, empujándose una a otra.

En el mismo momento, varias personas que estaban en el agua entre Boston y Dorchster pretendieron haber escuchado una voz procedente del cielo que decía «del modo más terrible» las palabras «pequeño... pequeño... ven... ven». Tales personas, de todos conocidas como gentes «sobrias y piadosas», sostuvieron que habían oído repetir esas llamadas una veintena de veces desde diversas direcciones. Aunque fueron incapaces de juzgar la distancia de donde procedía aquella voz, les parecía, no obstante, que se trataba de «una distancia muy grande».

Una semana más tarde, aquella luces fueron vistas de nuevo, y, aún siete días después, la voz celeste repitió sus llamadas, esta vez en el otro lado del puerto, hacia la isla de Noddle. El único comentario escrito de Winthrop a propósito de estos acontecimientos, aparte su simple relación, fue que este último lugar estaba próximo al sitio donde la pinaza del capitán Chaddock había sido destruida, unas semanas antes, por una explosión de pólvora de cañón ocurrida en la cala. Chaddock, declara Winthrop, era sospechoso de ser un experto en necromancia y de «haber hecho cosas extrañas al llegar de Virginia», donde estaba acusado de haber asesinado a su comandante. Los cuerpos de los hombres de la tripulación muertos en la explosión habían sido lanzados a la orilla, pero el de

Chaddock no fue hallado jamás.

No he encontrado otras descripciones de casos de ovnis entre los diversos escritores y memorialistas de la época colonial que he consultado, pero en *Life and Times in Hopkington, N. H. (La Vida Cotidiana en Hopkington,* New Hampshire), de C. C. Lord, publicado en 1890, apareció el interesante relato de lo que podría ser unas observaciones de ovnis en la colina Putney —conocida también con el nombre de colina Gould— en la parte Norte de la ciudad, que está situada frente al valle del Contoocook. Un resto de bosque de pinos de la ladera Norte de dicha colina tenía la reputación de haber sido un «observatorio indio», donde los centinelas pieles rojas estaban al acecho de los merodeadores enemigos. A partir de una época situada entre 1750 y 1800, unas bolas luminosas que flotaban en el aire y se desplazaban lentamente, fueron vistas con frecuencia encima o cerca de este bosque de pinos, tanto de día como de noche, aunque con preferencia cuando había oscurecido. Hacia 1820, un joven que, medio siglo más tarde, contaría su aventura a Mr. Lord, fue seguido hasta su casa, durante más de tres kilómetros, por varias de esas bolas luminosas, al caer la noche. Las bolas se detenían cada vez que él se paraba para lanzarles una mirada, y luego reemprendían su marcha cuando él lo hacía, pero nunca se aproximaban a menos de quince metros.

Ni en este, ni en ningún otro caso, hubo indicación alguna de hostilidad por parte de esos globos, y nadie sufrió jamás daño. En la época en que Mr. Lord escribió su relato, a finales del siglo XIX, había transcurrido al menos una generación sin que hubieran sido vistas, pero muchas personas se acordaban aún de ellas. Parece que la principal reacción de los que vieron los globos de la colina Putney fue la curiosidad, y el interés, más que el temor.

LOS MISTERIOS DE LA ERA DE LOS DIRIGIBLES

por LYLE GAULDING

Entre 1890 y 1924, por toda Europa y América corrieron rumores de dirigibles fantasmas y de curiosos ingenios aéreos. Inspiraron libros de ciencia-ficción como Robur el Conquistador, *de Julio Verne, y el* El Peligro Azul, *de Maurice Renard. En Inglaterra, hacia 1910, los testimonios sobre vuelos de zepelines fueron tan abundantes que dieron lugar a protestas diplomáticas contra Alemania. El propio emperador alemán ordenó una investigación que demostró que ningún zepelin había abandonado jamás su hangar para volar sobre Inglaterra. El misterio quedó sin resolver.*

Los misterios —desapariciones y accidentes inexplicados— que conciernen a navíos y aviones han sido bastante bien estudiados, y los más notables, muy adecuadamente expuestos para los que se interesen en ellos en obras como las de Charles Fort, Vincent Gaddiso Harold T. Wilkins. Pero la «gran época de los dirigibles», digamos desde 1900 a 1937, produjo también casos inquietantes e inexplicables que se refieren a las

grandes aeronaves «más ligeras que el aire» actualmente desaparecidas de nuestro mundo.

Durante la «Era de los globos» sucedieron algunos casos curiosos, que merecen ser señalados. Se produjeron algunas desapariciones inexplicables. Dos de los famosos globos lanzados desde París durante el sitio de 1870 no aterrizaron en Europa. Uno de ellos fue visto impulsado por el viento en dirección Oeste, por encima de Gran Bretaña. No caben apenas dudas de que los dos globos perdidos cayeron en el mar, pero el motivo por el que los pilotos no intentaron aterrizar sigue siendo un enigma.

Harold Wilkins, en *Misterios extraños del tiempo y el espacio,* cita el caso de un miembro del Parlamento británico, Walter Powell, que fue accidentalmente arrastrado por un globo en Bridgeport, Dorset, en 1881. Pese a que se llevaron a cabo minuciosas investigaciones, jamás pudo hallarse rastro de Powell ni del globo. El caso es particularmente notable en cuanto que, poco después de esa desaparición, fueron observados muchos ovnis.

En 1897, tuvo lugar la «gran acrobacia de aeronaves». Un objeto volante no identificado (o varios) fue observado en todos los Estados Unidos (¿y en otros lugares? Por lo que yo sé, la «acrobacia» de 1897 fue únicamente un fenómeno americano, pero me gustaría mucho recibir cualquier información en sentido contrario). Difícilmente se puede imaginar que el fenómeno de 1897 fuera realmente un verdadero navío «más ligero que el aire», pese a que el «ovni ladrón de vacas», relatado por A. Hamilton, de LeRoy en Kansas, el 21 de abril de 1897, parece asemejarse de forma notable a un dirigible. El testimonio de Hamilton es citado a la vez en *Anatomía de un fenómeno,* de Jacques Vallée (1), y en *Platillos volantes..., aquí y ahora,* de Frank Edwards. *

(1) Jacques Vallée es un joven investigador francés de quien G. H. Gallet ha publicado la primera novela —de ciencia-ficción—, *Le Subespace,* firmada con el seudónimo de Jérôme Sériel, en 1959. Posteriormente, Jacques Vallée se estableció en los Estados Unidos, donde publicó diversas obras de gran interés, entre ellas *Crónicas de los platillos volantes.*

* Obra publicada en esta colección «Otros Mundos». (*N. del T.*).

La historia más divertida relativa a las observaciones de 1897 es quizá la que contó el *Dallas Morning News* del 19 de abril de dicho año. En ese relato se declaraba que, la mañana del 17, la «aeronave» había sido vista en la vertical de Aurora, Texas. Pasó por encima de la ciudad, chocó con «el molino de viento de Juez Proctor» e hizo explosión. La historia continúa informando fríamente de que el cuerpo del piloto había quedado demasiado mutilado para poder ser descrito, pero que, con absoluta evidencia, no se trataba de un ser humano. Se indicaba también que se habían encontrado algunos papeles con símbolos desconocidos y que un oficial del Servicio de Transmisiones del Ejército americano creía que el piloto procedía del planeta Marte. «El entierro del piloto tendrá lugar mañana a mediodía.» Quizá no sea inútil señalar que tuvieron lugar observaciones de la «aeronave», incluyendo la de Hamilton, después del 17.

Otro misterio aéreo de 1897, éste más dramático, fue la desaparición de la expedición en globo de Augusto Andrée encima del Polo Norte. Ese misterio fue aclarado en 1930, cuando los restos de la expedición fueron encontrados en la isla Blanca, en el océano Ártico.

Los dirigibles fueron utilizados militarmente por primera vez en el transcurso de la Primera Guerra Mundial. De dichas aeronaves, las más impresionantes fueron los zepelines gigantes alemanes. El papel militar más importante de los zepelines fue el reconocimiento naval, pero los grandes dirigibles rígidos alcanzaron su mayor notoriedad al llevar a cabo los primeros grandes raids de bombardeo contra objetivos civiles. La primera incursión tuvo lugar sobre Amberes, a fines de 1914, y la efectuó un zepelín aislado.

En 1917, el progreso de las armas antiaéreas había convertido el espacio aéreo por encima de las ciudades aliadas, especialmente Londres, en algo bastante peligroso para las aero-

naves hinchadas con hidrógeno. Sin embargo, en octubre de 1917, la Marina alemana decidió efectuar una última gran tentativa. El 19 de octubre, once aeronaves gigantes, cada una de ellas de 210 m de largo e hinchada con 64.500 m^3 de hidrógeno, se reunieron encima de la costa inglesa en el momento del crepúsculo. Una capa de nubes protegía a los zepelines. Durante cinco horas, las grises aeronaves cruzaron por encima de los Midlands, infligiendo con sus bombardeos daños considerables. Luego, hacia medianoche, estalló una tempestad que empujó los dirigibles hacia la Mancha. Pronto fueron atacados, y hubieron de elevarse hasta 6.000 m, donde sus tripulaciones sufrieron terriblemente a causa del frío y la falta de oxígeno. Al alba, seis zepelines habían regresado a Alemania, pero cinco de ellos estaban aún a la deriva por los cielos de Francia. Pronto dos de ellos cayeron envueltos en llamas, y los comandantes de otros dos, ante la imposibilidad de mantenerse a gran altitud, decidieron sacrificar sus aeronaves efectuando un aterrizaje forzoso en territorio enemigo.

Tan sólo uno de los cinco quedaba aún en el aire. El «L-50» trataba de regresar a su base volando a gran altura. Al pasar por encima de los Alpes franceses, la reserva de oxígeno comenzó a agotarse, y el comandante dio orden de descender. Inmediatamente comenzaron a aparecer los picos de las montañas por entre las nubes, y el comandante ordenó parar los motores. Pero los mecánicos encargados de los motores estaban demasiado débiles para obedecer las órdenes. El «L-50» chocó con un pico, y la barquilla de mando así como la góndola del motor trasero fueron arrancadas. Y, mientras el capitán y la tripulación se desprendían de los restos, vieron cómo el «L-50», con sus recipientes de gas aparentemente aún intactos, se elevaba rápidamente en el cielo y desaparecía fuera de la vista, con algunos miembros (cuatro, según una versión) de la tripulación todavía a bordo. No se les volvió a ver jamás.

¿Qué le ocurrió al zepelín abandonado? Ciertamente, no aterrizó en Europa. Una aeronave de 210 m en un campo de

coles, o incluso en los Alpes franceses, no pasa fácilmente inadvertida. Un dirigible no rígido, con una envoltura totalmente de tela, habría podido arder por completo, y dejar sólo algunos restos, pero un zepelín tiene un importante esqueleto de aluminio. Es posible que el «L-50» cayera al agua, quizás en el Mediterráneo, si bien parece que sus recipientes de gas, aun parcialmente deshinchados, la habrían mantenido a flote un cierto tiempo, o, al menos, la superficie habría quedado cubierta de restos flotantes.

Cuando se proclamó el armisticio, en noviembre de 1918, el enorme zepelín nuevo «L-72» estaba terminándose en las fábricas «Zeppelin» de Friedrichshafen. Si la guerra hubiera continuado, el «L-72» debía efectuar junto con otros dos grandes dirigibles perfeccionados, un raid de bombardeo sobre Nueva York. En la primavera de 1919, el capitán Ernst Lehman (el mejor comandante de zepelín, que, más tarde, debía morir a causa de sus quemaduras tras el desastre del *Hindenburg*), preparaba la aeronave para una travesía atlántica de ida y vuelta sin escalas. El Gobierno alemán, temiendo que los americanos consideraran ese vuelo como arrogante o amenazador, ordenó el abandono del proyecto. Posteriormente, el Tratado de Versalles entregó el «L-72» a Francia en concepto de reparaciones de guerra.

En manos de los franceses, la aeronave, rebautizada *Dixmude*, conquistó muchos y notables récords de resistencia. El 18 de diciembre de 1920, el *Dixmude* despegó para un vuelo por encima del África del Norte a fin de establecer aún nuevas marcas. Iba mandado por el capitán de fragata Du Plessis de Grénedan, y llevaba una tripulación de 40 hombres, además de 10 observadores.

El 21 de diciembre, el dirigible fue visto sobre Túnez, pero se levantó una tempestad y el contacto se perdió durante un cierto tiempo. El 24, el Gobierno francés anunció que se había recibido un mensaje por radio informando de que el *Dixmude* sufría problemas de motor, y el comandante buscaba un lugar

para aterrizar. El mismo día, el dirigible fue nuevamente localizado sobre Túnez. Se consideraba que debía estar al límite de sus reservas de carburante. El 27 de diciembre, el Gobierno francés modificaba su historia. La última señal de radio había sido recibida el 21, siendo el 20 el día que se le había visto por última vez, de manera cierta, cerca de Biskra, al sur de Argelia, y a unos 400 km al sudoeste de Túnez. Nuevamente, el 26, fue visto cerca de In-Salah, en el Sáhara, casi en el centro geográfico de los territorios argelinos.

En aquellos momentos, estaban ya en marcha operaciones de búsqueda, lo más completas posible, tanto en el Mediterráneo como en el Sáhara. Las autoridades francesas creían que el *Dixmude* había caído en el desierto, pero, el 29, se descubrió un nuevo indicio: unos pescadores hallaron el cuerpo del comandante Du Plessis de Grénedan frente a las costas de Sicilia. Su reloj se había detenido en las 2.30 h. Tras ese descubrimiento, un jefe de estación de la isla afirmó haber visto un resplandor sobre el mar a las 2.30 h, el 23 de diciembre. El 31, los restos carbonizados de la barquilla de mando fueron también descubiertos en el mar cerca de Sicilia.

Todo esto es, cuando menos, inquietante. Se supone que el *Dixmude* fue destruido por una explosión de hidrógeno o por un incendio, sobre el Mediterráneo, el 23 de diciembre; pero las patrullas navales francesas surcaban ya el mar en esa fecha. Un solo cuerpo y unos pocos residuos, para un zepelín de 210 m, con 50 hombres a bordo, parece insuficiente. Habría debido haber, al menos, varios cuerpos y una gran cantidad de restos. Además, algo había sido visto sobre In-Salah el día 27. Si no se trataba del *Dixmude*, ¿qué era entonces?

Ninguna de las teorías propuestas parece concordar con todos los hechos conocidos. La mejor idea que podamos presentar es ésta: el *Dixmude*, como el «ZR-2» angloamericano y el *Shenandoah* americano, se partió en dos, ardiendo la parte delantera, en tanto que la trasera, con la mayoría de la tripulación a bordo, regresó a la deriva por encima del África del Norte y cayó en el Sáhara. Pero incluso esta hipótesis, poco probable, no es completamente satisfactoria.

En mayo de 1926, el dirigible semirrígido *Norge* «N-1», construido en Italia y perteneciente a Noruega, voló sobre el Polo Norte, desde Spitzberg hasta Teller, en Alaska. La aeronave estaba mandada por su constructor, el general Umberto Nobile, pero, oficialmente, los jefes de la expedición eran Roald Amundsen y Lincoln Ellsworth. Tanto en el curso del viaje, como posteriormente, surgieron desacuerdos personales entre Amundsen y Nobile, y éstos se acentuaron hasta adquirir las proporciones de una guerra a muerte. Nobile, que tenía la sensación de que le había sido arrebatado el mérito de ese vuelo transpolar, logró obtener de Mussolini que autorizara una expedición polar en un dirigible enteramente italiano.

En mayo de 1928, el nuevo semirrígido *Italia* «N-4» voló hasta Spitzberg para comenzar allí una ambiciosa serie de vuelos de exploración científica sobre las regiones polares. El 23 de mayo, el *Italia* partió para su primer vuelo hacia el Polo. Consiguió sobrevolarlo, dejando caer en él unas banderas (la italiana, además del pabellón de la ciudad de Milán que permitió su construcción), así como una cruz bendecida por el Papa, efectuando también algunas observaciones científicas. Nobile decidió entonces regresar a Spitzberg, pero el dirigible se encontró expuesto a vientos contrarios y nieblas escarchantes. Por la mañana del 25, sobrecargado de hielo y con sus timones de profundidad bloqueados, el *Italia* se abatió sobre el banco de hielo. La barquilla de mando y la góndola del motor trasero fueron arrancados, dejando nueve hombres sobre el hielo. Entonces el globo, con el pasillo de quilla y los dos motores restantes, se llevó a los otros siete hombres.

Al cabo de cerca de un mes de estar en el hielo, los supervivientes de la primera caída consiguieron establecer contacto por radio con su navío de reavituallamiento. Y, finalmente, los nueve hombres fueron traídos sanos y salvos a Europa.

A partir del momento en que la posición del pequeño grupo

de la tripulación de Nobile fue establecida, Roald Amundsen despegó con una expedición de socorro en un gran hidroavión (1). Encima del mar de Barents, el aparato y su tripulación desaparecieron, no hallándose de ellos nunca más ningún rastro (cuando el *Norge* volaba sobre el Polo, Nobile había lanzado una gran bandera italiana que estuvo a punto de engancharse con una hélice, y se oyó a Amundsen decir: «Decididamente, este hombre será causa de mi muerte.»). Jamás se encontró el menor rastro del *Italia,* ni de los siete hombres que habían quedado a bordo.

En el transcurso de la década de 1930, las catástrofes que ocurrieron al «R-101», el *Akron* y el *Macon,* provocaron el abandono de los dirigibles rígidos por parte de Inglaterra y los Estados Unidos. Sólo los alemanes, con el viejo *Graf Zeppelin* y el nuevo *Hindenburg,* prosiguieron los vuelos transatlánticos. El 6 de mayo de 1937, el *Hindenburg* fue destruido por el fuego en Lakehurt, Nueva Jersey. La confianza del público en los dirigibles quedó definitivamente aniquilada. Cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, el viejo *Graf Zeppelin* y el nuevo gemelo del *Hindenburg,* el *Graf Zeppelin II,* fueron desguazados por el gobierno nazi. Quedaron sólo entonces los dirigibles no rígidos, hinchados con helio *(blimps),* de la marina americana.

El 16 de agosto de 1942, el *blimp* «L-8» despegó de Moffet Field, California, para efectuar una patrulla antisubmarina. A bordo se encontraba el teniente Ernest Cody y el alférez Hank Adams, este último un superviviente de la catástrofe del *Macon.* El pequeño dirigible había abandonado su mástil de amarre a las 6 de la mañana. A las 7.50 h, Cody informó de una mancha de aceite en el mar, y luego ya no se recibió ningún otro mensaje de radio del «L-8». Se enviaron algunos aviones en su busca, pero éstos fueron estorbados por una capa de nubes bajas. A las 10.30 h, un avión de transporte vio al *blimp* en la región de la bahía de San Francisco. Un cuarto de hora más tarde el pequeño dirigible aterrizó en una playa cerca de Fort Funston. Cuando unos pescadores intentaron amarrarlo, vieron que la puerta de la cabina estaba abierta y que no había nadie a bordo. Una ráfaga de viento empujó al «L-8» a lo largo de la playa. Chocó entonces con un acantilado, y una granada antisubmarina se soltó de su soporte. Aligerado, el dirigible se elevó de nuevo y partió a la deriva hacia el Sudeste. A las 11.15 el «L-8» se posó suavemente en tierra al sur de San Francisco, en una calle de Daly City. Había sido forzado a aterrizar a causa de un desgarrón que, aparentemente, se había abierto en la colisión con el acantilado. Los dos miembros de la tripulación no estaban a bordo, como tampoco los chalecos salvavidas de reglamento, pero todo el resto del equipaje, incluyendo el material de salvamento y supervivencia, estaba intacto. Cabe suponer que el dirigible fue abandonado unos minutos después de haber sido descubierta la mancha de aceite en el mar; pero, si sus ocupantes hubiesen caído en ese lugar, habrían sido vistos por los navíos de superficie que estaban en los alrededores. Y si hubieran caído más tarde, habrían flotado los cuerpos, o al menos los chalecos de salvamento. Si tenemos en cuenta la mala visibilidad de ese día, se puede suponer que los aeronautas habían posado voluntariamente su dirigible en el mar y desembarcado de él, pero el que lo hubiesen hecho sin lanzar un mensaje de radio exigiría algún motivo desconocido y de mal augurio. No se puede razonablemente suponer ninguno por parte de los dos hombres. La Marina americana no ha podido encontrar explicación válida alguna para la desaparición de la tripulación del «L-8». El asunto sigue siendo un misterio.

El zepelín es una especie extinta y el *blimp* tiende a serlo. Podría suceder que el dirigible desapareciera de los aires en los próximos años. No obstante, un pequeño dirigible rígido de un nuevo modelo está actualmente en período de pruebas en Nueva Jersey y, en Alemania, la idea del zepelín no está completamente muerta. El dirigible gigante podría volver de nuevo.

(1) Un hidroavión bimotor francés «Latham 47», pilotado por el comandante Guilbaud, con la tripulación compuesta por Cuverville, Valette y Brazy, además de los noruegos Amundsen y Dietrichsen, todos los cuales desaparecieron el 18 de junio de 1928.

El tema del artículo de Lyle Gaulding sobre «Los misterios de la Era de los dirigibles» es recogido en numerosas comunicaciones que han llegado hasta nosotros recientemente. El propio Mr. Gaulding ha enviado un recorte del Entreprise *de Beaumont, Texas, fechado en el 26 de junio de 1966.*

«Las observaciones de ovnis no son nuevas en Texas. La primera, cronológicamente hablando, se remonta a 1897. Recordando la época de la "gran acrobacia de aeronaves" de 1897, el artículo reproduce un relato del Morning News *de Dallas, del 19 de abril de 1897: "Aurora, condado de Wise, 17 de abril. Hacia las 6 de la mañana, los madrugadores de Aurora quedaron asombrados por la súbita aparición de la aeronave que navegaba por el cielo de la región (...).*

»"Pasó directamente sobre la plaza central y, cuando alcanzaba la parte norte de la ciudad, tropezó con la torre del molino de viento del juez Proctor y voló en mil pedazos tras una explosión terrible, esparciendo restos en varias hectáreas de terreno, dañando el molino de viento y el depósito de agua, así como destruyendo el jardín del juez.

»"Se supone que el piloto estaba solo a bordo de la aeronave, y, aunque sus restos están espantosamente desfigurados, se ha encontrado los suficientes de ellos como para afirmar que no se trataba de un habitante de nuestro mundo.

»"Mr. T. J. Weems, el oficial del Servicio de Transmisiones del Ejército de los Estados Unidos estacionado en este lugar, es un astrónomo autorizado, y afirma que, en su opinión (el piloto), era nativo del planeta Marte...

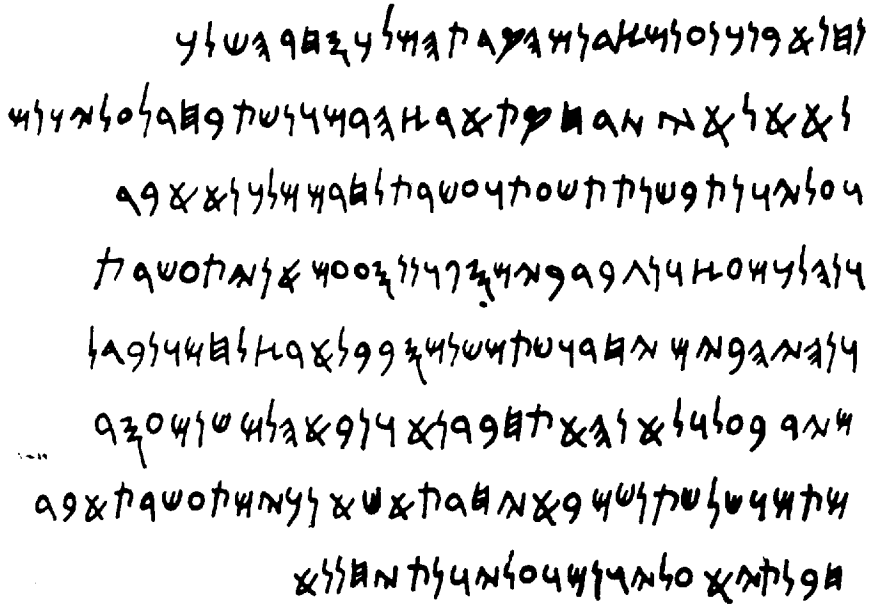
»"Los papeles encontrados (...) están escritos en jeroglíficos desconocidos. Esta nave aérea está demasiado destruida como para que se pueda sacar una conclusión cualquiera sobre su construcción y su energía motriz (...).

»"La ciudad está llena de gentes que vienen a contemplar los restos y recoger algunos especímenes de metal extraño en-

Figurillas de Acambaro. *(Documento INFO. Arlington, Virginia.)*

Figurillas de Acambaro. *(Documento INFO.)*

Misteriosas inscripciones de Parahyba. *(Documento INFO.)*

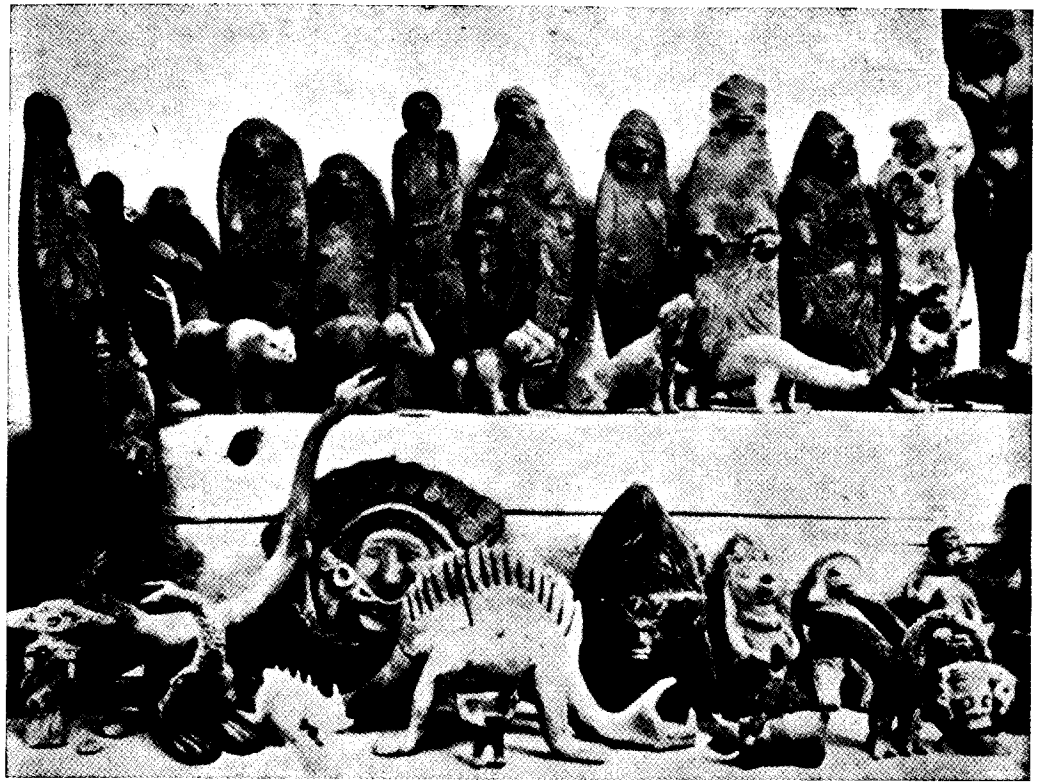


tre los escombros. El entierro del piloto tendrá lugar mañana al mediodía.»

No nos atreveríamos a sugerir que nadie fuera a Aurora a ver la tumba del piloto... sobre todo después de la carta que sigue:

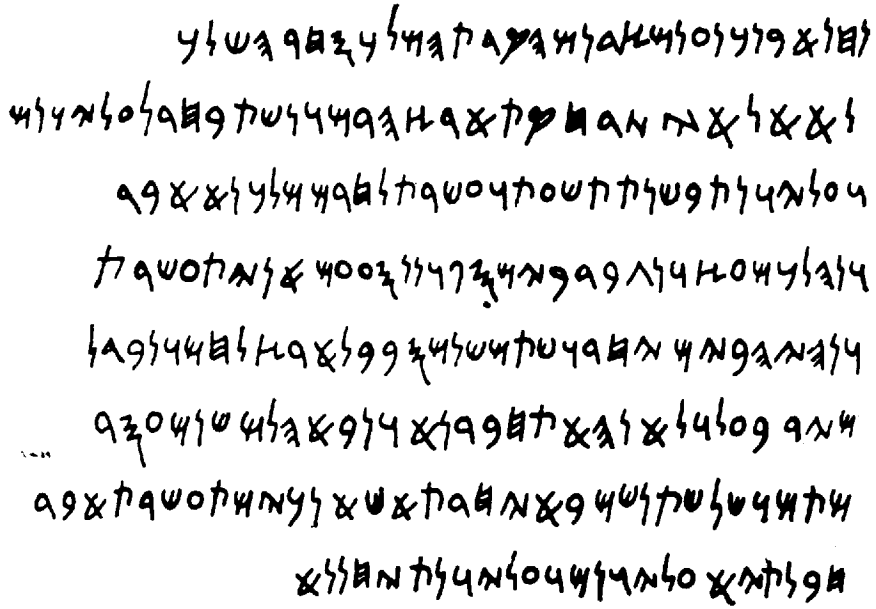
«...Me gustaría añadir algunos comentarios a la historia de la "caída de aeronave" en Aurora, Texas, el 17 de abril de 1897. Como quizás ustedes saben, este relato, en particular, interesó grandemente al doctor J. Allen Hynek, consultor astronómico de la "Air Force" para las observaciones de ovnis. Al objeto de lograr informaciones adicionales concernientes a este incidente, pidió a un amigo de Texas que verificara la historia. Pues bien, en resumen, todo indicaría que el asunto era un engaño, perpetrado por un habitante de Aurora. Su motivo, aunque no necesariamente loable, es comprensible. Aurora era una pequeña ciudad próspera hasta que los ferrocarriles decidieron evitarla. A fin de obtener publicidad para la ciudad, un negociante de algodón del lugar, periodista en sus horas libres, imaginó forjar esta historia de "caída de aeronave", basada en observaciones reales efectuadas en varios lugares del Estado en ese momento. Su plan no consiguió triunfar, sin embargo, ya que hoy en día en Aurora no quedan más que algunas casas. Así, pues, parece cierto que todo este incidente no es más que una invención. Sin embargo, hubo observaciones, aterrizajes y contactos con los ocupantes de "naves aéreas" en varios Estados durante los meses de abril y mayo de 1897. Hay suficientes motivos para creer que el famoso caso de "robo de ganado" en LeRoy, Kansas, se produjo realmente (...).»

LUCIUS FARISH



Figurillas de Acambaro. *(Documento INFO.)*

Misteriosas inscripciones de Parahyba. *(Documento INFO.)*



tre los escombros. El entierro del piloto tendrá lugar mañana al mediodía.»

No nos atreveríamos a sugerir que nadie fuera a Aurora a ver la tumba del piloto... sobre todo después de la carta que sigue:

«...Me gustaría añadir algunos comentarios a la historia de la "caída de aeronave" en Aurora, Texas, el 17 de abril de 1897. Como quizás ustedes saben, este relato, en particular, interesó grandemente al doctor J. Allen Hynek, consultor astronómico de la "Air Force" para las observaciones de ovnis. Al objeto de lograr informaciones adicionales concernientes a este incidente, pidió a un amigo de Texas que verificara la historia. Pues bien, en resumen, todo indicaría que el asunto era un engaño, perpetrado por un habitante de Aurora. Su motivo, aunque no necesariamente loable, es comprensible. Aurora era una pequeña ciudad próspera hasta que los ferrocarriles decidieron evitarla. A fin de obtener publicidad para la ciudad, un negociante de algodón del lugar, periodista en sus horas libres, imaginó forjar esta historia de "caída de aeronave", basada en observaciones reales efectuadas en varios lugares del Estado en ese momento. Su plan no consiguió triunfar, sin embargo, ya que hoy en día en Aurora no quedan más que algunas casas. Así, pues, parece cierto que todo este incidente no es más que una invención. Sin embargo, hubo observaciones, aterrizajes y contactos con los ocupantes de "naves aéreas" en varios Estados durante los meses de abril y mayo de 1897. Hay suficientes motivos para creer que el famoso caso de "robo de ganado" en LeRoy, Kansas, se produjo realmente (...).»

LUCIUS FARISH

OBJETOS MISTERIOSOS EN EL FONDO DEL ATLÁNTICO

Iván T. Sanderson ha publicado recientemente una obra: Invisible Residents *(«The World Publishing Company», USA, 1970). En dicha obra, este serio erudito admite la posibilidad de que seres inteligentes, no humanos, habitan en el océano.*

Podría ocurrir que la extraña fotografía cuya descripción sigue a continuación fuera un signo de actividad de tales seres.

El 29 de agosto de 1964, a 1.600 km al oeste de cabo Hornos, el navío oceanográfico *Eltanin,* mediante una cámara especial descendida a más de 4.000 m de profundidad, obtuvo una extraña fotografía (¿en el libro de Sanderson?). Se han efectuado muchas especulaciones a propósito de lo que pueda ser esta cosa; se ha sugerido incluso que se trataba de un tipo de máquina o de dispositivo electrónico, artificial pero *no de construcción humana.*

Por interesante que sea esta historia, uno se pregunta si, en realidad, no se trataría simplemente de un tipo «nuevo» de animal. Puede comparársele a la *Umbellula,* un pólipo (penatúlido) con un largo tronco desnudo de aproximadamente 1 m de alto, y que posee un ramillete de tentáculos que parecen hi-

dras. La foto de este animal en cuestión fue tomada a 565 km al oeste del cabo de Buena Esperanza, por el buque oceanográfico *Kane*, a una profundidad de 4.850 m. Pero la *Umbellula* era conocida ya antes de esa foto. En efecto, ya se la había pescado alguna vez y, probablemente, es luminiscente.

Las profundidades oceánicas demuestran estar más pobladas de lo que se pensaba anteriormente. A mediados del siglo XIX, se creía que la enormidad de la presión impediría toda posibilidad de vida por debajo de algunos centenares de metros de profundidad, exceptuando algunos animálculos microscópicos. Pero cuando la expedición del *Challenger* y aquellas que le siguieron exploraron los abismos, se efectuaron cada vez más descubrimientos, y se hizo claro que existe la vida en las grandes profundidades. El buque oceánico *John Elliot Pillsburg* ha sacado recientemente de la fosa de Puerto Rico, de una profundidad de aproximadamente 8.000 m, un pez del género *Bassogigas* (brotúlidos).

En *El retorno de los brujos**, Pauwels y Bergier señalan huellas extrañas fotografiadas en el fango, mediante sondas oceánicas, a 450 m de profundidad. Nos hemos procurado copias de esa fotografía, pero otras tomadas posteriormente muestran ya la criatura que deja tales huellas: un gusano del género *Balanoglossus* (hemicordado).

Esta curiosidad de las profundidades del Pacífico podría ser una especie de animal del género de la *Umbellula*. Pero quizá no... Hay otras extrañas historias de huellas sobre el fondo. En el océano Ártico, a unos 650 km del polo, el doctor Kenneth Hunkins hizo descender una cámara, a través del hielo, hasta una profundidad de 2.100 m y tomó fotos de «huellas de pollos» de, aproximadamente, 6 cm de largo por algo más de 1 cm de ancho (véase el *New York Times* del 24 de febrero de 1958). Y, en la fosa de Kermadeo, al norte de Nueva Zelanda, Nikita Zenkevich tomó fotos de un «gran animal marino desconocido» a una profundidad de más de 9.500 m (véase

* Publicado en esta colección «Otros Mundos».

Manchester Guardian del 19 de marzo de 1958).

Estos dos ejemplos permiten pensar que seres más bien extraños deben de vivir en esas profundidades. Y la cosa que está en nuestra fotografía es quizás un animal más extraño que todo lo que somos capaces de imaginar.

EL ASUNTO DEL «PAPIRO TULLI»

Este asunto sigue sin dilucidar. Contrariamente a lo que se ha dicho, el príncipe Boris de Rachewiltz no es un mito; su hija fue la mujer del célebre escritor norteamericano Ezra Pound. Éste, es sabido, habría recibido el Nobel, si no hubiera sido encarcelado por alta traición, después de la Segunda Guerra Mundial.

En el número 41 (1953) de *Doubt* (Duda), la revista de la Sociedad Forteana (págs. 214-215), Tiffany Thayer publicó lo que se consideraba como una transcripción y una traducción de un papiro egipcio que data del reinado de Tutmés III (XVIII' dinastía, Imperio Nuevo). El texto reproducido aquí (véase ilustración fuera de texto n.° 5) era una transcripción de la escritura hierática en jeroglíficos (con indicación de las lagunas existentes).

Éste habría sido enviado a Thayer por el príncipe Boris de Rachewiltz, el cual escribió: «La transcripción que envío ha sido efectuada según un papiro del Imperio Nuevo que he encontrado entre otros papeles y documentos del difunto profesor Alberto Tulli, ex director del museo egipcio del Vaticano. Éste había traído esos documentos de Egipto, pero a su muerte se quedaron sin traducir ni publicar. Gracias a la amabili-

dad de su hermano, Monseñor Gustavo Tulli, de los Archivos Vaticanos, he tenido la posibilidad de traducirlo.

»La presente transcripción es una parte de los Anales Reales de la época de Tutmés III (1504-1450 a. de J. C.) *(sic)*, y su original está en muy mal estado. Faltan el comienzo y el final, la escritura (hierática) es pálida y tiene varias lagunas que yo he reproducido en mi transcripción jeroglífica *(sic)* y numerado... Del conjunto del papiro (20 × 18 cm) he escogido la parte mejor conservada y quizá la más interesante. Pero a usted corresponde juzgarlo.»

Veamos la traducción de Rachewiltz: «(laguna 1...). En el vigésimo segundo año, en el tercer mes del invierno, a la sexta hora del día (...2...). Los escribas de la Casa de la Vida descubrieron una bola de fuego que venía del cielo. (Aunque) no tenía cabeza, el aliento de su boca (despedía) un olor fétido. Su cuerpo, una pértiga (unos 5 m) de largo y una pértiga de ancho. No tenía voz. Sus corazones se turbaron, y se echaron entonces a tierra boca abajo (...3...). Fueron a ver al Rey... (?) para informarle. Su Majestad ordenó (...4...) ha sido examinado (...5...) con respecto a todo lo que está escrito en la Casa de la Vida, Su Majestad meditaba sobre lo que había ocurrido. Ahora bien, después que hubieron pasado algunos días sobre esas cosas, ¡he aquí que se hicieron más numerosas que todo! Brillaban en el cielo más que el sol hasta los límites de las cuatro columnas del firmamento (...6...). Poderosa era la posición de las bolas de fuego. El Ejército del Rey las observaba, y el Rey estaba en medio de él. Era después de la comida de la noche. En esto que ellas (las bolas de fuego) se elevaron en dirección Sur. Peces y volátiles cayeron del cielo. ¡(Era) una maravilla jamás vista desde la fundación de ese país! Esto decidió a Su Majestad a ordenar que trajeran incienso para apaciguar a la Tierra (...9... ¿A escribir?) lo que había sucedido en el libro de la Casa de la Vida (...10... ¿a fin de que se conserve su recuerdo?) en la Eternidad.»

Este texto ha sido publicado posteriormente en algunas

obras (tales como *Los platillos volantes no censurados*, por Harold T. Wilkins, Londres, 1956) como ejemplo de un relato muy antiguo de una observación de ovnis y/o de una «lluvia» forteana.

Ahora, el nudo de la Historia.

¿Existe ese papiro (o ha existido)? Si existe (o si ha existido), ¿dónde está ahora?

De Rachewiltz designaba el manuscrito como procedente de las colecciones del Vaticano.

Al verificar este asunto, leímos en un capítulo, «Los ovnis en la Historia» por Samuel Rosenberg, del *Informe Condon*: que la respuesta a un cable dirigido al departamento egipcio del museo del Vaticano fue ésta:

Papiro Tulli no es propiedad ([sic] añadido por Rosenberg. ¿No es maravillosa esta puntuación?) *del museo Vaticano. Actualmente ha desaparecido, y no es posible encontrarlo.*

El inspector del museo egipcio del Vaticano.
(firmado) Gianfranco Nolli.
Ciudad del Vaticano, 25 de julio de 1968.

Más tarde, el propio doctor Condon, al menos así nos dicen, escribió al doctor Walter Ramberg, agregado a la Embajada de los Estados Unidos en Roma.

El doctor Ramberg respondió, según la cita: «(...) el director actual del departamento egipcio del museo del Vaticano, el doctor Nolli, declaró que... el profesor Tulli había dejado todos sus asuntos personales a su hermano, que era sacerdote en el palacio de Letrán. Cabe presumir que este papiro quedó en poder de dicho sacerdote. Por desgracia, éste murió también en el intervalo, y sus asuntos personales fueron dispersados entre herederos que quizá se desembarazaron de ese papiro como de algo de escaso valor.

»El doctor Nolli dio a entender que el profesor Tulli era

sólo un "egiptólogo" aficionado (las comillas están en el texto; sin lugar a dudas, el doctor Ramberg no está seguro de que los egiptólogos sean verdaderamente sabios...), y que el príncipe de Rachewiltz tampoco es un experto. Tiene la impresión de que Tulli se equivocó y de que el papiro es una falsedad...»

Por nuestra parte, hemos interrogado —sin referirnos a los documentos Condon— simultáneamente al Vaticano y a la Universidad de San Luis, en cuya biblioteca conmemorativa Pío XII se guardan copias microfilmadas de la biblioteca del Vaticano. De parte de esta última, y por carta personal, del 10 de febrero de 1970, firmada por Charles J. Ermatinger, conservador de los microfilmes del Vaticano, fuimos informados que la Universidad de San Luis no posee microfilmes de papiros egipcios del Vaticano.

Pero del Vaticano recibimos una respuesta del propio Monseñor Nolli, de la que se deduce que éste habló personalmente a Rachewiltz, y en la cual se subrayan los puntos siguientes: 1.°) El papiro Tulli no ha figurado jamás en la colección del Vaticano; 2.°) El papiro fue descubierto por el profesor Tulli en 1934, en El Cairo, en casa de un anticuario llamado Tano; 3.°) La transcripción de la escritura hierática en jeroglíficos fue realizada por E. Drioton; 4.°) La opinión de Drioton era que dicho papiro no tenía un carácter «mágico», sino que describía la caída de un meteorito *(un interesante meteorito)*; 5.°) Tulli no adquirió el papiro a causa del precio exagerado que le pidieron por él, pero cabe pensar que fue adquirido a continuación por alguna persona privada o por el museo de El Cairo; o que sigue todavía en poder de Tano.

Hay que señalar que el tono general de esta carta no implica que el papiro sea (o haya sido) una falsificación, tal como lo insinúa la declaración del doctor Ramberg.

Pero, ¿a dónde nos lleva esto?

A ningún sitio en particular. El *Papiro Meteorológico* o *Papiro Tulli* puede haber sido auténtico. Quizá todavía existe. Si es así, y si se lee verdaderamente tal como lo afirmaba Rachewiltz, sigue mostrándose sumamente oscuro en lo que respecta a la naturaleza de los acontecimientos a que se refiere.

Sin embargo, puede sacarse una conclusión de ese barrizal papirológico: que el escepticismo con que lo presenta Rosenberg es muy natural... pero que también cabe mantener un escepticismo parecido tanto respecto del Vaticano como de los consejeros del *Informe Condon*. Y, probablemente, se obtendrían beneficios en seguir a Rosenberg «no considerando ninguna opinión como cierta».

El asunto del Papiro Tulli fue recogido seriamente por la excelente revista italiana Il Giornale dei Misteri *de Florencia (n.° 4, pág. 1), que publica la fotografía de una carta fechada en 30 de mayo de 1971, del príncipe Boris de Rachewiltz. Pese a las dudas expresadas con respecto a él en el* Informe Condon, *parece que posee realmente una cierta notoriedad científica. Hay incluso una dirección seria:* The Ludwig Keimer Foundation for Comparative Research in Archeology and Ethnology, *Elisabethenstrasse 15, 4.000 Basilea, Suiza.*

En dicha carta, Rachewiltz, sin negar la existencia del Papiro Tulli, discute la exactitud de la traducción que le ha sido atribuida y, sobre todo, la interpretación que se le ha dado. Según él, nada permite afirmar que se trate de una incursión de extraterrestres.

Otros investigadores han comparado el texto (traducido) del papiro Tulli con el de la Biblia que describe «ruedas de fuego» durante el rapto misterioso del profeta Ezequiel.

La cuestión sigue pendiente de resolver.

EL MILAGRO DE ROBOZER

por JACQUES BERGIER

La Unión Soviética ha sido testigo de un gran número de extraños acontecimientos. Si he escogido, entre mi extensa documentación sobre el tema, un enigma de tres siglos de antigüedad, el milagro de Robozer, es por tres motivos:

1.° Por lo que yo sé, no existe ninguna publicación en francés sobre el tema. Se trata, por tanto, de un documento totalmente inédito que aporto como contribución a esta obra.

2.° La sumamente seria Comisión de los Contactos, organismo oficial fundado por la revista soviética Saber y Fuerza, *estima que hay en ello un fenómeno a estudiar. Esta comisión eliminó como cuento todos los platillos volantes, así como un buen número de otros errores de buena fe. Su opinión es, por tanto preciosa.*

3.° Y sobre todo, después de tres siglos, y pese a todos los esfuerzos de los sabios racionalistas del siglo XIX y de los sabios soviéticos de mente más abierta, el enigma de Robozer sigue sin explicación. La Ciencia lo iluminará ciertamente algún día pero, entretanto, plantea un magnífico problema.

La cosa ocurrió en Robozer, población de la región de Moscú donde existe un monasterio, en el año 7171 de la creación del mundo, según la iglesia ortodoxa de la Muy Santa Rusia, lo cual corresponde al 1663 de la Era que nosotros llamamos cristiana, pero que los soviéticos, que no creen en Jesucristo, llaman simplemente «Era moderna».

La fecha exacta es el 15 de agosto, sábado (calendario gregoriano). Las autoridades eclesiásticas interrogaron inmediatamente a los testigos. Dos de ellos, Ivashko Rievski y Levka Fiedorov, el primero, peón agrícola, y el segundo, campesino cultivador de su propia tierra, estuvieron menos aterrorizados que los demás, y proporcionaron descripciones concordantes.

Según éstas, en el pequeño lago de Robozer, de cerca de dos kilómetros de ancho, aparecieron en pleno mediodía unas inmensas llamas en una extensión de, aproximadamente, 140 m de diámetro. El cielo estaba claro y sin nubes. Las llamas estaban coronadas por un humo azul. Dos resplandores ardientes brotaban del fenómeno.

Éste desapareció durante una hora, luego reapareció a 500 m aproximadamente del lugar primitivo. De nuevo, diez minutos más tarde, el fenómeno volvió a desvanecerse, surgiendo luego otra vez. Iba acompañado de un ruido espantoso, y desprendía un calor intenso, que impidió aproximarse a él a bordo de unas barcas. Numerosos peces fueron muertos. Se vio cómo otros peces huían de él. Después del fenómeno, recubrió el lago una capa rojiza, parecida a la herrumbre.

El 30 de noviembre del mismo año, un segundo interrogatorio por parte de las autoridades eclesiásticas, con idénticos resultados.

Tales interrogatorios fueron publicados íntegramente, en 1842, por una comisión arqueológica que examinó los archivos del monasterio de San Cirilo, de Robozer.

El segundo interrogatorio proporcionó la altura del fenómeno: unos 40 m, en términos modernos.

Uno de los testigos precisa que la luz emitida era tan intensa que podía verse el fondo del lago, que en este lugar era de unos 8 m. Varios testigos estaban situados en el porche del monasterio, y otros habían tratado de aproximarse en barca a las llamas. Estos últimos recibieron ligeras quemaduras.

Ni que decir tiene que se emitieron numerosas hipótesis al respecto, pero ninguna ha resistido el análisis. Ante todo, se habló de espejismo, fenómeno que ya era bien conocido en aquella época.

Pero un espejismo no transmite suficiente energía como para producir quemaduras y no deja una espesa capa de un óxido metálico parecido al orín.

Cuando, a comienzos del siglo XIX, los trabajos del sabio ruso Chladni hubieron demostrado la realidad de los meteoritos, pese al escepticismo racionalista de Lavoisier, se intentó explicar el enigma de Robozer por un meteorito. Sólo que no se encontraron restos, y un meteorito, una vez caído, no reaparece luego por dos veces, algo más tarde. La caída de un meteorito es un fenómeno casi instantáneo, ya que su velocidad se aproxima a los veinte kilómetros por segundo. Ahora bien, la bola de fuego de Robozer persistió, y en su primera aparición, durante una hora y media, llegó a arder hasta el agua, es decir que se descomponía en hidrógeno y oxígeno, que se combinaban explosivamente.

La teoría del meteorito fue defendida enérgicamente por D. O. Sviatski en 1915, en un folleto editado en Petrogrado (actualmente Leningrado). Esta hipótesis ha sido completamente desechada por todos los especialistas.

Se ha hablado de colisión con un cometa, lo cual tampoco se mantiene en pie; sería éste un minúsculo cometa. Por otra parte, si un cometa entrara en colisión con la Tierra, sería, una vez más, un fenómeno instantáneo, y no duraría una hora y media.

Los racionalistas modernos han hecho resurgir en seguida la hipótesis del rayo en bola. Éste, tras haberse afirmado su imposibilidad, es en estos momentos muy popular. El profesor

Kapitza lo ha reproducido en su laboratorio, y ha hecho de él muy bellas fotos. El rayo en bola es un plasmoide, es decir materia ionizada, cargada eléctricamente, que se mantiene unida por fuerzas hasta ahora desconocidas. Pero el rayo en bola tiene una existencia máxima de cinco segundos, y no supera los veinticinco centímetros.

Si el fenómeno de Robozer fuera un rayo en bola, se trataría de un rayo en bola enteramente excepcional y científicamente imposible.

Además, el rayo en bola está ligado a las tempestades y, probablemente, es producido por el rayo ordinario. El milagro de Robozer se produjo, sin embargo, bajo un cielo sin nubes y sin tempestad de ninguna clase. Por añadidura, se poseen observaciones de rayo en bola cayendo en el agua. Una de tales observaciones, en la que se pudo medir con un termómetro la elevación de la temperatura de una tina de agua donde había caído el rayo en bola, sirve desde entonces de base para las estimaciones de la energía del rayo en bola.

En ninguna de tales observaciones, se ha comprobado jamás la presencia de una capa de óxido sobre la superficie del agua. Eso sería, por otra parte, imposible, ya que el rayo en bola está compuesto de nitrógeno y oxígeno ionizados y de electrones.

Así, pues, el rayo en bola no contiene hierro, y no puede, por tanto, depositarlo.

¿Entonces?

Entonces, Yuri Rostzius, de la Comisión de Contactos, propone seriamente, aunque con prudencia, la hipótesis de una sonda automática interplanetaria procedente de otro mundo habitado que habría venido a estrellarse contra la Tierra tras un accidente técnico.

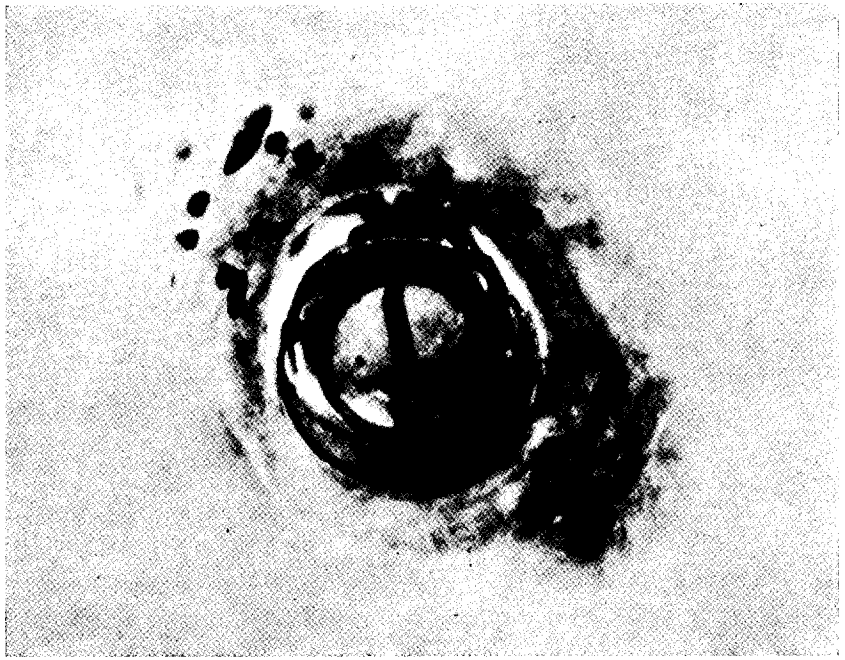
De modo que el milagro de Robozer procedería de fuera.

La hipótesis no es desagradable.

No obstante, aun procediendo del exterior, el milagro de Robozer pudo no haber sido inteligente. Es posible que un

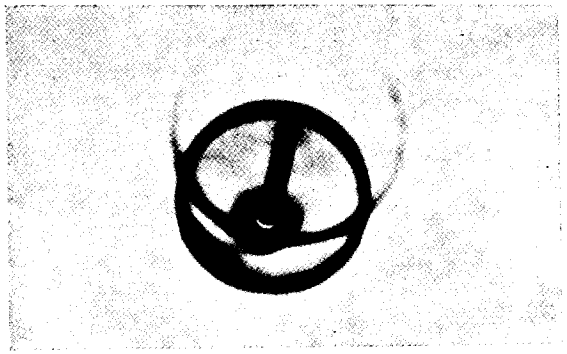
El objeto de Coso. Vista de la geoda tras haber sido cortada en dos.

Interior de las dos mitades de la geoda.



Radiografía del objeto de Coso, «cara». Se ve una estructura metálica, sorprendente en una geoda que tiene cincuenta millones de años de antigüedad.

Estructura de metal interna del objeto de Coso: radiografía de perfil. *(Foto Ronald C. Calais.)*



pequeño fragmento de antimateria hubiera venido a golpear la superficie del lago y hubiese hecho explosión al entrar en contacto con la superficie del agua.

Puede que cayera en ese lugar una partícula cósmica de excepcional energía. Es preciso continuar ahora los estudios. ¿A tres siglos de distancia?, protestarían los escépticos. A tres siglos de distancia, nos queda aún el lago. Y podemos ver si su fondo contiene algún mineral susceptible de ascender a la superficie y dejar una capa de óxido, o bien si no lo contiene.

Caso de no contenerlo, habrá motivo para suponer que la especie de herrumbre hallada en la superficie del lago se produjo por la combustión de la parte superficial de una máquina. Por lo demás, es posible que esta máquina hubiera podido volver a partir tras dos ensayos infructuosos y después de haber perdido, por ablación, una parte de su revestimiento superficial.

Las cápsulas espaciales terrestres que regresan del espacio pierden de ese modo una parte notable de su superficie exterior. Sin embargo, los viajeros sobreviven. Asimismo, son concebibles otras explicaciones interplanetarias que no incluyan la intervención de una máquina.

El objeto de Robozer pudo ser una partícula cósmica superintensa, que produjo transmutaciones gracias a unos haces de subpartículas que había emitido al golpear la Tierra.

Pudo igualmente ser un fragmento de antimateria que produjo una intensa liberación de energía y, a partir de esa liberación, un plasmoide que se volvió a formar dos veces antes de disiparse.

Podemos también considerarlo, dentro de un espíritu forteano, como una puerta que se abre a otro universo.

No hablamos de universos paralelos, ya que precisamente las paralelas no se juntan jamás. Pero abundan las leyendas sobre otro universo que puede abrirse al nuestro, un universo del que el escritor americano Murray Leinster pudo decir:

«Algunos lo llaman Avalon, y otros Tir-Nam-Beo, y otros,

también, el Infierno.»

Todo esto agota, creo, las hipótesis que podemos imaginar respecto al milagro de Robozer. La verdadera solución está, quizá, más allá del radio de acción de nuestra imaginación.

No conozco ningún otro ejemplo en el que se haya visto reproducir el mismo fenómeno. Cuando menos, en la Tierra.

En Marte se han observado erupciones luminosas bastante largas, difíciles de atribuir a un vulcanismo que, en realidad, parece inexistente.

En la Luna han sido observadas otras erupciones luminosas. El astrónomo soviético Nikolai Kozirev pudo examinar la luz emitida, y encontró compuestos de carbono correspondientes a una llama a muy elevada temperatura.

Tales emisiones han sido comprobadas en bastantes cráteres lunares.

Quizá se trate del mismo fenómeno que en Robozer. En Marte existe una atmósfera muy diluida, sobre todo compuesta de nitrógeno y gas carbónico, que podría, si se elevara suficientemente su temperatura, formar una bola luminosa.

En la Luna, no hay atmósfera, y se cree que los gases incandescentes observados por Kozirev procedían del interior de la Luna. ¿Cuál es la fuerza que pudo producir esta incandescencia?

Como en el caso de Robozer, no se sabe. Un chorro de energía procedente de un láser proporcionaría, evidentemente, esta explicación, pero *¿quién* manejaría este láser interplanetario?

Es muy difícil decirlo.

Ruego que nadie me diga, bajo pena de castigos corporales, que se trata de un platillo volante que explotó en Robozer. Como no hay platillos volantes, no se ve de qué manera habría podido hacer explosión uno de esos ingenios inexistentes.

Es asimismo inútil decirme que los súbditos del zar se dedicaban a experimentos nucleares. Esto parece muy improbable.

Evidentemente, resultaría interesante saber si, el 15 de agosto de 1663, hubo una importante perturbación magnética. No

se excluye la posibilidad de llegar algún día a saberlo, pues hoy se empieza a disponer de los medios necesarios para detectar las perturbaciones magnéticas ocurridas en el pasado.

Tales perturbaciones dejan huellas en los minerales. Su estudio se llama paleomagnetismo, y es una ciencia perfectamente seria.

Dicha ciencia debe mucho al premio Nobel francés Louis Néel. Si se produjo un desplazamiento de los polos magnéticos el día 15 de agosto de 1663, se sabrá, y ello tenderá a probar que se produjo una inmensa liberación de energía. La Ciencia no ha dicho su última palabra y, probablemente, un día cercano tendremos una parte de la verdad sobre el milagro de Robozer.

Quizá lleguemos a saber toda la verdad si, algún día, el contacto con extraterrestres nos informa que una astronave de exploración sufrió una avería en la Tierra el 15 de agosto de 1663 de nuestro calendario.

TERCERA PARTE

LOS SERES EXTRAÑOS

LAS HUELLAS DE PASOS DEL DIABLO, ENIGMA NO RESUELTO

por PAUL J. WILLIS

Se ha escrito mucho acerca de este tema —demasiado, dirán algunos—, por lo cual, para no agobiar al lector, me contentaré con un simple relato de los hechos. Al despertarse por la mañana del 8 de febrero de 1855, los habitantes de una vasta región del sur de Devonshire (Inglaterra) comprobaron que en la nieve que cubría el suelo se entrecruzaban un número considerable de huellas extrañas, pequeñas y parecidas a las de las pezuñas de un animal, y de una increíble multiplicidad. ¡Había, probablemente, más de 160 km de tales huellas!

Los dibujos que reproducimos dan una idea del aspecto general de las marcas en cuestión. Están basados en el dibujo publicado en el *Illustrated London News* del 3 de marzo de 1855, pág. 214, y muestran este dibujo en los dos sentidos. Las huellas medían cada una unos 10 cm de largo por 7 cm de ancho, y estaban regularmente separadas por unos 20 a 22 cm. Seguían una línea recta.

¿Quién o qué las había hecho? Se han emitido explicaciones que van desde los canguros hasta los pájaros (con una idea apenas expresada en algunas mentes de que las había dejado

un viajero desembarcado de su navío espacial extraterrestre). Me parece recordar que el difunto Harold T. Wilkins había acariciado esta idea. Por razones evidentes, esta hipótesis no ha encontrado jamás partidarios entre las clases de zoólogos profesionales.

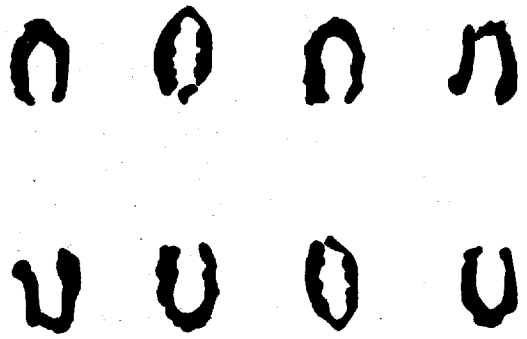


Fig. 4. Huellas de pasos del diablo; diversas formas

Hay algunos puntos relativos a ese problema de la identificación de quién o qué hizo estas huellas que, a mi juicio, no han sido suficientemente subrayados en los relatos ya publicados, o, más exactamente, no lo han sido con suficiente frecuencia, ni tampoco bien comparados entre sí. Merecen consideración.

a) Si las marcas deben ser atribuidas a un animal terrestre cualquiera (incluyendo los pájaros), el elemento más difícil de explicar (así, pues, el más importante) es su fantástica *colocación*: «Ese misterioso visitante no pasó generalmente más que *una vez* a través de cada jardín o cada patio, y lo hizo en casi todas las casas de muchos sectores de las diferentes poblaciones, así como en las granjas esparcidas de los alrededores; esta pista regular pasaba, en algunos casos, por encima del techo de las casas o de almiares o muros muy elevados (uno

de ellos de 4,50 m) sin desplazar la nieve ni a un lado ni al otro, y sin que la distancia entre las huellas variara, como si el obstáculo no le hubiera estorbado en absoluto. Los jardines rodeados de altos setos o de muros, y con las puertas cerradas, fueron visitados igual que aquellos que no estaban vallados ni cerrados...» Un científico conocido mío me informó de que había seguido una determinada pista a través de un campo hasta un almiar. La superficie del almiar aparecía enteramente virgen de toda huella en cuestión, pero al otro lado, en una dirección que correspondía exactamente a la pista trazada hasta allí, ¡las marcas volvían a empezar! El mismo hecho fue observado a una y otra parte de un muro... Otros dos habitantes del mismo municipio siguieron una línea de marcas durante tres horas y media, pasando bajo hileras de groselleros y árboles frutales en espalderas; perdiendo a continuación las huellas y volviéndolas a encontrar en el techo de unas casas a las que les habían

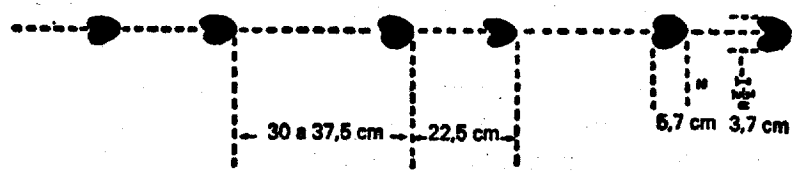


Fig. 5. Las huellas de pasos del diablo, con una escala de longitud

llevado sus investigaciones... (*Illustrated London News* del 24 de febrero de 1855, pág. 187.) El artículo indica también que las huellas pasaban por «una abertura circular de unos treinta centímetros de diámetro» y se metían en «un conducto de drenaje de 15 cm». Las marcas parecían atravesar un estuario de cerca de 3,5 km de ancho.

No soluciona nada atribuir dichas marcas a más de un animal (esta conclusión parece, por lo demás, inevitable), pues ello no explica cómo algún animal del tipo que sea, y cualquiera

que fuese su número, pueda en apariencia «pasar a través de los muros» o franquear techos como si no le ofrecieran ningún obstáculo, y poseer, también en apariencia, la capacidad de pasar a través de pequeños agujeros de menos de 30 cm de ancho. Conviene señalar también, si se da crédito a los relatos, que las huellas parecían no ir nunca hacia atrás, ni errar en círculo o al azar —lo cual, diría yo, resulta más bien curioso.

b) Muchos son los que han propuesto como solución el eventual efecto de la atmósfera sobre estas marcas, pero, ¿cómo sería posible que la atmósfera afectara a una huella y no a otra? La mañana en que fueron observadas estas marcas, la nieve mostraba huellas frescas, claramente definidas, de gatos, perros, conejos, pájaros y hombres. ¿Por qué, entonces, una pista aún más netamente definida —tanto que la espoleta situada en medio de cada pezuña era visible con claridad—, por qué, pues, esta señal particular sería la única afectada por la atmósfera, y todas las demás habrían quedado intactas? Por añadidura la circunstancia más singular notada al respecto era que en todos los sitios donde aparecían esta huella particular, la nieve había desaparecido completamente, como si hubiera sido tallada con diamante, o marcada con hierro candente. No hablo aquí de su aspecto después de que hubo sido pisada o revuelta por los curiosos en las calles de las ciudades o en sus alrededores. En un caso, la pista penetraba en un hangar cubierto, donde la atmósfera no podía afectarla, y lo atravesaba saliendo por una brecha en el muro opuesto.

El autor de lo que antecede (en el mismo artículo del *Illustrated London News*) pasó cinco meses de invierno en los bosques del interior del Canadá, y posee una larga experiencia de las huellas de animales y pájaros sobre la nieve; puede asegurar que «jamás ha visto una pista más claramente definida, ni que parezca tan poco afectada por la atmósfera».

Esas circunstancias son muy desconcertantes. Las marcas ordinarias en la nieve están hechas, por supuesto, por presión, y muestran signos muy claros de compresión en la nieve que

rodea cada huella. Pero si éstas de que hablamos fueron hechas por *eliminación* de la nieve, ¿cómo explicar este hecho?

c) Otro detalle —señalado por Fort, pero que no he podido encontrar en ningún otro lugar— es que, según una descripción (aunque efectuada 35 años después del suceso), las huellas de Devonshire se alternaban a intervalos enormes, aunque regulares, con lo que parecían ser las marcas de la punta de un bastón (*El libro de los hechos condenados*, capítulo 28). Sigue siendo muy problemático lo que tal cosa pueda significar.

d) Charles Fort, Rupert T. Gould, Bernard Heuvelmans y Eric Frank Russell han mencionado relatos curiosamente similares procedentes de regiones muy alejadas desde el punto de vista geográfico. No entraré en detalles. Especialmente porque algunos de tales relatos, si no todos, pueden muy bien no guardar ninguna relación con el caso de Devonshire. Me contentaré con facilitar la lista de los incidentes relatados: Escocia, 1839-1840 (*Times* de Londres, 14 de marzo de 1840); isla Kerguelen, océano Índico, 1840 (*Viaje de descubrimiento e investigación en los mares del Sur y el océano Antártico*, del capitán Sir James Clark Ross); Polonia, hacia 1855 (*Illustrated London News*, del 17 de marzo de 1855, pág. 242); Bélgica, 1945 (el artículo de E. F. Russell aparecido en *Doubt* n.° 20, reproduce las medidas de huellas más pequeñas y distintamente espaciadas que las de Devonshire); Brasil, antes de 1954 (*pe de garrafa*, B. Heuvelmans, *Sur la piste des bêtes ignorées*) («Plon», 1955) (1). Los autores se refieren a casos que pueden o no ser pertinentes. Uno de ellos dice: «Tras el seísmo del 15 de julio de 1757, en las arenas de Penzance, Cornualles, y en una zona de un centenar de metros cuadrados, se hallaron unas huellas como de pezuñas, salvo que no tenían la forma de media luna» (nótese la proximidad de Devonshire. Las huellas de Brasil tampoco tenían la forma de media luna). Una mención aún más oscura concierne a un extracto de los anales chinos que se asemeja al

(1) En una carta del 24 de mayo de 1966, dirigida al autor, B. Heuvelmans declaró que no había recibido «nuevos informes» desde la publicación de su libro.

caso de Devonshire: «De un patio de un palacio (...), los habitantes del palacio se despertaron una mañana, hallando el patio marcado con huellas que parecían las de un buey (...) supusieron que las había hecho el demonio.» Conviene notar que algunos de tales relatos no implican *nieve*, sino que hablan de huellas encontradas en la arena o el barro.

En el *New York Herald Tribune*, del 10 de julio de 1953, la crónica («A propósito de Todo») de William Chapman White relataba una historia procedente de Burnham-on-Crouch, en Essex, Inglaterra. Al parecer, el director de un campamento de niños del lugar les había prometido a éstos que vendría un ilusionista a presentar su número de «cinco canguros salvajes». El ilusionista en cuestión no tenía canguros, pero el director había utilizado este anuncio sensacional para despertar el interés de los niños hacia una representación totalmente corriente. Cuando el ilusionista llegó, el director fabricó una explicación: los canguros se habían escapado. Desde el momento en que dicha nueva fue conocida por las gentes de los alrededores, el director comenzó a recibir noticias de personas que habían «visto» los canguros a distancias superiores a 35 km de allí...

Algunas de las teorías formuladas para explicar las «huellas de los pasos del Diablo» recuerdan un poco la explicación del director del campamento respecto a los canguros escapados... Se sugiere un animal, y al punto se encuentran hechos que concuerdan con la explicación. Sin embargo, por desgracia, no se encuentran suficientes hechos.

Se puede también recordar la declaración magníficamente sardónica de Fort: «Mi explicación personal es que al menos un millar de canguros de una sola pata, cada uno de ellos calzado con una herradura muy pequeña, habrían podido dejar esas marcas en Devonshire.»

El autor no pretende haber citado todo lo que ha sido publicado al respecto. Entre otros, podemos mencionar también a Alfred G. Leutscher, quien sugirió los ratones campestres

(Apodemus sylvaticus) como responsables de las huellas de Devonshire (artículo del *Journal of Zoology* de Londres, n.° 148, 1966: «Las huellas de pasos del Diablo: la solución de un misterio de cien años de antigüedad.»). En una carta con fecha 21 de junio de 1966, dirigida al autor, el doctor Burton escribe que él considera que «la hipótesis de Mr. Leutscher es la más interesante emitida hasta ahora», pero que «después de formular él su teoría, he examinado las huellas de este ratón en la nieve, y me parece muy improbable que, al contemplarlas, cualquiera hubiera podido excitarse o haberlas interpretado de la manera como lo fueron». Casi no es necesario señalar que resulta muy difícil imaginar cómo unos ratones habrían podido saltar sobre techos o por encima de muros de 4,50 m de altura.

EL DIABLO SE PASEA DE NUEVO

por VINCENT GADDIS

A modo de complemento del artículo precedente, veamos un caso publicado en *To morrow*, número de otoño de 1957, bajo el título: «¿Se ha paseado de nuevo el Diablo?»

El artículo estaba firmado por el doctor Eric J. Dingwall, el erudito autor inglés que fue uno de los colaboradores íntimos del doctor Alfred Kinsey, éste muy conocido por sus trabajos antropológicos y sus investigaciones sexopsicológicas. «Entre todas las historias extrañas que he oído, escribe el doctor (ésta)... ha sido una de las más curiosas y la más inexplicable.»

La historia fue contada por un cierto «Mr. Wilson». Inglés de nacimiento, Wilson se estableció de joven en América, consiguiendo triunfar en los negocios en Nueva York. Debido al crac de la bolsa, perdió mucho dinero. Regresó a Inglaterra, donde se instaló en un pueblo en el que, al cabo de poco tiempo, puso en marcha un pequeño negocio.

Cierto día, en una revista británica, leyó un artículo sobre las «huellas de pasos del Diablo» de 1855 en Devon. Jamás había oído hablar de este enigma con anterioridad. Como en el artículo se mencionaba el nombre del doctor Dingwall, Wilson

le envió una carta. Hasta entonces, se había sentido tan trastornado por su aventura que no la había confiado más que a tres amigos íntimos.

El doctor Dingwall se dirigió a casa de Wilson para entrevistarlo. Wilson se le mostró como un hombre de gran talla, sólidamente construido, de mente práctica. «Evidentemente, no era un soñador que imaginaba historias increíbles.»

En octubre de 1950, contó Wilson, decidió irse de vacaciones a la pequeña ciudad de la costa oeste de Devon donde había pasado su juventud. El último día de su estancia, fue a ver la antigua casa de su familia y la playa donde había jugado siendo niño. Esta pequeña playa está enteramente bordeada de acantilados abruptos. Se entra en ella por un estrecho paso entre y bajo dos enormes rocas, cuya abertura está interceptada por una alta verja de hierro. Durante el verano, las personas que van a esta playa pagan por cruzar la verja. Pero, en aquella tarde triste de otoño, la verja estaba ya cerrada.

La casa de la infancia de Mr. Wilson se hallaba cerca. Éste se acordó entonces de que era posible alcanzar la playa atravesando el jardín y utilizando otro paso. Tomó por ese camino, y pronto se encontró en la arena de la playa desierta. Cuando él llegó, la marea había descendido, dejando la arena tan lisa como el cristal. Entonces Wilson efectuó su pasmoso descubrimiento.

Una serie de huellas comenzaba en lo alto de la playa, justamente debajo de un acantilado vertical, y atravesaba la arena en línea recta hasta penetrar en el mar. Dichas huellas eran sumamente claras, «casi como si hubieran sido impresas por un instrumento cortante». Separadas aproximadamente por 1,80 m, parecían ser las huellas de las pezuñas de un bípedo, guardando cierta semejanza con las de un gran poney sin errar. No estaban hendidas. Las huellas eran más profundas que las marcas dejadas por los pasos del propio Wilson, el cual pesa alrededor de unos 80 kg.

Había un detalle que trastornó especialmente a Wilson: la arena no había sido «salpicada» en los bordes de las marcas —«se diría que cada huella había sido impresa en la arena con una plancha». Trató de compararlas con las suyas, caminando a su lado, y luego intentó saltar de una a otra huella, pero la distancia resultó demasiado grande, pese a que él era un hombre alto con piernas largas. No había huellas que regresaran del mar, y la estrecha playa estaba bordeada en cada extremo por puntas rocosas.

El doctor Dingwall plantea entonces algunas preguntas sin respuesta: ¿Cuál posible criatura, terrestre o marina, pudo hacer esas huellas? ¿Qué talla podría tener para poseer una zancada tan larga? ¿Qué tipo de pezuña pudo hacer unas huellas tan claramente delimitadas? Si se trataba de un animal marino, por qué habría de tener pezuñas? Y, si era un animal terrestre, ¿por qué había entrado en el mar? ¿O acaso tenía alas?

Mr. Wilson declaró que las huellas eran frescas, ya que la marea descendente estaba justo más allá de la última huella de la pista. ¿Qué habría visto si hubiese llegado un poco antes?

El doctor Dingwall señala que fueron vistas parecidas huellas de pasos en 1908, en los Estados Unidos, a lo largo de la costa de Nueva Jersey, entre Newark y el cabo May. Éstas fueron atribuidas al «Diablo de Jersey». Añade: «Aquí también, tenemos descripciones de huellas como de las pezuñas de un poney en la nieve espesa, y de nuevo, los relatos nos refieren cómo las huellas conducen a unas verjas y luego continúan del otro lado, aun cuando los barrotes no estaban separados más que por algunas pulgadas.»

El doctor Dingwall concluye diciendo que cuantas más preguntas se plantean, más desconcertante se vuelve este misterio.

YO ENCONTRÉ AL MATAH KAGMI

por T. WAKAWA (1)

Los abominables hombres de los bosques americanos, que se parecen a los abominables hombres de las nieves tibetanos y a los abominables hombres malayos, plantean un problema irritante. El Tibet y Malasia están poco explorados, y, por otra parte, «de luengas tierras, luengas mentiras». Pero no se comprende que, en la América industrializada, humanoides de una talla de dos a tres metros, cuando no más, se paseen a sus anchas sin ser capturados. Hace tiempo que los empresarios de circo, como P. T. Barnum, que no retroceden ante los gastos, habrían debido ponerles la mano encima y exhibirlos bajo las carpas de los grandes circos.

Los bosques americanos están vigilados por helicópteros y aviones provistos de detectores de infrarrojos (para la prevención de los incendios forestales): ¿por qué esos detectores no reaccionan? Sería interesante explorar los bosques americanos con los detectores «para seres vivientes en movimiento» utilizados en Vietnam. Pues los diversos testimonios que damos a continuación son demasiado numerosos o demasiado exactos

(1) Extracto de *Many Smokes*, revista nacional india norteamericana, otoño de 1968.

para que los abominables hombres de los bosques americanos sean sólo leyendas.

Mi abuelo nació en la alta California, cerca del monte Shasta, en 1853. Tomó parte en la guerra de 1872-1873 que hicieron los indios modoc para defender su país natal; como siempre, ocurrió la misma historia: la derrota y su envío por los blancos a una reserva.

Me contaba esta historia cuando yo era niño, y nunca me cansaba de escucharla. Fue una tarde de verano de 1897, cuando él encontró por primera vez al Sasquatch. Estaba siguiendo la pista de un ciervo cerca de un lago, a la hora del crepúsculo, cuando vio delante suyo algo que parecía un matorral alto. Al aproximarse un poco, sintió un fuerte olor vagamente almizclado. Observó entonces más atentamente el matorral y, de pronto, se dio cuenta de que no se trataba en absoluto de un matorral, pues estaba cubierto de los pies a la cabeza por un espeso pelo áspero, que guardaba mucha semejanza con la crin de un caballo. El hombre avanzó un paso, pero la criatura emitió un grito o un sonido más o menos como «Naiiaaah!». Abuelo supo entonces que se trataba de uno de aquellos seres de los que había oído hablar a los ancianos: ¡un Sasquatch!

Pese a que la noche estaba cayendo, abuelo pudo distinguir claramente dos ojos color castaño claro en el bulto peludo de la cabeza; luego, la criatura se movió ligeramente; abuelo hizo un gesto amistoso y depositó en el suelo los pescados que llevaba ensartados en una broqueta. La criatura comprendió evidentemente aquello, pues se apoderó con viveza del pescado y huyó a través de la próxima arboleda. No se detuvo más que un momento y lanzó un nuevo grito que abuelo no olvidó jamás... un grito largo y sordo: «Eeegooooooumm!»

Abuelo no contó jamás esta historia a nadie fuera de la familia, y hablaba de tales criaturas como de seres humanos llamados Matah Kagmi. Hay aquí algo muy interesante, y es

dudoso que pueda tratarse de una simple coincidencia: es el hecho de que los habitantes del Tibet llaman al famoso «hombre de las nieves», Metoh Kangmi. Estos dos nombres se parecen mucho.

Algunas semanas después de su encuentro con el Matah Kagmi, abuelo fue despertado una mañana por algunos ruidos insólitos alrededor de su cabaña. Al ir a descubrir lo que pasaba, se encontró con un montón de pieles de ciervos recién desolladas y listas para ser curtidas. A lo lejos, escuchó de nuevo el grito extraño «Eeegooooooumm!» Posteriormente, le fueron trayendo diversas cosas: leña para calentarse, o bayas y frutos silvestres.

Años más tarde, el abuelo tuvo su segundo encuentro —mucho más asombroso— con el Sasquatch. Estaba trabajando con algunos blancos de la región de San Francisco, ayudándolos en la búsqueda de un tesoro que se suponía estaba en el monte Shasta.

Una vez que su pequeño grupo hubo alcanzado el pie de la montaña, los blancos se pusieron a beber abundantemente; abuelo les dijo entonces que él marcharía por delante y exploraría algunas de las bajas cornisas rocosas, dado que ellos no estaban en condiciones de hacerlo por sí mismos. Aquella mañana, temprano, tomó por un sendero de montaña, y, tras una larga y difícil ascensión, alcanzó una cornisa que deseaba examinar. Entonces ocurrió aquello. Fue mordido en la pierna por una serpiente de cascabel de los bosques *(Crotalus horridus)*.

Abuelo mató la serpiente y trató de descender hacia un lugar más cómodo, pero pronto tuvo dificultad en continuar y, según podía recordar, fue presa de dolores en el estómago y se desvaneció. Cuando recuperó de nuevo el conocimiento, creyó que soñaba, pues estaba rodeado por tres grandes Sasquatch de 2,50 a 3 metros de estatura. Se dio cuenta de que le habían efectuado una pequeña incisión en el lugar donde le mordió la serpiente, sacándole luego, de una manera u otra, una buena parte del veneno, al tiempo que le pusieron musgo fresco en

la herida. Entonces, uno de los Matah Kagmi emitió una especie de gruñido, y los otros dos levantaron al abuelo y se lo llevaron por una senda que él no conocía. Tras un pequeño descenso por el flanco de la montaña, lo colocaron finalmente bajo un arbusto enmarañado y lo dejaron allí. Otra vez, abuelo volvió a escuchar el grito lúgubre de los Sasquatch, «Eeegooooooumm!».

Al cabo de un momento, comenzó a sentirse mejor, y cogiendo su vieja pistola del calibre 44 (11,17 mm) se puso a disparar algunos tiros al aire. Finalmente, los buscadores de oro lo encontraron. Abuelo nada dijo de lo que le había ocurrido con los Sasquatch. Lo llevaron al lugar donde estaban atados los mulos de carga, y desde allí a la ciudad más próxima. Descansó unos días y regresó en seguida al lago Tule. Abuelo no habló de este encuentro más que con su familia más próxima y, a partir de aquel momento, no quiso llevar a nadie por ningún precio a la región del monte Shasta. Decía simplemente: «¡Matah Kagmi existir! Ése, lugar sagrado; yo tengo amigos allí.»

Durante muchos años después, en la calma de la tarde o, a veces, por la noche, siguió oyendo el grito que él conocía bien: «Eeegooooooumm!», la llamada de los Saquatch. Abuelo añadía que los Matah Kagmi no eran malos, pero que eran muy feroces, especialmente con los hombres blancos, y que no salían, por lo general, más que por la tarde o la noche. Vivían sobre todo de las raíces que desenterraban, y de bayas, y no comían carne más que en la época de frío más riguroso. Habitaban en los agujeros profundos de las estribaciones de la montaña, desconocidos para el hombre.

EL ABOMINABLE HOMBRE DE LOS ESTADOS UNIDOS

por LOREN E. COLEMAN y MARK A. HALL

Podemos encontrar un vasto folklore, así como la creencia en un pueblo muy primitivo, poseedor de costumbres escandalosas, desde la California septentrional hasta las mismas tierras árticas. Esta tradición abarca no sólo la costa del Pacífico en toda su extensión, sino también una gran parte de las regiones accidentadas del Este de los Estados Unidos, y llega incluso hasta Groenlandia.

Generalmente, estos infrahombres son descritos como de un tamaño muy grande, enteramente cubiertos de vello y feroces. A veces, se les califica de carnívoros.

Antes de estudiar esta tradición, conviene hacer mención del folklore del Asia del Nordeste. Wladimir Bogoras, en *El folklore del Asia del Nordeste comparado con el de la América del Noroeste (American Anthropologist,* n.° 4, 1902) encuentra, entre los *chuckchee,* dos palabras: *kele* (1) espíritu malo, y *kele* (2), tribus de los tiempos antiguos o caníbales. No puede encontrarse ninguna distinción bien definida entre esos dos términos. Sin embargo, Bogoras hace notar que entre las palabras empleadas por los esquimales del Norte de América, que tienen las mismas significaciones, respectivamente, *tornait*

(en singular, *tornaq*) y *tornit* (singular *tuneq*), existe una clara distinción de sentido.

En Alaska —exactamente en Point Barrow—, Robert F. Spencer, en su artículo «El Esquimal del norte de Alaska» (boletín n.° 71 del Departamento de Etnología Americana, 1959), señala:

«El esquimal del Oeste no parece haber desarrollado las ideas bastante elaboradas que hallamos en las regiones del centro y el Este respecto de una raza de seres antiguos, aquellos que son frecuentemente llamados los *tornait*. Este término está, sin embargo, emparentado con *tunarat*, que, en la Alaska del norte, designa específicamente los poderes del chamán.»

Spencer parece haber confundido *tornit*, las tribus de épocas antiguas, con *tornait*, los espíritus que gobiernan las cosas (a los que, en ocasiones, invocan los chamanes). No obstante, deja constancia de que «también algunos gigantes formaban parte del medio ambiente local. Éstos no tenían poderes especiales, y eran simplemente unos «hombres grandes...». Estaban considerados como feroces, y evitaban el contacto con otros seres humanos». Dichos gigantes tienen, pues, rasgos comunes con los *tornit* del Este, y uno se pregunta de dónde viene la confusión de Spencer.

Franz Boas, en su obra *El Esquimal del centro* («Nebraska Press», Universidad de Nebraska, Lincoln, 1964), cuenta las historias de los esquimales del centro referentes a los *tornit*:

«En los tiempos antiguos, los *inuit* (es decir, los esquimales) no eran los únicos habitantes de la región donde viven actualmente. Otra tribu parecida a ellos compartía su terreno de caza. Los *tornit* eran mucho más corpulentos que los *inuit* y sus brazos y piernas eran largos. Casi todos tenían la mirada opaca. Eran sumamente fuertes, y podían levantar grandes rocas, que eran demasiado pesadas para los *inuit*...

»No fabricaban kayaks ni arcos...

»Los *tornit* no podían limpiar las pieles de foca tan bien como los *inuit*, y las trabajaban con una parte de la grasa aún pegadas a ellas. Su manera de preparar la carne era repugnante, pues la dejaban pudrir y la colocaban entre los muslos y el vientre para volver a calentarla.

»Por todas partes, podemos ver las viejas casas de piedra de los *tornit*. En general, éstos no construían casas de nieve, sino que vivían todo el invierno en casas de piedra, cuyo techo estaba a menudo sostenido por unas costillas de ballena.»

Según las tradiciones, los *tornit* deben ser imaginados como relacionados con los indios llamados *adla* o *equigdleg* (es decir, «mitad perro»), según Boas (en «Tradiciones de los "Ts 'ets' a ut"» *Journal of American Folklore*, n.° 10, 1897). Alfred L. Kroeber (en «Cuentos de los esquimales del estrecho de Smith», *Journal of American Folklore*, n.° 12, 1899) cuenta historias de *tornit* de los esquimales del estrecho de Smith, y subraya que éstas aparecen frecuentemente en textos de Groenlandia. Oyó asimismo hablar del *Tutuatin*, una criatura fabulosa de pelaje hirsuto; aunque la verdadera importancia de dicha criatura sea desconocida, forma tal vez parte de la tradición de los *tornit* con un nombre diferente.

En el norte de la Tierra de Baffin, los *tornit* son llamados *toonijuk*, y parecen similares en muchos aspectos (muy grandes y con costumbres desagradables). Un cierto indicio del destino de tales seres viene dado por su temperamento, pues:

«Los *toonijuk* no eran peligrosos; por el contrario, se mostraban esquivos y tenían un miedo terrible ante los perros; por añadidura, eran estúpidos y lentos. Los esquimales de Pond Inlet (pequeño brazo de mar) dicen que esas grandes criaturas no atacaron jamás a esquimales, sino que lucharon entre sí casi hasta matarse (sin embargo, otras tribus de esquimales pretenden haber seguido el rastro de esos gigantes estúpidos y haberlos matado uno a uno, como si fueran piezas de caza). Desaparecieron del Ártico canadiense mucho tiempo antes que los más lejanos recuerdos del más viejo esquimal, y sólo quedan de ellos historias fragmentarias tan vagas como deforma-

das. Cuando se preguntó a Idluk en qué época vivieron los *toonijuk*, sólo puedo responder: "Hace mucho tiempo, antes de que mi abuelo hubiera nacido." Lo que, para un esquimal, significa más allá de todo recuerdo.

»Y, de abuela a nieto, llegaron desde el oscuro pasado algunas historias medio olvidadas de seres infrahumanos despreciables y repugnantes.» (Katherine Scherman, *Primavera en una isla ártica*, «Little Brown & Co», Boston, 1956.)

Los *tornit* de los esquimales son una tradición muy difundida de prehombres gigantes que existían en tiempos pasados; es completada por historias similares.

«Los *mahoni* que vagan a través de la región del Peel River en el Yukón del Norte son enormes gigantes velludos de ojos rojos, que comen carne humana y devoran abedules enteros de un solo bocado. Los *sasquatch* depredadores de las cavernas de las montañas de la Columbia británica tienen una talla de 2,50 m y, de la cabeza a los pies, están cubiertos de un pelaje lanudo negro. Existen otros, emparentados todos a éstos: el terrible hombre de los matorrales del Mackenzie superior, con su cara negra y sus ojos amarillos, que elige sus víctimas entre las mujeres y los niños; el *weetigo* de las tundras, ese horrible caníbal desnudo, de rostro ennegrecido por la congelación, con sus labios carcomidos que descubren unos dientes largos como colmillos; los «hombres montañas» de los *nahanni*, cazadores de cabezas, con una talla de 2,50 m; y esos seres imaginarios del Gran Lago del Esclavo que, los indios *dogrib* llaman simplemente «el Enemigo» y del que tienen tanto miedo que siempre construyen su morada en islas lejos de la orilla donde merodea «el Enemigo» (Pierre Berton, *El Norte Misterioso*, «Alfred A. Knopf», Nueva York, 1956).

Existe un conjunto de descripciones muy parecidas de esos seres desconocidos, desde el este al oeste del Canadá y el norte de los Estados Unidos.

Entre los *micmac*, grupo indio que habita Nueva Brunswick y Nueva Escocia, circulan alusiones a los *gugwes*: «Esos

caníbales tienen grandes manos y caras velludas como osos. Si algunos de ellos veía venir a un hombre, se ocultaba y golpeaba el pecho produciendo un ruido parecido al de una perdiz» (Elsie Clews Parsons, «Cuentos de los micmac», *Journal of American Folklore*, n.° 38, 1925).

Pese a que la relación entre un primate que se oculta y la emisión de un ruido no sea clara, este tema de una especie de silbido monótono (que es la llamada de la perdiz gris, *Perdix perdix*, del Canadá del sudeste) aparece nuevamente en otras regiones como una característica del comportamiento de tales seres (Chandler Robbins, S. B. Brunn y H. S. Zim, «Las aves de América del Norte», «Golden Press», Nueva York, 1966). Esas criaturas son conocidas entre los *micmac* con otros nombres: *kookwes, chenoo, djenu* (Wilson D. y Ruth Sawtell Wallis, «Los indios *micmac* del Canadá oriental», «University of Minnesota Press», Minneápolis, 1955).

En el Maine, entre los *penobscot*, se cuentan historias del *Kiwakwe*, un gigante caníbal (Frank G. Speck, «Cuentos de los *Penobscot*», *Journal of American Folklore*, n.° 48, 1935). Los gigantes son seres muy conocidos también entre lòs hurones y los wyandot con el nombre de *strendu*. Son casi tan altos como un árbol, y enormes comparados con los hombres.

Tales seres parecen muy similares a los del norte del Estado de Nueva York. Así, los Gigantes de Piedra son hombres colosales «cubiertos» de sílice y de otras piedras:

«Los Gigantes de Piedra de los iroqueses, al igual que sus congéneres entre los algonquinos (por ejemplo, los chenoo de los abnaki y de los micmac) pertenecen a un grupo muy extendido de seres míticos de los que los *tornit* de los esquimales constituyen un ejemplo. Son de una estatura colosal, no conocen el arco y utilizan piedras como armas. Luchan entre sí en combates terribles, arrancando los árboles más grandes para emplearlos como armas y socavando la tierra en su furia (...) se los describe corrientemente como caníbales; y bien podría ser que ese pueblo mítico, cuyo recuerdo llega de la

lejanía, fuera una reminiscencia, coloreada por el tiempo, de tribus atrasadas que vivían aún en la época histórica. Por supuesto, si existe semejante elemento histórico en tales mitos, está deformado y recubierto por ideas enteramente míticas de titanes o demiurgos acorazados con piedra.» (Hartley Burr Alexander, 10.° vol. América del Norte, de «La Mitología» de L. H. Gray, «Cooper Square Pub. Inc.», Nueva York, 1964.)

Tales ogros son los mismos que los *windigo* (o *witiko, wendigo* (1), *wittiko* y otros nombres) de origen algonquino. Esa vasta tradición abarca el este y centro del Canadá, y está muy documentada. Entre los cabeza-de-bola de Quebec, este hombre gigante de tendencias canibalescas lleva diferentes nombres: *witiko, kokotshe, atshen* (reverendo Joseph E. Guinard, «El *witiko* entre los cabeza-de-bola», *Primitive Man,* n.° 3, 1930). El *chenco* de los micmac parece ser similar al *witiko* de los cree; John M. Cooper declara («La psicosis cree del *witiko*», *Primitive Man,* n.° 6, 1933): «Ambos tienen las mismas características (...) El propio nombre *chenoo* parece ser idéntico al nombre *atcen* dado por los montañeses y los cabezas-de-bola (cree), al *witiko.*» Pues entre los naskapi, también, «la más parecida analogía de nombre y de carácter con el *atcen,* entre las tribus vecinas, es el *chenoo* (o *tcenu*) de la leyenda micmac» (Frank G. Speck, «Naskapi», University of Oklahoma, Norman, Okla., 1935).

Asimismo, algunos detalles específicos se parecen claramente a los de criaturas similares de otras regiones.

«El *witiko* no llevaba vestidos. Iba desnudo, tanto en verano como en invierno, y jamás sufría a causa del frío. Su piel era oscura como la de un negro. Tenía la costumbre de frotarse, como los animales, contra los abetos y otras coníferas resinosas. Cuando se había cubierto así de resina y de goma, iba a revolcarse en la arena, de suerte que se habría podido pensar, tras numerosas operaciones de ese tipo, que estaba hecho

(1) El wendigo ha proporcionado a Algenon Blackwood el tema de su más hermosa novela corta, que lleva este título (*N. del T.*).

de piedra» (Rev. J. E. Guinard, *op. cit.,* anteriormente).

Cooper, en la obra también citada, señala que:

«(...) una costumbre similar es atribuida a los *chenoo* de Passamaquoddy, que tenían costumbre de cubrirse completa-

Fig. 6. El wendigo, ogro gigante de los bosques canadienses

mente con la resina odorífera de pino y luego revolcarse por el suelo, de tal modo que todo se adhería a su cuerpo.

»Dicha costumbre hace recordar inevitablemente las Cotas de Piedra de los iroqueses, los gigantes caníbales sedientos de sangre que se cubrían cuidadosamente de pez el cuerpo y se

revolcaban luego en la arena o en las pendientes de las dunas.»

Los *windigos* tienen una boca espantosa y amenazadora; carecen de labios. Emiten con frecuencia un silbido siniestro o un sonido descrito como estridente, muy resonante y prolongado, acompañado de aullidos terribles. El *windigo* es un ser enorme «que camina desnudo entre la maleza y come indios. Muchas gentes sostienen haberle oído merodear por los bosques» (D. S. Davidson, «Algunos cabezas-de-bola», *Journal of American Folklore,* n.° 41, 1928). En Quebec, la tropa del Gran Lago Victoria cuenta historias del *misabe,* un gigante con largo pelaje (D. S. Davidson, «Cuentos populares del Gran Lago Victoria de Quebec», en el mismo número del *Journal of American Folklore*). Entre los ojibwa de Minnesota del Norte, Sir Bernard Coleman habla de los «*menegwicio,* u hombres de las tierras desérticas. Algunos los designaban como "una especie de simio" (...) Y se los describía como de la talla aproximada de un niño de diez a once años (...) con la cara cubierta de pelos.» («La Religión de los ojibwa de Minnesota del Norte», *Primitive Man,* n.° 10, 1937).

Parece tratarse de *windigos* de pequeña talla, y puede, de hecho, constituir una tentativa de los indígenas por crear una categoría particular de los jóvenes *windigos.* Entre los ojibwa timigami, los *memegwesi* son «una especie de criaturas que viven en las altas cornisas rocosas alejadas. Son pequeños y poseen pelos que les crecen en todo el cuerpo. Los indios piensan que son como simios, a juzgar por los especímenes de éstos que han visto en las ilustraciones de los libros» (Frank G. Speck, «Mitos y folklore de los algonquinos timiskaming y de los objibwa timigami», en la serie antropológica del estudio geológico del Departamento Canadiense de Minas, 1915). En los alrededores de la James Bay, los cree conocían al *menegwecio,* «el pequeño ser que se parece a un ser humano, salvo que está cubierto de pelos y tiene una nariz muy chata» (Regina Flannery, «La cultura de los indios del Nordeste», en «El

hombre del nordeste de América del Norte», bajo la dirección de Johnson, vol. 3 de las *Memorias de la Fundación Robert S. Peabody para la Arqueología,* Massachusetts Phillips Academy, Andover, 1946). El aspecto general del pelaje (o los adornos de arena y piedras que lleva adheridos a él) da a esos seres, del mismo modo que a todas las criaturas del género *windigo,* un carácter no humano. En realidad, según informaciones micmac, W. D. y R. S. Wallis dicen que el «*gugwes es* una criatura contrahecha que, en 1911-1912, era corrientemente comparada a un babuino; en 1950, se lo describía como un gigante» (*op. cit.,* anteriormente).

A comienzos de la década de 1960, James W. Stone señala la siguiente creencia entre los chipewa, de la reserva de Snowdrift en el Gran Lago del Esclavo.

«Se observan también muchas discusiones entre los indios de Snowdrift respecto a pretendidos "hombres de las malezas", que, según la creencia, merodean en las landas, de vegetación tupida durante los meses de verano. Son utilizados en ocasiones para asustar a los niños... Sin embargo, los adultos también creen en ellos, y algunos han hablado al autor de encuentros con "hombres de las malezas".» («La cultura en transformación de los chipewa de Snowdrift.» Boletín 209 del Museo Nacional del Canadá, Ottawa, 1965.)

En el transcurso del siglo último, en Fort Resolution, muy cerca de allí, Bernard R. Ross observa entre los indios su temor a los «enemigos». Cuenta que «en varias ocasiones, simplemente silbando, oculto entre la maleza, ha hecho correr en tropel hacia el fuerte, para refugiarse durante la noche, a todos los indígenas acampados en los alrededores». («Los tinneh del Este», *Informe anual al consejo de los regentes,* Smithsonian Institution, 1866, Washington D. C., 1872.)

June Helm MacNeish («Creencias populares contemporáneas de una tribu de indios del Esclavo», *Journal of American Folklore,* n.° 67, 1954) y Cornelius B. Osgood («La Etnografía de los indios del Gran Lago del Oso», Boletín 70, *Informe*

anual para 1931 del Museo Nacional del Canadá, Ottawa, 1932) aportan las características y las tradiciones relativas a los *nakai* entre las tribus de la región del Gran Lago del Oso. Más lejos hacia el Oeste, la existencia de esta creencia está bien documentada entre los kutchin del norte del Yukón y de Alaska (Osgood, «Contribuciones a la etnografía de los kutchin», *Anthropology,* n.° 14, «Yale Univ. Publ.» 1936, y Richard Slobodin «Algunas funciones sociales de la ansiedad de los kutchin», *American Anthropologist,* n.° 62, 1960) y de la península Kenai (Osgood, «La Etnografía de los tanaina», *Anthropology,* n.° 16, Yale Univ. Publ. 1937). Dichos *nakani* suelen ser acusados de robar mujeres y niños. La actitud de los indios hacia esas criaturas parece ser el resultado de sucesos recientes atribuidos a encuentros con ellas, pues algunas desapariciones y pretendidos ataques crean una aprensión en ciertas regiones, especialmente entre las mujeres y los niños.

El tema del «gigante de piedra» reaparece en los relatos de los indios shoshones. «Los shoshones del norte dicen que, antaño, vivían en las montañas unos gigantes de piedra (*dzoavits*), muy numerosos.» (Alexander, *op. cit.,* 1964.) Pese a que no se da ninguna información al respecto sobre la naturaleza de la «piedra» de esos gigantes, la misma evolución del pelaje hirsuto a una especie de capa de resina o de goma cubierta de arena y de guijarros, ha debido probablemente producirse aquí como en los casos relatados del Este.

En el norte del interior de la Columbia Británica, entre los indios kaska, se cuentan historias de hombres con un pelaje áspero y espeso (James Teit, «Cuentos de los kaska, *Journal of American Folklore,* n.° 30, 1917). En otro grupo del Athabasca, los sinoyne, se encuentran historias de hombres algo parecidos a los osos (E. W. Gifford, «Cuentos de los yuki de la costa», *Journal of American Folklore,* n.° 50, 1937). Los indios de la región de Anderson y del lago Seton, en la Columbia Británica, hablan de gigantes numerosos (W. C. Elliot, «Cuentos del lago Lillooet», *Journal of American Folklore,* n.° 43,

1931). Como vemos, esta tradición alcanza su personificación de hombres que tienen 3 m de altura, de hombros cuadrados más marcada en la Columbia Británica. Por ejemplo, entre los indios carrier, uno de tales monstruos «dejaba enormes huellas en la nieve... Tenía el rostro de un ser humano, era excesivamente grande... y estaba cubierto de largos pelos» (Diamond Jennes, «Mitos de los indios carrier de la Columbia Británica», *Journal of American Folklore,* n.° 47, 1934). Entre los lillooet, es corriente una tradición parecida. Esas criaturas llamadas *Hailó Laux* o *Haitló Laux* son muy grandes; se trata de hombres que tienen 3 m de altura, de hombros cuadrados y muy fuertes. Tienen vello en el pecho y el aspecto de un oso. Su cabellera es larga. La mayoría tienen el pelo negro, algunos son morenos, y un número bastante considerable tienen el pelo rojo. Los indios creen que se trata de seres malvados, que vagan por la noche y no duermen nunca (James Teit, «Tradiciones de los indios lillooet de la Columbia Británica», *Journal of American Folklore,* n.° 25, 1912). Esta última idiosincrasia puede ser el resultado de la costumbre natural del animal de ir de un lado a otro por las noches. Entre los karok y los yurok, tal como lo observa Alfred L. Kroeger («Manual de los indios de California», Boletín 78 del Departamento de Etnología Americana, 1925), encontramos la huella muy profunda «de la idea de una raza prehumana antigua pero paralela». Esta misma creencia parece estar difundida en todo el Noroeste, hoy en día, mediante las historias de Bigfoot (Pies-Grandes) y de Sasquatch (Iván T. Sanderson, *Los abominables hombres de las nieves, una leyenda convertida en realidad,* «Chilton Co.», Filadelfia, 1961; John W. Green, *Tras la pista del Sasquatch,* «Cheam Publ. Ltd.», Agassiz, B. C. 1969; Roger Patterson, *¿Los abominables hombres de las nieves de América, existen realmente?* «Franklin Press, Inc.», Yakima, Wash., 1966).

Pese a que los encuentros con esas criaturas en el Noroeste de la región del Pacífico sean, en nuestros días, un aconte-

cimiento casi cotidiano, existe otra tradición que aún perdura en el Este. Se conocen especialmente los hechos registrados en Monroe, Michigan. Lo que resulta notable es la cronología de los acontecimientos antes y después de las principales observaciones. El 9 de agosto de 1965, al este de Smithville, Ontario, un conductor de camión de Lakeview manifestó haber visto un bestia peluda de una talla superior a los dos metros, con hombros poderosos, una cabeza pequeña y largos brazos, al borde de un camino apartado. Cerca de Monroe, el 13 del mismo mes, algo de más de dos metros de alto, con pelos «como espinas» metió una «pata» por la ventanilla abierta de un automóvil y puso a la funerala el ojo izquierdo de Christine Van Acker. Seguidamente, se señalaron otras «observaciones» en los alrededores de Monroe. Una de las más extraordinarias, a los ojos de las autoridades locales, fue aquella que realizaron dos pescadores en el lago Voorheis, condado de Oakland, que manifestaron haber visto una criatura anfibia que salía del agua. Luego, a comienzos de setiembre de 1965, surgieron rumores de un monstruo que merodeaba por los alrededores de Tillsonburg, Ontario. Sus huellas eran claramente visibles (en la arena) y medían unos 45 cm de largo (1).

Según esas observaciones, un «windigo» viajero, si se quiere, pasó al parecer por Smithville, de camino a Michigan, regresando por Tillsonburg. Algunos testimonios imprecisos llegados de Newmarket, Ontario, en 1965, pueden haber sido solamente otra rama del itinerario de esta bestia. ¿Acaso el frío del verano de 1965, el más gélido desde 1950, provocó la incursión de un abominable hombre de las nieves aislado en las regiones habitadas por los hombres? Quizá, pero los anales demuestran que los testimonios de agosto y setiembre de 1965 son sólo notables por su correlación en el tiempo y en el espacio. Se conoce el encuentro con un abominable hombre de las nieves señalado cerca de Frémont, Wisconsin en noviembre de 1968, pero hubo igualmente otros en el mismo año, en Easterville, Manitoba, y en La Crescent, Minnesota. En junio de 1964, el encuentro «se produjo» en los Sister Lakes de Michigan, aunque no debió sorprender demasiado a Phillip Williams y Otto Collins, los cuales habían sido ya capturados y llevados a una pequeña distancia por un ser parecido a un simio, con un olor pestilente, cerca de Marshall, Michigan, en mayo de 1956.

(1) La Policía estatal «explicó» las huellas, llegando a la conclusión de que habían sido dejadas por «un obrero fatigado, arrastrándose sobre manos y rodillas entre las hileras de plantas de tabaco» (*Kitchener-Waterloo Record*, sábado 4 de setiembre de 1965). Como habría dicho Charles Fort: «Tienen ciertamente el talento de encontrar explicaciones maravillosas.»

El fundamento de las tradiciones indígenas puede parecer nebuloso al folklorista y al antropólogo, pero para las gentes que se han encontrado frente a frente con un miembro de la población de Sasquatch o pies grandes del noroeste de la región del Pacífico, es dudoso que se pueda convencer a tales testigos de la ausencia total de validez de las historias de infrahumanos.

Respecto a los abominables hombres de América, se señala un testimonio poco conocido del siglo XIX, en Arkansas, por Otto Ernest Rayburn (*La región del Ozark*, Duell, Sloan Pearce, Nueva York, 1941).

«Un interesante cuento de las montañas uachita es aquel del Gigante de las Montañas. Este hombre salvaje, de más de dos metros de estatura, fue visto muchas veces en las montañas apartadas del condado de Saline, en el transcurso de los años que siguieron a la Guerra de Secesión. Era de raza blanca, iba desnudo y su cuerpo estaba cubierto de pelos largos y espesos. Habitaba la mayor parte del tiempo en las cavernas, pero a veces en los altos cañizales de las orillas del Saline River.

»Pese a que nadie lo vio nunca causar daño alguno, el gigante era excesivamente temido por todos los colonos, en varios kilómetros a la redonda, que huían de él como del diablo.

Jamás se le había oído emitir un sonido, y ello aumentaba su misterio. Finalmente, se decidió que era preciso capturarlo, y se organizó una expedición con este objeto. Al frente de ella se puso un joven audaz, acompañado de una jauría de grandes perros de caza. El hombre salvaje fue rastreado hasta el interior de una caverna y, por último, se le echó el lazo. Cuando éste cayó sobre sus hombros, emitió un sonido extraño como el de un animal que hubiera caído en una trampa. Fue conducido a Benton y alojado en la prisión, un pequeño edificio construido con maderos. De inmediato se arrancó la ropa que le habían puesto quienes lo capturaron, y escapó de su frágil prisión, aunque sólo para ser nuevamente capturado, esta vez en los cañizales.

»Lo que ocurrió exactamente con este hombre salvaje, nadie parece saberlo. Los ancianos de la región dicen que desapareció y que nadie lo volvió a ver por aquellos lugares. La historia siguiente se enlaza bien como continuación de lo que antecede.

»Poco después de que el gigante se escapó, el joven que se había puesto al frente de la primera expedición de caza se precipitó a la cabaña de sus padres, cogió su fusil y gritó a su madre: "Mamá, no me busquéis y esperad a que regrese; quizá tenga para un día, o tal vez para un año." Había encontrado unas huellas gigantes, y quería seguirlas mientras la pista estaba fresca.

»Esas huellas tenían 35 cm de largo, y estaban separadas por 1,20 m. El lugar estaba situado, como se ha dicho anteriormente en el condado de Saline, no lejos de Benton, la cabeza de distrito. Según esta historia, el joven logró seguir las huellas a través del sur de Arkansas, llegando hasta Texas. A lo largo del camino, se encontró con otros nueve hombres que habían hallado las enormes huellas y las seguían. En dicha compañía atravesó Texas, alimentándose casi exclusivamente de carne cruda, de animales cazados durante el viaje.

»Transcurrió casi un año antes de que el joven regresara a Arkansas, con la decepcionante noticia de que ni uno solo de los que seguían la pista había visto al gigante que dejaba aquellas huellas, pese a que se encontraron con varias personas que afirmaban haberlo visto, desplazándose siempre en la oscuridad de la noche.»

Las notas y documentos del difunto Mr. Rayburn están actualmente en las colecciones de la Universidad de Arkansas, en Fayetteville (bajo el epígrafe colectivo de «Enciclopedia del folklore del Ozark»). En una carta fechada el 18 de mayo de 1966, Marvin A. Miller, director de las bibliotecas de la Universidad de Arkansas, escribía: «(...) Hemos verificado los artículos posibles de la Enciclopedia del Folklore del Orzak de Rayburn, y no hallamos en ella referencias al "Gigante de las Montañas".»

Sería interesante saber algo más sobre el fundamento del relato de Mr. Rayburn.

Otro «monstruo» había aparecido más recientemente en el condado de Cass, Michigan, no lejos de Detroit, en una región poco poblada. La revista *True* de junio de 1966 contenía un artículo titulado «La loca caza del monstruo de Michigan», por Gene Caesar, que proporciona una buena idea sobre la mejor manera de *no* encontrar un «monstruo». La criatura de Michigan fue señalada también en el muy serio *New York Times* del 17 de agosto de 1966, e incluso por la televisión N.B.C. del mismo día (en la emisión «Huntley-Brinkley Report»).

La caza del abominable hombre de las nieves de América, del Sasquatch, de los pies-grandes, etc., se prosigue sin cesar, pero al parecer se dispone actualmente de un pequeño filme sobre una hembra pies-grandes. El 20 de octubre de 1967, Roger Patterson (miembro de un grupo de investigaciones de vanguardia, de Yakima, Washington) logró tomar una

decena de metros de película en California del Norte, en donde aparece una gran criatura humanoide de, aproximadamente, 1,80 a 2 m de estatura. Está cubierta de negro pelaje, tiene unas nalgas prominentes y una especie de «cresta» en la cabeza.

Como cabía esperar, este filme suscitó controversias; algunos lo rechazaron, pero numerosos sabios aceptaron, a reservas de un examen más concienzudo, la idea de que pueda haber *realmente* algo en esas regiones salvajes y que los biólogos harían bien en determinar exactamente *qué*. Iván T. Sanderson considera el filme como válido. Mr. Sanderson es reconocido como el mejor especialista en ese terreno. Ha estudiado muy seriamente el problema durante largos años y ha escrito la obra más completa sobre el tema: *Los abominables hombres de las nieves; una leyenda reanimada* («Chilton Co.», Filadelfia, 1961.).

El doctor John Napier, del programa de Biología de los Primates, de la Smithsonian Institution de Washington, dice que «no ha observado nada que, en el terreno científico, indique una superchería». El doctor Osman Hill, del Centro Regional Yerkes de Investigaciones sobre los Primates, de la Universidad Emory, en Atlanta, Georgia, está convencido de que deberían hacerse estudios adicionales con toda objetividad.

George Haas, de San Francisco, es también un investigador infatigable de los rumores de pies-grandes en los Estados Unidos y el Canadá del noroeste. En una carta, menciona una información referente a un pies-grandes muerto en la Columbia Británica en otoño de 1967, y cuyo esqueleto permaneció cubierto por la nieve durante todo el invierno. Habría sido muy interesante que este asunto hubiese sido seguido y examinado rápidamente y a fondo.

A LA BÚSQUEDA DEL ABOMINABLE HOMBRE DE LAS NIEVES EN LAS ROCOSAS

Extracto de La Presse *de Montreal, Canadá, del 2 de setiembre de 1969.*

Nordegg, Alberta (P.C.) — Numerosos habitantes de la región están convencidos de que una banda de criaturas peludas, de tipo humanoide, viven en las vecinas Montañas Rocosas.

Un comerciante de la ciudad —situada a 190 km al sudeste (*sic*, en realidad al sudoeste) de Edmonton— tiene la intención de organizar una expedición que vaya en busca del «abominable hombre de las nieves del Pacífico».

«Son tantas las gentes que lo han visto, y tantas las huellas que se han encontrado, que estoy convencido de que hay algo en ello», declaró dicho comerciante en una entrevista realizada a fines de la semana.

CINCO TESTIGOS OCULARES

Los más recientes testimonios oculares de esos antropoides son cinco obreros que trabajan en una vasta cantera de construción, en la presa de Big Horn, en el río Saskatchewan del Norte. Según uno de tales testigos, Mr. Floyd Engen de Eck-

ville, Alberta, la criatura, de una talla superior a los 4 metros, es de color oscuro, probablemente a causa de su pelaje, y tiene los hombros caídos.

El redactor jefe del *Weekly*, de Agassiz, Columbia Británica, Mr. John Green, piensa que este antropoide es un Sasquatch que pesa cinco toneladas.

Muchas personas, incluyendo los indios, sabios, obreros y técnicos, han facilitado descripciones que corresponden a las de ese género de «yeti» que marcha dando enormes zancadas.

UN ESPECIALISTA DE LOS SASQUATCH SE DECLARA SEGURO DE ESTA OBSERVACIÓN

Extracto del Sun *de Vancouver del 2 de agosto de 1969.*

Agassiz. — El más conocido de los cazadores de Sasquatch de la Columbia Británica está convencido de que la última observación realizada en el Estado de Washington corresponde claramente a un verdadero Sasquatch.

«No cabe la menor duda de que es auténtica», dice John Green, editor y redactor del *Advance* de Agassiz. Green regresó el viernes de un viaje de un día a Grays Harbor, en el Estado de Washington, donde un sheriff adjunto declaró haber visto una bestia misteriosa. Green dijo que no dispone de tiempo para proseguir la caza, pero alienta a otros buscadores de Sasquatch a que vayan a esta región sumamente boscosa.

El sheriff adjunto, cuya identidad no ha sido revelada, manifestó a Green haber visto el animal en medio de la carretera, a las 2.35 h de la madrugada, cuando regresaba a su casa después del trabajo. Concretó que el animal no era un oso. No tenía hocico, y la piel de su rostro parecía cuero.

Tenía una talla de algo más de 2 m, y pesaría unos 130 a 150 kg, añade el testigo. Tenía dedos en las manos y los pies.

El sheriff adjunto dice también a Green que había fotografiado una huella al borde de la carretera, y que ésta medía unos 45 cm de largo. El animal caminaba erguido.

(Más tarde, el sheriff de Grays Harbor manifestó que su anónimo adjunto estaba actualmente convencido de que se trataba de un oso...)

¿UN SASQUATCH VISTO EN LOS ESTADOS UNIDOS?

Extracto del Herald *de Calgary, Alberta, Canadá, del 31 de julio de 1969.*

Hoquiam, Washington (A.P.) — Un sheriff adjunto con dedicación parcial, que se considera «sensato», dice haber visto, en los bosques próximos, una criatura de unos 2,40 m, con un rostro casi humano, correspondiente a la descripción del legendario Sasquatch.

El Sasquatch es un ser fabuloso mitad-simio, mitad-hombre, de la leyenda india de la costa del Pacífico, algo similar al abominable hombre de las nieves, más conocido, del Himalaya.

El sheriff adjunto, que se negó a dar su nombre, dice que la criatura pesaría alrededor de unos 180 kg, con pies y manos sin pelos y «un rostro de aspecto humano».

«Esto significa hallarse en una posición difícil —afirma—, por cuanto las gentes dicen que uno está loco.»

HOMBRES EXTRAÑOS ENTREVISTOS

Extracto del Chicago Tribune *del 23 de julio de 1969.*

Rangún, Birmania, 22 de julio (Reuter). — Las autoridades birmanas estudian algunos informes según los cuales dos criaturas de una talla doble a la de un hombre medio, y cubiertas de pelaje castaño oscuro, habrían sido vistas en la frontera birmana, al oeste del río Mekong.

EN BUSCA DE LOS «HOMBRES VELLUDOS»

Extracto del Sun *de Vancouver del 7 de agosto de 1969.*

Kuala Lumpur, Malasia (U.P.I.). — El hijo del sultán de Prahang se pondrá al frente de una expedición organizada para la búsqueda de las misteriosas «criaturas peludas» que se dice han sido vistas en las junglas del Estado de Prahang, a unos 250 km aproximadmente al este de Kuala Lumpur.

Cortadores de caña y leñadores que pretenden haber visto a tales criaturas dicen que éstas ofrecen el aspecto de un mestizaje entre simios y hombres.

Dicen también que estos seres poseían una talla de, aproximadamente, 1,20 m; las hembras eran de un color más claro, y tenían los pelos más largos que los machos.

El Departamento de Asuntos Aborígenes, tras haber estudiado las huellas de pasos dejadas por esas criaturas, manifestó creer que tales huellas eran las de Orang Batik (los hombres de Batik), una tribu primitiva muy feroz.

El hijo del sultán, Tengku Mahkota, dijo: «Eso es algo que me gustaría ver por mí mismo. Tengo intención de marchar a la jungla en cuanto se hayan recibido nuevas informaciones.»

EL EJÉRCITO MALASIO EN ESTADO DE ALERTA. UN «GIGANTE» ATERRORIZA LA CIUDAD DE SEGAMAT

Extracto del Diario *de* Las Palmas, *islas Canarias, del 8 de agosto de 1966.*

El Ejército territorial malasio ha recibido la orden de estar vigilante y de tirar a dar sobre un «gigante» que ha aterrorizado la ciuda de Segamat, situada a 160 km al sudeste de la capital, según un artículo aparecido en *Utusan Melayu.*

En dicho artículo, el llamado «gigante» habría dado un buen susto a algunos soldados en su campamento. Uno de ellos declaró que oyó pasos mientras estaba de guardia por la noche, y a la luz de la hoguera, vio un monstruo de seis metros de alto (!). El gigante desapareció inmediatamente después de haber sido visto por el centinela.

Los habitantes del Estado de Kampong Bangis, a 15 km de Segamat, señalaron la semana pasada que habían encontra-

do unas huellas de pasos de 45 cm de longitud, 15 cm de anchura y hundidas unos 12,5 cm en el suelo.

Un guardián de una reserva de caza manifestó que el «gigante» no constituía un peligro para nadie.

¿EXISTEN AÚN DINOSAURIOS?

por IVÁN T. SANDERSON

(Artículo publicado originalmente con el título «Podrían existir dinosaurios», en *The Saturday Evening Post*, en 1948, *copyright* «The Curtiss Publishing Company»).

Tres hombres, el francés Bernard Heuvelmans, el ruso Boris Porchnev y el norteamericano Iván T. Sanderson, han creado en nuestros días, e incluso hacen progresar, una ciencia extraña: la búsqueda de animales cuya existencia se niega a admitir la Zoología oficial.

Los lectores franceses conocen ciertamente a Bernard Heuvelmans por haberlo visto en la Televisión o leído sus libros, especialmente Sobre la pista de los animales ignorados *y* La serpiente de mar (*«Plon»*).

El artículo que publicamos aquí es histórico; en su forma original, data de 1948, y en su época produjo un escándalo. Sanderson, zoólogo reputado y profesor, no se desdice en nada en 1972.

Desde entonces, se han acumulado otros hechos, que parecen demostrar su tesis.

Existe la probabilidad de que en las tierras y los océanos haya criaturas gigantes que sean, quizá, fósiles vivientes. A menos de que sean el resultado de mutaciones relativamente recientes, y recuerdan las formas del pasado sólo en virtud de leyes de convergencia de evolución que aún no conocemos...

La Ciencia tiene tal vez mucho que aprender de esas apariciones que parecen haber salido de las novelas y películas de ciencia-ficción.

En África ocurre algo muy curioso que merece ser expuesto claramente y considerado con atención. El simple hecho de pensar en ello es una abominación para los sabios, pero se trata de un asunto que no deja nunca de excitar nuestra imaginación. Gira en torno a una pregunta, sin duda nacida de los sueños, que todos nosotros nos hemos planteado en algún momento de nuestra existencia: ¿podrían existir algunos dinosaurios aún vivientes en los lugares más remotos de la Tierra?

Realmente, no tenemos otra cosa que pruebas negativas para justificar nuestra afirmación de que los dinosaurios han desaparecido; pues bien, por asombroso que pueda parecer, hay en apariencia gentes que no tienen dificultad en creer que existen todavía. Y lo que es más, las pruebas que ofrecen de ello son positivas, pese a que no pueden negar que son puramente indirectas. Una gran parte de dichas pruebas podría, probablemente y con toda justicia, ser rechazada como demasiado imaginativa, como ejemplos de error, de entusiasmo científico llevado demasiado lejos, de necedad de los indígenas o incluso de sueños de borrachos; sin embargo, existen algunas cosas, como el tuatara de Nueva Zelanda (*Sphennodon punctatus*), una especie de lagarto de unos sesenta centímetros, y algunos millones de cocodrilos, que no pueden ser rechazados, ya que esos reptiles son tan enteramente reales como los elefantes de nuestros zoos o el ganado de nuestros campos. Por añadidura, todos los hechos son patentes; examinémoslos, pues,

comenzando por lo que, sin duda, será considerado como el límite de la extravagancia.

Un cazador sudafricano de caza mayor, muy conocido, que se regocija de su nombre de Mr. F. Gobler (en inglés, *gobbler* significa, más o menos, «tragalotodo»), anunció al periódico de El Cabo, el *Cape Argus*, al regresar de un viaje a Angola, que existía un animal de gran tamaño cuya descripción sólo podía corresponder a un dinosaurio, el cual vivía en las marismas del lago Dilolo, y era muy conocido por los indígenas bajo el nombre de *chipekwe* (1). «Su peso —manifestó— sería de unas cuatro toneladas, y ataca a los rinocerontes, hipopótamos y elefantes. Algunos cazadores han oído a un chipekwe —por la noche— devorando a un rinoceronte muerto, triturando sus huesos y arrancando enormes trozos de carne. Tiene la cabeza y la cola de un enorme lagarto. Un sabio alemán lo ha fotografiado. Marché en su busca en las ciénagas, pero los indígenas me digeron que era sumamente raro, y no conseguí dar con ese monstruo. No obstante, estoy convencido de que el chipekwe existe verdaderamente. He aquí la fotografía.»

Por supuesto, la cosa provocó una formidable explosión de comentarios en la sección de cartas al director del periódico, pero lo más asombroso es que la mayoría de especialistas, tanto científicos como cazadores, todos ellos en posesión de una amplia experiencia local, confirmaron que dicho monstruo podía existir. Sus razones resultarían más claras posteriormente.

Dudo que cualquiera de nosotros creyera semejante relato, incluso aunque fuera narrado con toda solemnidad por el más famoso de los exploradores, y, sin embargo, otro cazador de caza mayor, muy conocido, el mayor H. C. Maydon, que tiene más de diez años de experiencia en la persecución de animales en África, escribió a propósito de este testimonio y de otros del mismo tipo: «¿Es que, acaso, creo en ello? Por supuesto, ¿por

(1) Véase, de Bernard Heuvelmans. *Sur la piste des bêtes ignorées*, t. II, pág. 263, «Plon», 1955.

qué no? Cuento con un cincuenta por ciento de exageración por parte de los indígenas, pero creo que hay algo "más consistente" en esos relatos. Cierta vez me encontré con un hombre, un viejo cazador-prospector, en Livingstone, Rhodesia, que juraba haber visto un monstruo acuático en el lago Mweru (o Moero), y había examinado sus huellas. ¿Por qué nadie ha visto aún con toda seguridad esas bestias en carne y hueso, o ha capturado alguna? Porque habitan en espesuras o marismas. ¿Cuántas personas han visto un bongo (gran antílope *Tragelaphus*, de los bosques y de los pantanos) o un cerdo gigante del bosque (hiloquera de Meinertzhagen, pariente del babirusa) o un duyker de dorso amarillo (pequeño antílope, *Cephalophus*, de los bosques), y, no obstante, dichos animales no son excesivamente raros.»

Aún más, consideremos el hecho de que el mayor comerciante de animales de todas las épocas, Carl Hagenbeck, no solamente creía en tales relatos, sino que empleó realmente una suma muy considerable en una expedición que envió al África, bajo la dirección de su mejor cazador, a la busca de esta criatura. Un hombre de negocios endurecido, poseedor de muchos años de experiencia en la compra y venta de animales, no hace sencillamente semejante cosa, salvo que haya razones muy poderosas para esperar que su dinero le proporcionará beneficios concretos. Hagenbeck, además, tenía tales razones, que él expresa en sus propios términos como sigue: «He escuchado relatos de dos fuentes totalmente distintas sobre la existencia de un animal colosal y completamente desconocido que se dice habita en el interior de Rhodesia. Relatos prácticamente idénticos han llegado hasta mí, por un lado, de uno de mis propios viajantes, y por otro, de un gentleman inglés que había estado practicando la caza mayor en África central. Tales informes eran, pues, enteramente independientes entre sí. Al parecer, los indígenas habían dicho a mis dos informadores que, en las profundidades de las grandes marismas, vivía un enorme monstruo, mitad elefante, mitad dragón.

Éste no es, sin embargo, el único testimonio de la existencia de dicho animal. Hace algunas decenas de años que Menges [Joseph Menges, viajante-cazador de Carl Hagenbeck], que es, por supuesto, por supuesto digno de crédito, oyó precisamente una historia similar entre los negros; y, algo aún más notable, en las paredes de ciertas cavernas del África central, se encuentran dibujos auténticos de esta extraña criatura. Por lo que he oído decir del animal, me parece que no puede tratarse más que de una especie de dinosaurio, en apariencia semejante al brontosaurio.»

Evidentemente, es fácil burlarse de estas historias e incluso sentir lástima por el mayor Maydon y por el crédulo y desgraciado comerciante de animales. Está totalmente permitido considerar semejantes relatos con un fuerte escepticismo y, seguramente, es prudente hacerlo así, a menos de que uno quiera sentir el peso de la fraternidad entera de sabios en las propias espaldas. Sin embargo, dejar que todo el mundo se quede así sería completamente anticientífico. El fundamento mismo de la Ciencia es un robusto escepticismo que, además, debe poner en duda tanto al escéptico que niega la posibilidad de cualquier cosa como al viajero incompetente que se atreve a afirmarla.

Las fronteras de la Zoología son muy vastas; el número de animales que queda por descubrir en este pequeño planeta es mucho mayor de lo que el gran público imagina y la Ciencia está dispuesta a proclamar. Y no se trata siempre de gusanos microscópicos, ni de minúsculos y oscuros coleópteros tropicales, pues una gran especie, perfectamente distinta, de guepardo, más grande que un leopardo (1), fue descubierta en una parte bastante conocida del África oriental, hace tan sólo algunos años, en tanto que el famoso caso del okapi, un animal tan grande como un caballo, que no fue más que un rumor

(1) El guepardo (*Acinomyx*) llamado real, aparecido en 1927, en Rhodesia del Sur. En la actualidad parece que no se trata de una especie distinta, sino de una simple variedad accidental.

hasta 1900, es ahora bien conocido. Resulta asombroso el número de tipos enteramente nuevos de animales que son descubiertos cada año.

Ello nos lleva al siguiente conjunto de hechos que cualquiera libre de prejuicios debería considerar.

Una idea que, por una u otra razón, está muy extendida entre el público es que la superficie de la Tierra está actualmente del todo explorada y en su mayor parte es bien conocida e incluso cartografiada. Jamás ha habido una idea tan falsa. El porcentaje de superficie terrestre que está realmente habitado, es decir sobre el cual se vive, que está delimitado, cultivado o es atravesado con regularidad, es muy reducido. Aun añadiendo a ello el territorio que se recorre sólo para cazar o para recolectar, quedan vastas regiones completamente inutilizadas.

En cada continente hay tales regiones, zonas en las que durante años no penetra siquiera el hombre. Y no se trata sólo de los desiertos ardientes o de las tierras heladas de los polos. Cierta vez, fui a visitar una casa de Nueva Jersey detrás de la cual, en una dirección, los bosques se extienden sobre más de 35 km sin ser interrumpidos siquiera por una simple senda.

En ciertos lugares de los trópicos, hay regiones de una inmensidad totalmente increíble donde ningún hombre ha sido aún capaz de penetrar. Cadenas enteras de montañas, en Australia, no han sido nunca vistas más que desde el suelo; grandes partes de los Himalayas del norte aún no han sido visitadas, y hay regiones de Nueva Guinea que no han sido todavía holladas. Las marismas del Addar en África Central abarcan cerca de 4.700 km², y las de Bahr el Ghazal mucho más. Que un mapa esté cubierto de nombres, no significa que la región sea conocida. Los trazados topográficos aéreos por medio de técnicas fotográficas modernas no hacen más que aumentar la idea falsa del público, ya que una cierta cantidad de detalles físicos son registrados con bastante precisión, y ocupan

rápidamente su lugar en nuestros atlas. Se reparten nombres, y se rellenan los vacíos, pero, durante todo este tiempo, la región sigue absolutamente inviolada.

Por consiguiente, la idea de que un animal no puede existir, bien debido a su tamaño, o porque alguien lo habría visto en algún momento, es, en realidad, absurda por completo. Podrían fácilmente existir criaturas tan grandes como elefantes que vivieran en cierto número digamos, por ejemplo, tierras adentro de la Guayana Holandesa, lo que no está actualmente más que a unas pocas horas de vuelo, en avión comercial, desde Miami.

Semejantes animales podrían haber sido bien conocidos por varios millares de seres humanos desde hace centenares de años, pero su presencia seguiría siendo insospechada para nosotros, porque ninguno de los amerindios (que, mediante los alzados topográficos aéreos, sabemos que existen en dicha región) jamás ha salido de ella ni ha sido visto por nadie procedente del exterior.

Otro hecho que, con frecuencia, no es tenido en cuenta suficientemente, incluso entre los especialistas, es la extraordinaria selectividad que muestran numerosos animales en la elección de su habitat. Los grandes animales, especialmente, tienden a residir en una zona limitadísima que, con frecuencia, es muy particular en lo que concierne a la vegetación y demás características del medio ambiente. Aun las criaturas nómadas, a menudo se desplazan sólo de una parte a otra de un tipo particular de bosque, evitando todos los demás tipos como si se tratara de fuego. Los hipopótamos, por ejemplo, abundarán en ciertas partes de un río, en tanto que jamás serán vistos en otras.

Dicho rasgo explica a menudo la supuesta rareza de muchos animales, en tanto que, de hecho, y dejando aparte las especies que están realmente en vías de extinción, no existe probablemente ningún animal «raro». Sólo es cuestión de encontrar dónde vive y cómo vive y en ese lugar resultará

totalmente corriente. Cualquier criatura que viva en una marisma tropical rodeada por la jungla seca permanecerá siempre ahí, y, si esa marisma no puede ser penetrada por el hombre, jamás llegará a ser vista. En un terreno pantanoso de este tipo con una extensión de 4.700 km² podría ocultarse muchos de tales animales.

Las posibilidades se vuelven aún mayores si los animales en cuestión son anfibios; y es interesante señalar, a este respecto, que todos los testimonios sobre animales aún no identificados que tienen el aspecto de dinosaurios conciernen a criaturas de los pantanos que se refugian en el agua cuando son inquietadas.

La inmensidad de África es proverbial, y puede ser atestiguada por millares de aviadores de la época de guerra, pero a fin de ser verdaderamente apreciada, debe ser vista a nivel del suelo. Y es también desde el suelo únicamente como se llega a comprender la verdadera naturaleza de los bosques y pantanos tropicales. En cierta ocasión, pasé, junto con un compañero, cinco buenos minutos observando un rincón de maleza y tratando de ver a un animal aparentemente tan grande como nosotros dos juntos, al cual podíamos perfectamente oír respirar. No lo llegamos a ver, ni siquiera cuando, atemorizado, intentó huir, haciendo casi tanto ruido como un tanque pequeño. En otra ocasión, estaba en una canoa entre unos cañizales africanos, cuando, tras haber mirado al sol para orientarme, me incliné a encender un cigarrillo. Al levantar los ojos, tenía ante mí un elefante macho adulto. Mientras lo observaba, temblando, el animal se sumergió en los cañizales y, pese a que inmediatamente me puse en pie sobre la barca, de manera que pudiera ver por encima de la ciénaga, ni oí a la enorme bestia, ni simplemente vi moverse una sola caña.

Estaba a un kilómetro y medio de un poblado indígena de dos mil almas, en una región en donde, según pude averiguar, nadie recordaba haber visto jamás un elefante.

Nada hay, pues, de asombroso, en que personas que habitan en África, y especialmente aquellas que se han dedicado a la caza mayor en sus zonas más retiradas, no se burlen fácilmente de esos relatos que tanto nos hacen reír... relatos como aquel traído del Congo por un cierto Monsieur Lepage en 1920.

Dicho caballero regresaba de una expedición de caza y anunció que había encontrado un animal extraordinario de gran tamaño en un pantano. El animal había cargado contra él emitiendo una especie de gruñido, y Lapage se puso a disparar como un loco, pero viendo que esto no lo detenía, se batió precipitadamente en retirada. Cuando el monstruo abandonó la persecución, Lepage regresó y lo estuvo observando con los prismáticos durante bastante rato. Declaró que la bestia tenía ocho metros de longitud y un largo hocico puntiagudo, mostrando un cuerno pequeño encima de las ventanas de la nariz, así como una giba escamosa sobre los hombros. Sus patas delanteras parecían terminar en una sola pezuña, como las de un caballo, pero las traseras se dividían en dedos separados.

Sin embargo, lo más asombroso en estos relatos no es tanto su frecuencia como la extrema dispersión de sus puntos de origen. También aquí, nuestros modernos atlas son muy engañosos, a causa de la costumbre, nacida normalmente de la necesidad, de hacer entrar toda África en una sola página, lo cual da la impresión de que el Camerún no está realmente muy lejos del curso superior del Nilo. Esta distancia es, en realidad, de unos 2.500 km, y el territorio que queda en medio es una vasta región de bosques, pantanos y sabanas. Los indígenas de una parte no tienen absolutamente ninguna relación con los de la otra, y, no obstante, abundan las historias muy semejantes en ambos lados.

Estas historias indígenas aparecen en toda la gran zona boscosa de lluvias ecuatoriales, desde el río Gambia en el Oeste hasta el Nilo en el Este, y, al Sur, hasta Angola y Rhodesia. Los cazadores de Carl Hagenbeck las han encontrado en Liberia, y el jefe de la expedición alemana al Camerún en 1913

(el capitán barón Von Stein zu Lausnitz) elaboró un informe muy interesante que jamás fue publicado enteramente, pero que ha sido citado por varios autores. En regiones muy alejadas entre sí, recogió descripciones de un pretendido animal llamado *mokelé-mbembé,* a partir de experimentados guías indígenas que no podían en absoluto conocerse unos a otros.

Su descripción manifiesta: «El animal —dicen— tendría un color gris-pardo, con una piel lisa; su tamaño se aproximaría al de un elefante, o al menos al de un hipopótamo. Un largo cuello muy flexible, y una sola defensa pero muy larga; *algunos dicen que se trata de un cuerno.* Se ha hablado también de una larga cola, musculosa como la de un cocodrilo.

»Las canoas que se aproximan a él, se dice, están perdidas; el animal las ataca inmediatamente y mata a sus tripulaciones, pero sin comerse sus cuerpos. Dicha criatura, vive al parecer, en las grutas excavadas por el río en la orilla de los ribazos de meandros pronunciados; se dice que sube a la orilla, aún en pleno día, en busca de comida enteramente vegetal. Este detalle no se ajusta a una posible explicación de carácter mítico. Su planta preferida me fue mostrada; se trata de una especie de liana con grandes flores blancas, una savia lechosa y frutos que parecen manzanas. Al borde del río Ssombo, me mostraron un rastro que habría sido trazado por el animal para ir a buscar alimento. La pista era reciente, y pudimos ver plantas del tipo descrito por los alrededores. Pero había tantas huellas de elefantes, hipopótamos y otros grandes mamíferos que era imposible determinar un rastro particular con un mínimo de seguridad.»

Esto suscita toda la cuestión de los relatos indígenas, discusión que cobra mayor acritud que cualquier otro tema. Las opiniones parecen estar casi igualmente divididas entre aquellos que han vivido en África, pero ambas partes tienden a olvidar ciertos hechos. A consecuencia de sus creencias animistas, el africano vive en un mundo poblado por una multitud de fantasmas que, sin embargo, son tan reales para él como

los animales lo son para nosotros, y puede describirlos con una gran claridad de expresión.

No obstante, debemos, al mismo tiempo, oponer a ello su habitual notable conocimiento de la Historia Natural, así como el hecho de que el africano no sólo posee generalmente un nombre para todos los animales de su país, sino que, además, conoce sus costumbres y sus menores variantes con gran detalle.

El africano puede, sin embargo, adoptar la exasperante costumbre de exagerar, o incluso inventar, si siente deseos de agradar a un extranjero curioso. Pero es preciso también oponer a ello su repugnancia muy corriente a revelar cualquier cosa de su territorio que pueda imaginar que tiene algún valor para un extranjero, por temor de que, como ha aprendido a través de una experiencia desagradable, se vea inmediatamente obligado a pagar un nuevo impuesto. Si llegáis a gozar de la confianza de un africano de una tribu, y conseguís que se ponga a hablar de animales, distinguiéndolos de las criaturas fantasmales de su región, vale la pena escucharlo con atención; pues no debemos olvidar que algunos africanos sostenían desde siempre, que los mosquitos tenían algo que ver con la malaria, hecho que nosotros hemos demostrado sólo recientemente. Asimismo, otros hablaban del okapi mucho tiempo antes de que un hombre blanco hubiera matado realmente alguno.

A veces se agota la paciencia del africano frente a nosotros y a nuestra incredulidad ante las cosas que él conoce muy bien, y él mismo llega a ceñirse a la letra de las versiones oficiales.

El informe actualmente célebre del difunto rey Lewanika, de la tribu de los barotse es de este género. Dicho rey, que se interesaba vivamente por la fauna de su país, oía constantemente hablar de un gran reptil que vivía en las ciénagas. Había transmitido sus informes, pero casi nadie creía en ellos; de modo que dio órdenes estrictas para que, la próxima vez que

uno de sus súbditos viera al animal, se le informase inmediatamente. Al cabo de un cierto tiempo, tres hombres lo hicieron, declarando que habían encontrado este animal en las inmediaciones de un pantano, que tenía un largo cuello y una cabeza pequeña, parecida a la de una serpiente, y que se había retirado hacia el pantano arrastrándose sobre el vientre. El rey Lewanika se llegó sin tardanza al lugar en cuestión, y en su informe oficial declaró que el animal había dejado una pista en los cañizales «tan ancha como la que habría hecho un gran *trek-wagon* (carro de transporte de los bóers, similar a las «carretas cubiertas» de la conquista del Far West), si se le hubiesen quitado las ruedas».

Otros testimonios indígenas proceden de fuentes muy alejadas entre sí. Un experimentado cazador blanco llamado Stephens (un cierto «sargento» Stephens, mencionado por el gran naturalista inglés John Guille Millais) que estaba también encargado de una larga sección de la línea telegráfica que discurre a lo largo de las orillas del alto Nilo, proporcionó muchísimas informaciones sobre un gran reptil habitante de los pantanos, conocido por muchas tribus con el nombre de *lau*. Los indígenas describieron el animal a Stephens con gran detalle, y más de uno afirmó haber estado presente con ocasión de la muerte de un lau. Los informes sobre su longitud eran discordantes, pues ésta variaba entre unos 12 y 30 m, pero todos coincidían en decir que su cuerpo era grueso como el de un asno, que tenía un color amarillo oscuro y su cabeza ofrecía un aspecto maligno parecido al de una serpiente, poseyendo además unos grandes tentáculos, o «gruesos pinchos», que extendía para agarrar su presa. Ulteriormente, un administrador colonial belga del Congo afirmó que había visto varias veces un lau en una ciénaga y disparado sobre él.

No obstante, el relato indígena más convincente procede de Rhodesia del Norte. Al parecer concierne a un animal más emparentado con el chipekwe, y un inglés (un «escritor», de nombre J. E. Hughes), que pasó dieciocho años en el lago Bangweolo de este país, facilitó un relato de la ejecución de uno de esos animales, tal como le había sido descrita por el jefe de la tribu del lugar, el cual la había oído de labios de su abuelo. Aparentemente, los hombres de la tribu habían matado esa criatura con venablos para hipopótamo. El animal tenía un cuerpo liso, sin vello, de color oscuro, y su cabeza estaba adornada por un único cuerno de marfil blanco. La historia estaba profundamente arraigada en la tradición local, y el inglés en cuestión creía en la existencia del animal, pues cuenta que un administrador colonial retirado (un funcionario inglés llamado H. Croad) había oído a un gran animal chapotear en un lago por la noche y, a la mañana siguiente, había examinado unas huellas muy grandes, desconocidas, en la orilla.

La indicación referente a un único cuerno de marfil nos lleva a todo un conjunto de hechos muy interesantes que fueron reunidos a partir de una fuente totalmente distinta. Hace un cierto número de años (en 1902), la operación de limpieza del famoso pórtico de Ishtar de Babilonia, por el profesor alemán Robert Koldewey, hizo salir a la luz del día un buen número de bajorrelieves extraordinariamente realistas de un animal parecido a un dragón con características curiosamente mezcladas. Tenía el cuerpo escamoso, una larga cola y un gran cuello, patas posteriores de pájaro y patas anteriores de león, una extraña cabeza de reptil adornada con un único cuerno recto erguido como el de un rinoceronte; aparecían unos pliegues bajo su cuello, y mostraba una cresta como la de la iguana moderna y una larga lengua bífida de serpiente. Al principio, esta fabulosa criatura fue clasificada junto con los toros alados de cabeza humana y otros monstruos legendarios de la mitología babilónica, pero sucesivas investigaciones llevaron gradualmente al profesor a una conclusión muy diferente.

La criatura llevaba el nombre de *sirruch*, y se decía que los sacerdotes la tenían encerrada en una caverna oscura del templo. Aparecía profusamente representada en los muros del

pórtico de Ishtar, asociada con un gran animal parecido a un buey del que actualmente se sabe que era el aurochs desaparecido, un animal que fue enteramente real.

Cuando se los analiza, teniendo en cuenta una considerable licencia artística babilónica, los caracteres extrañamente mezclados del sirruch parecen ser mucho menos fabulosos de lo que en principio se había supuesto, y, a pesar de su sólido fondo teutónico, el profesor Koldewey se fue convenciendo más y más de que no se trataba de la imagen de una criatura mítica, sino de una tentativa de representar a un animal real del cual un espécimen o unos especímenes habían sido verdaderamente mantenidos vivos en Babilonia por los sacerdotes de épocas muy antiguas.

Después de haber vencido todas las reservas que le imponía su espíritu científico, se envalentonó hasta declarar por escrito que dicho animal era uno de aquellos dinosaurios vegetarianos de patas de ave, muchos de cuyos tipos habían sido, en esa época, reconstruidos a partir de restos fósiles. Hizo notar, además, que tales fósiles no se encontraban ni en Mesopotamia ni en sus alrededores, y que el sirruch no podía ser una tentativa babilónica de reconstruir el animal a partir de unos fósiles. Sus características, tales como las muestra el arte babilónico desde los tiempos más remotos, habían permanecido inmutables, y revelaban numerosos detalles en las escamas, el cuerno, los pliegues del cuello, la cresta y la lengua bífida que, tomados en conjunto, no podían haber sido imaginados en su totalidad sólo con ver un esqueleto fosilizado.

Tras un análisis más detenido, el sirruch parece mostrar características del chipekwe del lago Bangweolo, del animal congoleño de Monsieur Lepage, del medio-elefante, medio-dragón de Carl Hagenbeck, del mokelé-mbembé e incluso del lau. En el sirruch aparece el cuerno único sobre el hocico, la giba escamosa sobre los hombros, las patas delanteras de una pieza y los pies traseros divididos, el largo cuello y la pequeña

cabeza de serpiente e incluso los tentáculos del lau.

Sin embargo, el eslabón final de la cadena procede de lo que uno de los cazadores de Carl Hagenbeck recogió en África central, en la región donde los relatos de chipekwe están más difundidos, a saber, algunos ladrillos historiados del tipo exacto utilizado en la construcción del pórtico de Ishtar, y que, por lo que se sabe, es estrictamente propio de la época y de la región de Babilonia. El hecho es menos fantástico de lo que parece, ya que se tiene pruebas absolutas de que un comercio marítimo había sido establecido incluso por los sumerios antes del nacimiento de Babilonia, entre Mesopotamia y la costa oriental de África, que era llamada Me-luj-ja y de la que se decía que estaba habitada por *salmuti*, que significa «hombres negros». Si en esa época existía en África un dinosaurio cornudo, herbívoro, con patas de ave, uno o varios especímenes capturados podrían muy bien haber sido llevados a Mesopotamia, donde indudablemente habrían causado sensación y se habrían convertido en la propiedad exclusiva de los sacerdotes reinantes. Su presencia en calidad de animales sagrados habrían motivado que los representaran minuciosamente en monumentos importantes.

Que el sirruch babilonio y las demás criaturas cuyos rumores han llegado de África existan actualmente o hayan existido alguna vez es un hecho que no puede ser probado de una manera decisiva más que a través del descubrimiento, bien de un espécimen viviente, o de osamentas asociadas a restos humanos. Pero, si existen realmente, una pregunta acude de inmediato a la mente: ¿podrían ser dinosaurios? La respuesta, quizá bastante sorprendente, es sí.

El nombre de dinosaurio, que significa simplemente «terrible lagarto», es un término vulgar, y no científico. Valdría más reservarlo para dos grupos de reptiles que se cree han desaparecido totalmente, pero, corrientemente, se usa también para designar las mayores especies desaparecidas de todos los demás grupos, incluyendo los antepasados de las tortugas, los

cocodrilos y los lagartos. Sin embargo, ni en su acepción genérica, ni en su acepción específica, el nombre de dinosaurio implica necesariamente una estructura primitiva, una gran antigüedad geológica o incluso una gran talla, ya que hay muchos de ellos de tamaño medio, pequeño y minúsculo. Los cocodrilos, en tanto que grupo, son también antiguos e, individualmente, mucho más grandes que muchos dinosaurios, y las tortugas pertenecen a uno de los grupos más primitivos de todos los reptiles. El pequeño tuatara de forma de lagarto, que vive aún en las islas próximas a Nueva Zelanda, es, en el sentido general, un dinosaurio; es mucho más primitivo y tiene un origen más antiguo que los dos grupos que llamamos dinosaurios en el sentido más estricto.

Esto sitúa todo el asunto bajo una luz enteramente diferente. Si las tortugas, el tuatara y los cocodrilos han conseguido sobrevivir desde la Era de los reptiles, no hay realmente razón alguna para que miembros de otros grupos, algunos de ellos mucho menos primitivos, incluyendo aquellos que podemos calificar de dinosaurios, no hayan sobrevivido también. La mayoría de los reptiles desapareció a finales del llamado período cretácico, una vez que los mamíferos, más activos y ágiles, hubieron adquirido la superioridad. Pero no hay razón para que algunos no puedan haberse perpetuado hasta nuestros días en los pantanos inmensos y aislados de África, la única parte del mundo que ha permanecido tropical y comparativamente estable desde el período cretácico, y que casi no ha sido afectada por los grandes períodos glaciares y los levantamientos orogénicos de las épocas intermedias.

Se trata verdaderamente de un asunto muy curioso, que merece nuestra atención, y, en opinión mía, investigaciones más activas. ¿Puede toda esta historia no ser más que el producto de simples fantasías? Todos esos cazadores de caza mayor, esos guardas de reservas de animales, esos escribas africanos de anales oficiales, ¿pueden ser sólo buscadores de lo sensacional, o estar todos bajo la influencia de la bebida? ¿Se volvería loco el profesor Koldewey, sacrificando con indiferencia su alta reputación científica?

Podría haber dinosaurios vivos hoy en día; tratemos, pues, de mantener lo que debería ser el verdadero espíritu científico y decir sencillamente que, de momento, no hay pruebas positivas de que aún existan.

¿Un pterodáctilo viviente?

Extracto de The Illustrated London News *del 9 de febrero de 1856, pág. 166.*

«Un verdadero monstruo.» Un descubrimiento de gran importancia científica acaba de efectuarse en Culmont (Alto Marne). Unos obreros, ocupados en la excavación de un túnel que ha de permitir el enlace de las vías férreas de Saint-Dizier y Nancy, acababan de hacer saltar un enorme bloque de piedra, y se disponían a romperlo en pedazos cuando, de una cavidad que había en ese lugar, vieron de pronto surgir un ser viviente de forma monstruosa. Dicha criatura, que pertenece a una clase de animal hasta ahora considerado como desaparecido, posee una cola muy larga y una fauces provistas de dientes puntiagudos. Se sostiene sobre cuatro largas patas que están unidas por dos membranas, sin duda destinadas a mantener el animal en el aire, y están terminadas por cuatro dedos armados de largas garras afiladas. Su forma general se parece a la de un murciélago, y sólo se diferencia de éste por su tamaño, que es el de una oca grande. Sus alas membranosas, extendidas, alcanzan una envergadura de 3,20 m. Su piel, de un

color negro plomizo, es basta y oleosa; los intestinos contienen sólo un líquido incoloro como el agua clara. Al llegar a la luz, ese monstruo dio algunos signos de vida agitando sus alas, pero expiró poco después, lanzando un grito ronco. Esta extraña criatura, a la que puede dársele el nombre de fósil viviente, ha sido llevada a Gray, donde un naturalista muy versado en el estudio de la Paleontología lo ha reconocido inmediatamente como perteneciente al género *Pterodactylus anas*, del cual se han encontrado muchos restos fósiles en las capas que los geólogos designan con el nombre de Lias. La roca en la que fue descubierto este monstruo pertenece precisamente a dicha formación, cuyo depósito es tan antiguo que los geólogos lo hacen remontar a más de un millón de años. La cavidad en que el animal estaba alojado forma un molde exacto de su cuerpo, lo cual indica que fue completamente envuelto por el depósito sedimentario. (*Prensa de Gray.*)

Un monstruo en las montañas de California

Según el San Francisco Examiner *del 18 de enero de 1960.*

«¿Un monstruo marino en un lago de los Trinity Alps?»; el *Humbolt Times* del 24 de enero de 1960: «El padre Hubard pone las salamandras en primer plano»; el *Humbolt Times* del 1 de setiembre de 1960: «Los profesores tratan de aclarar una vieja leyenda de lagarto» (léase «salamandra», que no es en absoluto un reptil).

En enero de 1960, apareció una noticia interesante en algunos periódicos del norte de California. Vern Harden, un criador de animales, contó cómo, mientras pescaba en un lago aislado de los Trinity Alps con cuerda de piano y un cebo para tiburones, había capturado una enorme salamandra de 2,50 m de longitud.

Los Trinity Alps, y una buena parte de la California septentrional, forman una región muy accidentada y mal conocida. Pese a algunas carreteras construidas en épocas relativamente recientes, pueden existir allí extensiones de terreno en realidad inexploradas. Se trata de la misma región de donde llegan tantos rumores de pies-grandes («abominables hombres» de América).

Se conoce, por supuesto, el caso de las salamandras gigantes de Japón y China *(Megalobatrachus japonica* y *dividianus)* casi en la misma latitud y a la misma altitud, y en un mismo tipo general de habitat. Estas salamandras asiáticas alcanzan un máximun de 1,80 m. La mayor salamandra conocida en los Estados Unidos es el «Hellbender» (lo que puede traducirse por «animador de bacanal») del delta del Mississippi (Menopoma acuática, *Cryptebranchus alleganiensis*) que alcanza, aproximadamente, 70 cm de longitud, y otra salamandra de California (terrestre, *Dicamptodon ensatys*) llamada gigante, aunque no supera apenas los 30 cm.

El relato de Harden fue transmitido a Victor Twitty, un biólogo del Stanford Institute, que, según la cita, dijo: «espectacular, si fuera cierto». El doctor Robert C. Stebbins, un zoólogo de la Universidad de California, escuchó la historia y se mostró escéptico, aunque muy interesado. Se trata de un especialista gran conocedor de los reptiles (1) y se acuerda de una historia contada por otro biólogo del Stanford Institut, George Myers. Éste encontró a un viejo pescador del río Sacramento, que tenía una salamandra de más de un metro de longitud en su bañera. No pudo llegar a comprársela, ni a saber exactamente dónde había sido capturada, pero la des-

(1) Será inútil repetir que las salamandras son anfibios y no reptiles.

cribió como parecida a la salamandra japonesa. La cosa es bastante sugestiva, pues, después de todo, esa criatura vista por Myers es la mitad más grande que la mayor salamandra conocida en los Estados Unidos. Quizá se trataba de un pequeño espécimen de la especie gigante.

Pero, ¿qué pasó con la bestia de 2,50 m? Harden dijo que se levantó un *blizzard* (tormenta de nieve) y que tuvo que abandonar el reptil (léase anfibio). Así, pues, no proporcionó ninguna prueba. Cabría considerar que ésta es una historia sospechosa del género de aquella del «gran pez que se desenganchó». De hecho, un sacerdote, el padre Bernard Hubbard, del Santa Clara College, hizo declaraciones que trataron de desacreditar el relato de Harden. Los artículos de los periódicos no son explícitos, por supuesto, pero cabe suponer que debía existir cierto rencor personal en el origen de la puesta en duda de la historia de Harden. Pues el padre Hubbard tiene un hermano, el capitán John Hubbard, un ingeniero de minas retirado que ha reunido casi todo lo que ha podido ser recogido respecto a las salamandras gigantes de la California septentrional. En el transcurso de los últimos cincuenta años, algunos pescadores de la región dicen haber visto tales criaturas, ¡algunas de ellas de 2,75 m de longitud! Los Hubbard parecen haber aceptado esas otras historias de salamandras, en tanto que rechazan la de Harden.

Y parece que el proyecto, del cual se habló en aquel momento, de formar una expedición para ir en busca de esos animales, se quedó sólo en simple proyecto. En el otoño de 1960, el profesor Stebbins, el doctor Rogers del State College de Chico, California, y el doctor Cohen del Junior College de Modesta, California, se dirigieron a la región con un grupo de scouts, a la caza de las salamandras gigantes. Stebbins declaró que esperaba encontrar algunas de ellas, pero que no se sorprendería mucho si no encontraba ninguna. La expedición contaba con estudiar los otros reptiles (léase anfibios) de la región, cualquiera que fuere su tamaño.

Desgraciadamente, no tenemos informes sobre esta expedición de 1960, ni sobre sus resultados. Suponemos que éstos fueron negativos, ya que todos los artículos de Prensa respecto del animal se quedaron sólo a nivel local. No obstante, hay poderosas razones para creer que una especie gigante de este reptil (léase anfibio) vive en dicha región. Si los sabios no pueden encontrar esta criatura, cuya existencia no trastornaría tanto los medios científicos, no es probablemente muy sorprendente que no puedan hallar pies-grandes en la misma región, cuya existencia haría tambalear las nociones de muchos antropólogos.

Nuevamente dinosaurios de paseo

Extracto de la obra Strange creatures from Time and Space — «Extrañas criaturas fuera del Tiempo y del Espacio» — de *John Keel, «Fawcett Books», Nueva York.*

«Durante el verano de 1969, recibí dos cartas que señalaban algunos rumores según los cuales un dinosaurio se paseaba por Texas. Según uno de los relatos, el susodicho dinosaurio habría arrastrado un coche a sesenta metros de la carretera y matado a su conductor. Las tentativas hechas para averiguar la fuente de tales historias resultaron inútiles, y el dinosaurio de Texas fue clasificado en nuestro dossier como "simple rumor", y olvidado.»

Pero, según el *Sunday Express* de Londres del 26 de julio de 1970:

«Soldados y policías andan a la caza de un monstruo que se dice merodea por los bosques cerca de Forlì, en la Italia central.

El monstruo —que algunos califican de dinosaurio— fue visto por primera vez el martes pasado por Antonio Samorani, un campesino de 48 años. Éste manifestó que había sido perseguido por «una enorme cosa escamosa de, al menos, 4,50 m de alto. Caminaba sobre unas gruesas patas, y su aliento quemaba. Me escapé a todo correr, y ella me siguió durante más de doscientos metros».

Los policías se mostraron al principio escépticos, pero cambiaron de opinión cuando vieron unas grandes huellas en un calvero cerca del lugar donde Samorani afirmaba haber visto el monstruo. El jefe de Policía, el doctor Pedoni, declaró:

«Estamos convencidos de que una criatura de un tamaño enorme se oculta en los bosques. Otras tres personas la han visto. Hacemos rastrillar la región por policías armados y soldados provistos de redes. Queremos, si es posible, capturarla viva. Más de un millar de fusiles estarán al acecho del animal cuando se levante la veda el 1 de agosto. Si los cazadores locales la encuentran los primeros, nos será imposible detenerlos.»

John Keel añade también que se acuerda de un relato similar llegado de Francia hacia 1933, que no ha podido encontrar por el momento. Y cita otros casos en su obra.

Todo lo que podemos decir es que cualquiera que vaya a la caza de uno de esos monstruos hará mejor en leer previamente la novela corta de L. Sprague de Camp *Un fusil para dinosaurio*. Los lectores pueden entregarse a sus propias especulaciones para explicar cómo podrían aparecer hoy en día

dinosaurios en Kentucky o en Italia. Pero no os quedéis rezagados por los alrededores si veis alguna cosa de 4 m de alto en los matorrales; ¡observad todo lo que podáis en un par de segundos (para nuestros *dossiers*) y poned pies en polvorosa!

CUARTA PARTE

FENÓMENOS FORTEANOS

FANTASMAS Y HOMBRES

Se ha dicho de los fenómenos psíquicos que eran las cosas «mejor documentadas» de la historia humana. Desgraciadamente para el hermoso ideal de la documentación, sólo podemos considerarlo con cierta sonrisa escéptica. Pero dado que una auténtica actitud forteana combina el máximo grado de escepticismo con el esfuerzo más serio de amplia apertura a los hechos extraños, el terreno psíquico es quizás aquel que le plantea mayor número de problemas. El deseo de creer y y no creer al mismo tiempo es muy vivo. El deseo de engañar no lo es menos. No tenemos posición sobre la «credibilidad», pues cabe dudar de que haya alguna posición útil que tomar. Tener fantasmas en casa es quizás irracional —es posible que la palabra misma tenga un punto de rareza—, pero aquello que pasa por conforme con la «razón», ¿acaso no ha sido siempre otra cosa que una creencia en un conjunto particular de historias de fantasmas?

Poltergeists en Nueva Zelanda

Según The Evening Post *de Wellington, N. Z., de los días 25, 26 y 27 de marzo de 1963.*

«Mientras doce policías y más de veinte civiles registraban los alrededores, el hotel-pensión "Ohiro Lodge", de Brooklyn (un suburbio de Wellington), fue bombardeado con piedras, como si fuera con un tirador, durante siete horas y media, ayer por la noche y esta mañana temprano.» Así empezaba un artículo del *The Evening Post* de Wellington, del 25 de marzo de 1963, sin sospechar que con ello iniciaba una historia clásica e interesante de esta entidad algo inquietante: el *poltergeist* (en alemán: fantasma alborotador al cual se le atribuye toda suerte de fechorías tales como lanzamiento de piedras, desplazamiento de objetos o muebles, etc., que no se pueden explicar).

«Los propietarios del hotel, así como una quincena de huéspedes, pasaron la noche en blanco ayudando a la Policía a buscar en vano, y fueron luego pertubados muchas veces cuando finalmente trataron de irse a la cama.»

Cayeron muchas piedras sobre la casa, rompiendo casi todos los cristales. Policías y huéspedes del hotel fueron alcanzados a veces, aunque sin sufrir mucho daño. Las piedras fueron numerosas, pero todas dieron precisamente contra ese hotel, ninguna otra casa de la vecindad fue atacada. La primera noche, treinta piedras y cuatro *pennies* se estrellaban contra el hotel. (Para aquellos que no conozcan los *pennies* holandeses, digamos que se trata de una gruesa pieza de bronce, nada despreciable. Debe de pesar su buena docena de gramos.) El bombardeo comenzó con un *penny* que rompió un cristal en el extremo norte de la veranda, a las 21.30 h. Los clientes se refugiaron en la cocina situada en la parte trasera del hotel, cuando las piedras y los *pennies* empezaron a llover.

Los policías llegaron en gran número y se quedaron completamente desorientados. Era evidente que, sin ser visto, nadie podía lanzar esos proyectiles sobre la casa con aquella fuerza. Se sugirió la posibilidad de que podía estarse utilizando algún tipo de máquina. Pero no se halló nada en ninguna parte. Los propietarios del hotel-pensión, Mr. y Mrs. R. A. Beatty, declararon: «No podemos imaginar quién ha podido hacer esto, ni por qué.» Señalaron que algunos árboles «macrocarpo», de más de cien años de antigüedad, habían sido recientemente arrancados en la propiedad, pero no pensaban que aquello tuviera algo que ver con el ataque.

La noche siguiente volvió a empezar el bombardeo, lo que produjo a todos gran emoción. Comenzó a las 19.30 h y continuó hasta más allá de la 1 de la madrugada. Todo el mundo en el hotel-pensión estaba exasperado por la pérdida de una segunda noche de sueño. Los clientes hablaban de marcharse.

Los policías acudieron de nuevo. Junto con los huéspedes y un perro policía, registraron en todas partes y no hallaron... nada. Se trajo un radar de la Policía, instalándose en seguida, pero las piedras cesaron tan pronto como el aparato estuvo listo. Una vez más, nadie fue capaz de imaginar por qué alguien se entregaba a ese ataque contra el hotel y sus ocupantes.

Finalmente, alguien sugirió que podía tratarse de un *poltergeist*. Se descubrió entonces que en Wellington existía un precedente de tales manifestaciones. Cuarenta años antes, una casa situada en el monte Victoria había sufrido un ataque parecido: un prolongado bombardeo con piedras. Una mujer

con su hijo vivían en dicha casa, y, pese a las investigaciones intensivas efectuadas, no se encontró nada que explicara la agresión.

La noche siguiente (la tercera), seiscientas personas se congregaron en tropel, para asistir a los acontecimientos. Amenazas anónimas por teléfono advirtieron que alguien moriría. A las 18.30 h las manifestaciones comenzaron con la llegada del primer *penny*. La multitud aplaudía cada *penny* o guijarro que golpeaba la casa. Algunos de los guijarros, al ser examinados, demostraron ser piedras pómez. No hay piedras pómez en Wellington, pero existe piedra pómez en ciertas regiones volcánicas de Nueva Zelanda. A veces, el mar arroja algunas sobre la playa de Wellington. El pedrusco más grande llegó a las 20 h, y medía más de 7,5 cm de diámetro. El bombardeo cesó a las 21.30 h.

Pero la multitud reunida en torno a la casa hizo durar el espectáculo toda la noche, lanzando por su cuenta *pennies* y guijarros. Los policías trataron de detener a los culpables, pero la muchedumbre era tan densa que la cosa resultó imposible. La Policía esperaba, sin duda, poder cargar todo el asunto sobre las espaldas de una de tales personas, pero perdió el tiempo.

Jamás se percibió ningún ruido que anunciara la llegada de un proyectil. La Policía se demostró incapaz de explicar cómo un dispositivo mecánico habría podido acumular tanta energía y liberarla bruscamente sin hacer ruido. Las piedras aparecían de pronto y golpeaban la casa.

Alguien sugirió que se acudiera a «un metalúrgico» para determinar el lugar de dónde procedían las piedras. En tales circunstancias, habría sido más juicioso llamar al cura del lugar (eso no resulta tan evidente. *Nota del autor*), o cuando menos a un meteorólogo.

Después de la tercera noche, a las 21.30 h el fenómeno cesó completamente. La casa fue demolida a continuación, y en su lugar se construyó un inmueble de apartamentos, en

octubre de 1969. No se observó ningún acontecimiento desusado, de ninguna especie, ni durante la demolición, ni en los nuevos apartamentos.

Y he aquí también una buena sarta de fantasmas, bichitos y cosas paseándose de noche. Todo ello es auténtico. Todo ello podría multiplicarse por ciento: bastaría con volver a coger mi crónica «La actualidad misteriosa» en la revista Nostradamus. *Que no se me pidan explicaciones, porque no las tengo.*

UNA FAMILIA HUYE DE SU CASA ENCANTADA

Extracto del Sunday Morning Herald *de Sidney, Australia, del 25 de febrero de 1970.*

Una joven pareja y su hija de cuatro meses y medio han abandonado su casa en un suburbio de Newcastle (Australia), porque piensan que el edificio está encantado. Mr. Michel Cooke, 19 años, y su mujer Diana, 18 años, han pasado su última noche en la mitad de la casa que ellos alquilan como apartamento en Hereford Street, Stockton. El lunes se refugiaron en casa de un vecino, y Mr. Cooke pasó el día de hoy buscando en vano otro alojamiento.

Mr. y Mrs. Cooke están firmemente convencidos de que la casa está encantada por el fantasma de un hombre. Se niegan a entrar sin ir acompañados por la Policía o por algunos amigos. Aun para un simple observador, su miedo es real y contagioso.

Han citado los nombres de ocho amigos y vecinos que oyeron o vieron misteriosos acontecimientos en esta espaciosa casa blanca recubierta de chapas de madera superpuestas, durante las dos últimas semanas. «Ayer por la noche, al pasar, vi una horrible cara blanca que miraba desde una de las ventanas —declaró Mr. Cooke—. Los ojos eran blancos, con una mota verde en medio. Tuve tanto miedo que las lágrimas me acudieron a los ojos. Eso fue el fin. Soñaba con comprar la casa, pero ahora ya no viviría en ella jamás.»

Anoche, el alguacil W. Manning, de Stockton, registró la casa y la cerró con llave a las 22 h. Esta mañana, las camas estaban deshechas, pero las ventanas seguían aún cerradas por dentro. El alguacil y Mr. Cook han registrado hoy nuevamente la casa y los techos, pero sin hallar rastro alguno de intrusión humana. El alguacil no pudo dar ninguna explicación acerca del asunto y el incidente ha sido registrado en la comisaría de Policía de Stockton, con una prudencia oficial típica, como «una mansión pretendidamente encantada en Hereford Street, de Stockton».

La otra mitad de la casa está habitada por la propietaria, de 67 años de edad, que está en tratamiento en un hospital de Newcastle desde hace una semana. Mrs. Cook declaró que la propietaria le había pedido que se ocupara de su apartamento mientras ella estuviera ausente. «He hecho las camas cuatro veces esta semana, y todas las mañanas aparecían deshechas —dijo—. Al principio pensamos que se trataba de un ladrón, pero cuando las cosas comenzaron a ocurrir sin razón, cogimos miedo.»

Mr. y Mrs. Cook contaron cómo, a veces, algún picaporte se agitaba bruscamente aun cuando la contrapuerta enrejada de fuera estaba sólidamente cerrada con llave. «Mi pequeña tiene sólo cuatro meses, y no puede todavía sentarse sola, pero nosotros la hemos visto en mitad de la noche incorporarse como si alguien le tirara de los brazos —manifestó Mrs. Cook—. Luego el bebé gritó y cayó otra vez hacia atrás en su camita. A veces hallamos sus juguetes en lugares distintos de donde los habíamos dejado. El anterior inquilino me dijo que una noche había sido despertado por algo que no pudo ver y que le sacudía por el hombro. El inquilino que estaba ya aquí antes que él se había despertado también en una ocasión viendo a alguien que lo estaba mirando.»

Jenny Zrodlowski, 17 años, una vecina, declaró que había visto, ayer, una forma erguida detrás de una separación de cristal que existe entre los dos apartamentos, pero que cuando Mrs. Cooke y ella fueron a investigar, no habían encontrado a nadie.

UN POLTERGEIST CANADIENSE

Extracto de The Edmonton Journal *de Edmonton, Canadá, del 16 de febrero de 1970.*

St. Catharines, Ontario (C. P.). — Parece que un fantasma que levanta pesos y traslada muebles merodea estos días por el apartamento de una familia de St. Catharines. Dos médicos, dos abogados, dos sacerdotes y un grupo de policías de St. Catharines afirman haber visto a este espíritu en acción.

Aseguran que una silla, sobre la que estaba sentado un chiquillo de once años, se levantó varias veces como unos 15 ó 20 cm del suelo, mientras que un policía que trató de moverla en las mismas condiciones, no pudo hacerlo. Algunas camas se enderezaron sobre uno de sus extremos, y unas cómodas se desplazaron de una pared a otra.

Un policía de la ciudad, que lleva 23 años de servicio, declaró el sábado: «Conozco, al menos, cinco colegas míos que han sido testigos de esas manifestaciones, y que... están convencidos de que ocurre algo sobrenatural.»

La Policía, que prefiere no revelar el nombre de la familia, dice que ha mandado venir a algunos físicos y otros expertos, a fin de efectuar una investigación. Los funcionarios del agua, del gas y de la electricidad, de los servicios de incendios, así como el inspector de servicio de las construcciones de la ciudad, confiesan todos su incapacidad para aportar alguna explicación lógica.

La familia en cuestión vive en este apartamento desde hace más de diez años, pero las molestias con los muebles no han empezado hasta las dos últimas semanas.

UNA FAMILIA SE TRASLADA; EL FANTASMA, NO

Extracto del The Evening Review *del 14 de marzo de 1970.*

Una familia de St. Catharines, cuyo hijo de 11 años fue víctima de manifestaciones sobrenaturales, ha resuelto el problema mudándose de apartamento. Un policía de St. Catharines, uno de los testigos que han visto desplazarse los muebles, sin razón aparente, en el apartamento, ha dicho que Peter Walchuk y su familia se han mudado de su casa de Church Street.

A fines de enero, el muchachito se convirtió en el catalizador de curiosos desplazamientos de mobiliario. Las camas se balanceaban sobre tres patas, los cuadros se desprendían de las paredes y una silla sobre la que estaba sentado el niño se volcó. Policías, médicos y sacerdotes afirman haber sido testigos de los hechos.

Ahora que el niño ha partido, el mobiliario no plantea ya problemas. No hay el menor signo de que los movimientos inexplicables que algunos dicen que fueron causados por un *poltergeist* (un fantasma malicioso que gasta bromas sobre todo a los niños), hayan seguido al muchacho en su nueva residencia. (1)

UN «ESPÍRITU» MANTIENE UN HOGAR BAJO LA OPRESIÓN DEL TERROR

Extracto del Edmonton Journal, *de Edmonton, Canadá, del 11 de noviembre de 1969.*

Gillingham, Inglaterra (A. P.) — Una tranquila residencia situada a orillas del mar se ha convertido en la mansión del miedo, pues en ella una chiquilla de tres años es aparentemente presa de convulsiones ante la vista del crucifijo. La criatura está poseída por un espíritu maligno, dice su madre, Christine Adams. Una entidad sobrenatural se ha apoderado de la chiquilla y de la modesta casa de esta pequeña ciudad de la costa de Kent.

(1) En el momento de producirse esas manifestaciones, John Gibson, un reportero del *Spectator* de Hamilton, fue invitado por la Policía a abandonar la ciudad rápidamente, si no quería ser encarcelado. La Policía dijo que no les gustaba la manera en que la Prensa informaba acerca de este asunto. Gibson hizo notar que el Canadá goza de libertad de Prensa, y, a pesar de todo, hizo su reportaje. (A la Policía no le acaban de satisfacer los casos que no consigue aclarar.)

El terror comenzó hace un año, dice Mrs. Adams, cuando las luces empezaron a encenderse y apagarse, los muebles se desplazaban, las puertas cerradas se abrían, los ceniceros caían de las mesas y habitaciones caldeadas se volvían glaciales. «Lo más espantoso de todo, sin embargo, fue la transformación de Carol», añade. La criatura se puso a mantener conversaciones con una persona invisible, utilizando palabras que una chiquilla de su edad no podía conocer y, a veces, se respondía a sí misma con voz de persona adulta.

«En ocasiones, podíamos oír a alguien cantar —se habría dicho que una canción de cuna— al mismo tiempo que ella hablaba», dice la madre. Su marido y ella colocaron una cruz de madera en el cuarto de estar para tratar de combatir dicha presencia.

«Cuando Carol se aproximaba a la cruz, su rostro se crispaba —prosigue Mrs. Adams, de 27 años—. Tensaba los dedos como garras y mostraba los dientes. Era algo espantoso.»

Una vecina, Mrs. Marjorie English, habló del día en que vio a Carol colgarse fuera de una ventana del piso. «Me precipité para prevenir a su madre, pero ésta me dijo que aquello era imposible, que las ventanas estaban cerradas y fijadas. Cuando Mr. Adams volvió a su casa lo verificó: las ventanas no podían ser abiertas. Siempre me he reído de esa clase de cosas. Pero ahora he visto demasiado.»

El hijo de Mrs. English, Graham, de 17 años, declaró que Mrs. Graham y él oyeron, una noche, ruidos que procedían de la habitación de Carol y que subieron para ver qué ocurría. La chiquilla «estaba enteramente metida en una funda de almohada».

«La liberamos de ella y nos la llevamos a la planta baja, pero cuando, unos minutos más tarde, volvimos a subir, encontramos la camita otra vez hecha y la funda, que habíamos tirado al suelo, nuevamente cubriendo la almohada.»

«Estoy convencida de que alguna entidad sobrenatural se ha apoderado de la casa y se manifiesta por intermedio de

Carol», concluyó Mrs. Adams, la cual decidió llamar a una médium, Elisabeth Langridge, en su ayuda.

«No hemos visto nada, pero hemos sentido realmente influencias indeseables —dijo ésta—. Un espíritu se servía de esa niña.»

La isla del terror en el estrecho de Torres

Extracto del Sunday Mirror *de Sidney, Australia*

El miedo aleja a las gentes de un paraíso tropical en el estrecho de Torres. La isla encantada, Gabba, situada a un centenar de kilómetros al norte del cabo York, está cubierta de bosques y flores salvajes. Sus árboles están cargados de frutas tropicales, el agua de los ríos es clara como el cristal, y las playas son magníficas. Sus bahías y calas abundan en cangrejos, langostas, camarones y peces. La temperatura media de agosto es ideal, aproximadamente 30°, y sigue siéndolo la mayor parte del año.

Y, a pesar de ello, los habitantes de las islas del estrecho de Torres huyen de ese Jardín del Edén como de la peste. Están completamente convencidos de que permanecer en Gabba después de la puesta del sol significa una muerte segura.

Jimmy Levi, un indígena de la isla Thursday, nos ha hablado de Gabba y de la «bruja» que la tiene encantada. Se trata del mecánico de la embarcación *Melbidir*, y se dice de él que conoce el grupo de islas del estrecho de Torres mejor que nadie.

«Esa mujer es como el diablo —manifestó con el tono tranquilo, reservado, típico de los isleños—. Nuestros padres nos lo dijeron: ella mata a los que se quedan ahí por la noche. Hace caer sobre ellos piedras enormes para aplastarlos.»

Jimmy añadió que Gabba fue antaño una de las islas más pobladas del estrecho de Torres. Pero, según la leyenda, hace aproximadamente 300 años, una terrible enfermedad se esparció por la isla después de que algunos habitantes hubieron comido tortugas venenosas. Los supervivientes cogieron sus canoas y huyeron a remo hacia otra isla. Todos, salvo una vieja que, gimiendo y vociferando contra las gentes de las canoas, se arrastró hasta lo alto de las rocas.

Después de eso, todos los que fueron a Gabba oyeron extraños gemidos y gritos horribles. Cuando la noche caía, enormes piedras se abatieron sobre ellos. Sólo regresaron unos pocos para contarlo. Temblando de espanto, dijeron que habían visto la silueta terrorífica de una vieja sobre la gigantesca roca basculante de la isla, gritando y riendo.

«Todo el mundo lo cree... incluso los jóvenes —dijo Jimmy—. Bajan la voz cuando hablan de la bruja. Y es una lástima, porque Gabba es una isla maravillosa. En ella se encuentran los mejores peces de las islas. Pero la bruja del peñasco no quiere permitir que nadie la habite.»

Un vampiro en minifalda aterroriza a la Policía

Extracto del Mirror *de Londres del 9 de noviembre de 1967*

La noche pasada, unos policías intentaron dar caza a un «vampiro» en minifalda que merodeaba por una playa de vacaciones. La Policía había sido informada de que dicho vampiro aterrorizaba a las personas, por la noche, en una playa situada cerca de la ciudad brasileña de Manaus. Varias personas que fueron atacadas describieron el vampiro como «una mujer rubia con dientes largos y puntiagudos, llevando una minifalda y medias negras». Dos heriditas redondas habrían sido encontradas cerca de la vena yugular de un niño que fue mordido. Una información recibida de Manaus añadía que, de los treinta policías enviados a la busca del misterioso vampiro-hembra, diecisiete abandonaron la caza. Manaus, capital del Estado de Amazonas, en Brasil, está situado cerca del Amazonas, el famoso río que fue llamado así porque habitaba en sus orillas una tribu de mujeres guerreras y feroces, parecidas a las amazonas de la mitología griega.

¡Un vampiro cerca de la tumba de Karl Marx!

Extracto del Mirror *de Londres del 15 de mayo de 1970*

La «diabólica criatura muerto-viviente» que, según la leyenda se oculta en el cementerio donde está enterrado Karl Marx escapó ayer a un centenar de cazadores de vampiros. Dicha caza había conducido al especialista en vampiros Alan Blood (nombre particularmente adecuado, pues *blood,* en inglés, significa sangre), al cementerio de Highgate, en Londres... y provocó varias veces escalofríos en los cazadores. La multitud se había reunido un poco antes del alba después de haber contemplado, el viernes por la noche, una entrevista por la Televisión, en la cual un hombre manifestó que iba a exorcizar un espíritu maligno que él pretendía haber visto en tres ocasiones. Mr. Anthony Robinson, 27 años, de Ostel Road, Hamsptead, se había dirigido al cementerio después de oír hablar de esta caza a la luz de las antorchas. «Escuché un ruido muy agudo. Luego vi algo de color gris que atravesaba lentamente la carretera. Eso me aterrorizó.» El especialista en vampiros, Alan Blood, de 25 años de edad, profesor de Historia, vino desde Chelmsford, Essex, después de haber visto a David Farrant, de 24 años, hablar en la televisión de la B.B.C. sobre su proyecto de traspasar el corazón del vampiro con una de madera. «Todo ese asunto fue mal calculado —dijo Mr. Blood—; había demasiada gente por los alrededores, lo cual habría inquietado a cualquier muerto-viviente que hubiera en el cementerio.»

Brilla la luna llena... un hombre marcha a la caza de un vampiro

Extracto del Mirror *de Londres, sin fecha*

Provisto de una cruz de madera y una estaca, Alan Farrant, 24 años, se introdujo en un cementerio a medianoche, a fin de acosar a un vampiro. A la luz de una antorcha y de la luna llena, anduvo buscando por entre las tumbas. Luego el silencio fue roto por el ruido de un automóvil... Se trataba de un coche de la Policía. La expedición de Farrant terminó en ese momento. Y, en su lugar, tuvo que explicar a las autoridades qué estaba haciendo en el cementerio de Highgate de Londres, a esa hora de la noche. «Me dijeron que un vampiro salía de las catacumbas de este cementerio; si la Policía no hubiera llegado, habría entrado en ellas y examinado los féretros. Una vez encontrada esta criatura sobrenatural, le habría traspasado el corazón con mi estaca, y huido en seguida.» El magistrado declaró que Farrant debería acudir a un médico, y remitió el asunto a otra audiencia.

Muere un hombre en una emboscada tendida para capturar a un vampiro

Extracto del Mirror *londinense del 27 de febrero de 1969*

Los habitantes del poblado de Korogwe, en África oriental, estaban persuadidos de que un «vampiro» raptaba a algunos de los suyos por la noche. Decidieron entonces tenderle una emboscada. Y porque creían que el «vampiro» era un europeo, mataron al primer blanco que llegó en coche a la emboscada: un alemán, director de plantación, Klaus Kaufmann, de 41 años. Cuando regresaba de una cacería de patos fue derribado y ejecutado a golpes de largos cuchillos y a lanzadas. Ayer, uno de los siete hombres acusados del asesinato de Kaufmann declaró ante un tribunal de Dar-es-Salaam que los habitantes del poblado habían cogido miedo del vampiro, después de que varias personas desaparecieron misteriosamente.

Mariposas nocturnas vampiros

Extracto del Journal *de Edmonton, Canadá, del 13 de diciembre de 1968*

El doctor Hans Banziger, un entomólogo suizo que trabaja en Malasia, ha estado observando las nocivas costumbres de una mariposa nocturna que pica la piel y chupa la sangre. Ese vampiro nocturno llamado *Calyptra eustriga,* podría ser un ejemplo viviente de la evolución en curso. Algunas de tales mariposas han adquirido órganos bucales lo bastante sólidos como para perforar la piel de los mamíferos. El doctor Banziger ha visto a esa mariposa chupar la sangre de búfalos, ciervos, tapires y antílopes. Los humanos que han sufrido la picadura dicen que «tuvieron la impresión de haber sido pinchados con una aguja ardiente».

Un vampiro espanta a los habitantes de Humahuaca, en Argentina

Extracto de un periódico de México, no designado, del 7 de enero de 1969

Jujuy, Argentina, 6 de enero de 1969 (U.P.I.). — Un gigantesco vampiro que pesaría de 5 a 6 kilos, según testigos, ha estado aterrorizando a la población del desfiladero de Humahuaca, una pintoresca región de dicha provincia del nordeste de la Argentina.

El mulero Melitón Juárez, uno de los testigos, afirmó que había sido atacado por esa enorme criatura mientras cabalgaba su mula. La montura se asustó cuando el vampiro efectuó varias pasadas por encima de ella y su jinete. Juárez añadió que el vampiro tenía un «horrible» aspecto y que tuvo que utilizar varias veces el látigo para ahuyentarlo. Declaró que creía que el extraño murciélago tenía la intención de posarse sobre el mulo y chupar su sangre.

Otros habitantes del desfiladero supusieron que se trataba del mismo vampiro que, recientemente, había efectuado algunas incursiones en los ranchos de la región, donde al parecer numerosas aves de corral habían sido muertas, y su sangre chupada.

Los expertos en Zoología dicen que la aparición de vampiros de semejante tamaño se confirma por un hecho que se produjo en México, hace varios años, cuando dos vampiros monstruosos mataron a una mujer y un hombre mientras dormían.

LA CLÍNICA APEDREADA DE ARCACHON

Es la calidad del principal testigo lo que da su valor y originalidad a la singular historia que voy a relatar.

El doctor A. Cuénot pertenece a una ilustre familia de biólogos. Tiene una mente científica, al mismo tiempo que abierta. Ha escrito un libro, Les certitudes irrationnelles (*«Éditions Planète»*), *que es un modelo de rigor intelectual y, a la vez, de amplitud de miras. En su prólogo, Aimé Michel hace notar con mucha razón: «No existe aún una ciencia del hombre total. No sabemos siquiera si existe un hombre total. Entre todas las hipótesis posibles acerca de nuestro futuro, la menos absurda y más verosímil es que el futuro es ilimitado y que nosotros apenas hemos comenzado nuestra propia exploración. Los extraordinarios logros del género humano a que estamos asistiendo actualmente nos dan de nosotros mismos la imagen de un niño que acaba de descubrir un juguete nuevo.» La historia que sigue demuestra que los poderes del hombre total son para nosotros aún ampliamente desconocidos.*

El lugar: Una clínica ortopédica en Arcachon. Dicha clínica hace veinticinco años que la dirige el doctor Cuénot. Está especializada en el tratamiento de las tuberculosis óseas.

La época: Desde mayo hasta setiembre de 1963.

Los fenómenos: Un bombardeo de la clínica con guijarros, morrillos, fragmentos de ladrillos, y objetos cuyo origen no pudo ser precisado, lo cual es bastante sorprendente.

Más de trescientos de tales objetos llegaron a todas horas del día y a la caída de la tarde. Los enfermos, sentados en sus cochecitos, parecían ser objetivos particulares. El fenómeno estaba vinculado con la presencia de una joven de 17 años, que en este relato será llamada Jacqueline. Ella misma fue ampliamente lapidada.

En el terreno psicológico y social, es preciso señalar que el fenómeno fue precedido por el anuncio, el 19 de abril de 1963, de la venta de la clínica, que se debía cerrar el 30 de setiembre siguiente.

Dicho anuncio es lo que, al parecer, desencadenó las reacciones de... no se sabe quién.

Hablar del «inconsciente colectivo» de los enfermos de la clínica es como hablar del poder adormecedor del opio. Son palabras, y nada más.

Los tiros de piedra apuntaron primeramente a una joven, que llamaremos Angelina. Después de su marcha de la clínica, y la llegada, el 16 de julio, de Jacqueline, los fenómenos se acentuaron. Las indicaciones dadas por el doctor Cuénot en su libro ya citado y en algunas publicaciones, especialmente la *Revue métapsychique,* permiten efectuar un análisis. Casi siempre las piedras caían verticalmente. Las trayectorias oblicuas fueron raras.

Atravesaban el follaje de los tres plátanos del parque de la clínica. Llegaban con una velocidad muy pequeña comparada con la que hubieran debido tener al caer de dicha altura.

El máximo de proyecciones por día fue de 48. La Policía local, después de la denuncia del 28 de agosto, parece que consideró al doctor Cuénot como un loco, lo cual contrasta profundamente con la actitud abierta de la Policía alemana en el asunto de Rosenheim, mencionado más adelante. El Instituto

metapsíquico, por el contrario, envió a investigar al profesor Tocquet, cuya contribución es muy interesante.

Al parecer, no existió ningún fraude. Al ser interrogada, negó haber tenido participación alguna en esta historia. La opinión general en la clínica fue que se trataba de una pandilla de bromistas, de los que jamás se supo ni cómo llegaron a entrar en la clínica, ni cómo salieron de ella.

A partir del 1 de setiembre, los lanzamientos de piedras cesaron. Pero fueron seguidos de otros fenómenos, y especialmente de golpes dados en puertas o contra las puertas. Éstas empezaron a abrirse espontáneamente. El 4 de setiembre, se colocaron cerrojos; luego, todo se detuvo. Evidentemente, no hay ninguna explicación definitiva. El doctor Cuénot, con una gran buena fe, menciona la hipótesis racional de un maníaco armado con una catapulta, disparando a distancia. Jamás se dio con semejante maníaco, y ninguna otra casa de Arcachon recibió piedra alguna. Personalmente, yo no creo en esta hipótesis. Como tampoco en una broma preparada por enfermos: éstos se habían organizado para vigilarse a sí mismos, y una broma habría sido desenmascarada.

Hay que pensar, pues, en la hipótesis paranormal; ésta repugna, por su aspecto fantástico. Los diversos guijarros, morrillos y ladrillos no parecen proceder de los edificios de la clínica (aunque ésta era vetusta), sino de otro origen.

Supongamos que esta fuente, digamos una cantera, se encuentre a un kilómetro; llegamos entonces a la idea de fragmentos de ladrillo elevándose en el espacio, paseándose por los aires a una velocidad relativamente pequeña, y luego llegando a la clínica. Todo ello exige un trabajo considerable contra la gravitación, y es difícil imaginar que el sistema nervioso de uno o varios enfermos hubiera podido proporcionar dicha energía sin producir una catástrofe en el enfermo.

Si se trata de un fenómeno paranormal, éste utilizó una energía presente en la Naturaleza, pero de momento no tenemos idea de cuál pueda ser.

En un caso, ocurrido en el mes de agosto, uno de los enfermos, agente de Policía de París y, por tanto, en principio, testigo calificado y buen observador, vio partir uno de los guijarros. ¡Éste salía de una habitación!, de una habitación de una sección inutilizada de la clínica, en el 2.° piso. Inmediatamente, todo el mundo se precipitó allí: la habitación estaba vacía, y la puerta cerrada con llave.

Otro incidente curioso: uno de los enfermos, que estaba siendo abundantemente rociado con proyectiles, se puso a chillar un día: «Basta ya; ¿es que ese imbécil no se va a detener?» Y el fenómeno se detuvo... para volver a empezar media hora después, aunque más tímidamente. Podría creerse que el fenómeno en cuestión era capaz de tener reacciones...

Fenómenos de este tipo son demasiado frecuentes como para que todos puedan ser atribuidos a bromistas o a locos. Existe, ciertamente, el caso de Burdeos, donde se detuvo a un joven loco que, con un tirador, lanzaba piedras a todo un barrio. Hay también numerosos casos de lanzadores locos, de los que algunos fueron arrestados. Pero, casi siempre, los lanzamientos de piedras, y a veces de bloques de hielo, no tienen, de momento, explicación científica.

No cabe, por supuesto, hablar de alucinaciones, colectivas o no, puesto que los guijarros subsisten después de los fenómenos.

El doctor Cuénot, hizo un análisis psicológico de Jacqueline, análisis muy interesante, pero que no revelaba nada especialmente anormal.

La muchacha no parecía aterrorizada, e incluso hallaba bastante gracioso ser el centro de un fenómeno que ningún adulto podía explicar. No tenía que vengarse de nadie en particular, y, en el fondo, nada demostraba que tuviera relación alguna, paranormal o no, con el fenómeno. En cuanto a la clínica en sí misma, era bastante vetusta, pero no tenía ninguna leyenda paranormal o sobrenatural.

¿Entonces?

Entonces, como en el caso de Rosenheim, nos hallamos ante una fuerza desconocida para la Ciencia, y que parece ofrecer una diferencia esencial con los fenómenos científicos: una manifestación de conciencia. Dicha fuerza se vincula con un ser particular, Angelina primero, Jacqueline luego, en el caso de la clínica; esta fuerza parece ser sensible a las reacciones humanas, y no se manifiesta más cuando el sujeto humano se marcha.

Posteriormente se vincula a otro sujeto. Un animal se comportaría así: un ave, por ejemplo. Sucede, sin embargo, que no se conoce ningún caso de comportamiento de ese género por parte de aves. Se conocen algunas que roban objetos brillantes, como las urracas, pero no se sabe de aves que persigan a nadie. Por lo demás, un ave habría sido vista.

¿Hay, alguien en torno nuestro, animales invisibles, «cosas condenadas» como decía Ambrose Bierce?

La hipótesis es inquietante, pero no hay elemento alguno de prueba en este sentido. En 1969, en Carcasona, una víctima de lanzamientos de piedras acudió un día con un saco de harina y un aparato fotográfico. En el momento en que comenzaba el lanzamiento, dicho individuo vació su saco de harina en el aire. Luego, tomó una foto, que fue publicada en *France-Soir*, y que muestra una especie de forma. Eso no es muy convincente. Podemos admitir, sí, que dicha foto se produjo porque la harina se adhirió a un objeto invisible. Asimismo, podemos admitir que se trata de una superchería.

Finalmente, yo exigiría muchas más pruebas antes de creer en la realidad de un nuevo reino animal invisible.

Tampoco creo demasiado en las explicaciones espiritistas: fantasmas, ectoplasmas, etc., pues, en el laboratorio, ese género de explicaciones ha demostrado ser una falsificación. Siempre y sin excepción. Véanse, al respecto, mis notas en la obra de Robert Amadou *Les Grands Médiums* («Éditions Denoël», colección La Tour Saint-Jacques).

Sólo a título humorístico, citaré la hipótesis del profesor

Nandor Fodor: según ese psicoanalista húngaro, digno discípulo de Freud, los espíritus lanzapiedras serían fantasmas, pero no fantasmas de personas, ¡sino fantasmas de complejos...!

Dicho de otro modo, habría seres acomplejados tan retorcidos que sus complejos permanecerían después de su muerte, como un nudo en el espacio-tiempo... Volvamos a las posibilidades más serias.

El físico americano George O. Smith, inventor del cohete de aproximación y autor de ciencia-ficción, ha emitido la hipótesis de que los espíritus inquietos son producidos por fuerzas naturales que, usualmente, se neutralizan por completo en el espacio.

Las corrientes eléctricas del cerebro, según Smith, romperían dicho equilibrio y producirían movimientos turbulentos, que algún día aprenderemos a dirigir, pero que, por el momento, son controlados únicamente por impulsos inconscientes.

Esto parece ser lo suficientemente plausible como para justificar una investigación ulterior. Hay que esperar que esta investigación nos aporte la clave del enigma de los espíritus que golpean y lanzan piedras, y ¿quién sabe? quizá de la antigravitación.

EL FANTASMA ELÉCTRICO DE ROSENHEIM

Los fenómenos extraordinarios que se produjeron en noviembre de 1967 en la población alemana de Rosenheim, Baviera, no fueron examinados solamente por psicólogos o parapsicólogos. Al mismo tiempo que el profesor Hans Bender, director del Institut für Grenzgebiete der Psychologie *(Friburgo) (Instituto para las fronteras de la Psicología, de Friburgo de Brisgovia), dos físicos, F. Karger y G. Zicha, los estudiaron de una manera detenida.*

Desde los romanos, al menos, se reconocen los fenómenos parapsicológicos psicocinéticos porque producen una absorción de energía: la temperatura desciende. Pero el fenómeno de Rosenheim absorbió también energía eléctrica. Se trata de algo enteramente nuevo, y merece un estudio serio.

En noviembre de 1967, en el despacho de un notario de Rosenheim, unos tubos luminosos de 2,50 m situados en el techo se destornillaron súbitamente sin acción alguna exterior. Los disyuntores saltaban sin razón. Los líquidos de las máquinas fotocopiadoras salían de las cubas y lo rociaban todo. Los cuatro teléfonos sonaban al mismo tiempo, sin que hubiera nadie al otro extremo del hilo. Las facturas de teléfono eran enor-

mes: la información horaria telefónica había sido utilizada millares de veces. La compañía de electricidad y la sociedad «Siemens», así como la televisión alemana, que presentó el caso en dos de sus emisiones, efectuaron un primer estudio del fenómeno.

Luego fue convocado el profesor Bender. Comprobó que el fenómeno se producía siempre en presencia de una empleada de 19 años, que él designó abreviadamente como Anne Marie Sch.

La Policía criminal inició una investigación al recibir la denuncia del director de la oficina, Herr Adam. De todo ello resultó la imposibilidad de detectar fraude alguno. Se advirtió, por ejemplo, la rotación de trescientos veinte grados de un cuadro colgado de la pared. Dicha rotación parece que fue debida a fuerzas paranormales.

Los tubos luminiscentes fueron remplazados por lámparas incandescentes, las cuales estallaron.

En presencia de expertos, algunos cajones se abrieron solos, y un archivador que pesaba 175 kg se apartó unos 30 cm de la pared.

Fräulein Sch. cayó entonces enferma, y regresó a su casa, donde se produjeron los mismos fenómenos. Cambió entonces de empleo: los fenómenos se repitieron en su nuevo lugar de trabajo. Instrumentos de medición demostraron que el fenómeno absorbía energía eléctrica. Otra vez se produjeron llamadas a la información horaria por teléfono, a razón de cinco por minuto, ¡sin que nadie marcase ningún número! Los impulsos aparecían directamente en la línea.

Algunas mediciones efectuadas en Fräulein Sch. demostraron que los fenómenos estaban relacionados con estados de hipertensión. Por lo que fue posible juzgar, ella no tenía ninguna intención mala u hostil, y toda su actitud parecía demostrar que, más bien, deseaba ayudar a su patrón, Herr Adam, a quien tales fenómenos inquietaban mucho. Aunque disfrutando de la baja médica, Fräulein Sch. acudió al despacho cada

vez que se le pidió, lo cual permitió establecer una correlación seria entre los fenómenos y su presencia.

Asimismo, se prestó a tests de parapsicología. Durante sus momentos de tensión, manifestaba facultades de clarividencia a un nivel elevado. Las últimas noticias sobre esta joven son muy tristes. El fenómeno en cuestión, habiéndola seguido aparentemente por la calle, penetró con ella en una bolera, cuyo responsable era el novio de Fräulein Sch. Todo el dispositivo eléctrico de registro de la bolera se descompuso, y el novio, aterrorizado, rompió las relaciones. Posteriormente, la muchacha cayó enferma. Este drama demuestra, en todo caso, que Fräulein Sch. no tenía ningún interés en organizar esas manifestaciones, aun cuando tuviese el poder de hacerlo.

Las manifestaciones en cuestión, y especialmente las llamadas al teléfono automático, exigen un poder mental sumamente elevado, así como el ejercicio de sentidos que el hombre no posee o que son desconocidos para él. En efecto, se trata de emitir a distancia señales eléctricas y enviarlas a una línea con una precisión del orden del milisegundo. Ningún ser humano posee normalmente tales poderes, y eso es lo que hay de inquietante en este fenómeno.

El estudio de los físicos F. Karger y G. Zicha demuestra que, al parecer, el fenómeno de Rosenheim era capaz de hacer mover la aguja de un instrumento de medición sin que ningún fenómeno natural lo explicara. Las siguientes causas naturales han sido examinadas, y descartadas:

1. Variaciones de voltaje de las líneas (pese a la deflexión del aparato registrador, el voltaje permaneció constante).
2. Voltaje A. F. desmodulado componente con característica no lineal (ninguna señal a la sonda de tensión, investigación efectuada con un generador de señales de 100 W).
3. Carga electrostática.
4. Campo magnético estático externo (ninguna señal a la sonda de campo magnético).
5. Mal contacto en el sistema de amplificación electróni-

co, mecanismo estropeado en el aparato registrador. Los mismos fenómenos se produjeron con un segundo aparato, esta vez nuevo: hipótesis, por tanto, rechazable.

6. Efectos ultrasónicos o infrasónicos, fuertes vibraciones.

7. La hipótesis de un fraude por intervención humana manual en el registro fue totalmente descartada.

Asimismo se detectó, colocando un micrófono, una señal de una amplitud de 10 voltios, que parecía ser el resultado de una presión mecánica paranormal sobre el cristal del micrófono. No se oyó ningún sonido. El micrófono estaba bajo vigilancia, y nadie se aproximó a él.

Cuando se registraron los impulsos anormales de la corriente, se comprobaron algunos desplazamientos del lápiz registrador correspondientes a corrientes de 50 amperios. No se detectó ninguna corriente.

Los aparatos de registro empleados eran todos de un tipo estándar, y estaban perfectamente ajustados. La rotación efectuada por un cuadro fue registrada en cassette mediante un dispositivo «Ampex Video Recorder», del tipo utilizado corrientemente en televisión. Realmente, fue la primera vez que un dispositivo de ese género registró fantasmas...

Se conoce un caso, en Gran Bretaña, en el que una cámara de televisión con la cual se intentaba captar un fantasma en una casa encantada, fue empujada por manos invisibles y cayó por un hueco de escalera estando a punto de alcanzar a un operador. Pero hasta este día, jamás había visto aparatos electrónicos estándar registrar fenómenos de origen paranormal. Por dicha razón, el caso de Rosenheim quedará como histórico. Hay que añadir, en el terreno de la electrónica, que los fenómenos continuaron cuando se alimentó el local con acumuladores sin conectarlos con la red. Eso elimina totalmente la posibilidad de que el origen fueran ciertas irregularidades de la red; por otra parte, éstas habrían sido detectadas por el servicio de mantenimiento, que tuvo, durante toda la duración

de los acontecimientos, un registrador «Siemens Unireg» en la línea de entrada de la corriente. La única cosa interesante a subrayar en el informe del servicio de mantenimiento es el testimonio del empleado, que vio pasar por el corredor a Fräulein Sch. y verificó que las lámparas oscilaban detrás de ella.

El examen médico de Fräulein Sch. mostró espasmos musculares inquietantes, de un tipo histérico, que cesaron cuando abandonó el despacho del notario.

Los padres de Fräulein Sch. se opusieron a un interrogatorio y a un tratamiento hipnótico. Quizá tuvieron razón, ya que el hipnotismo es un fenómeno aún muy mal conocido.

Para resumir, los relatos de los testigos, los informes de la Policía, los del servicio de mantenimiento de la producción de electricidad en Rosenheim, y los informes de parapsicólogos y físicos concuerdan: en Rosenheim se produjeron fenómenos de una naturaleza desconocida.

Tales fenómenos son del tipo *poltergeist* (o «espíritus inquietos»). Se tienen noticias de ellos en todas las épocas y en todas partes. A menudo acompañan la presencia de adolescentes o de muchachas jóvenes, pero no siempre ocurre tal cosa.

El escritor inglés Arthur Machen, que llevó a cabo varias investigaciones sobre este tema para algunos periódicos, tuvo noticia de numerosos testimonios controlados de casos en los que ningún adolescente estaba presente. Entre dichos testimonios, aparece el caso de una verdadera persecución que tuvo lugar en una pensión familiar de Londres, donde había sólo huéspedes adultos bastante mayores, y existe también el testimonio de un obispo anglicano, que vio en África una choza literalmente destrozada y reducida a pequeñísimos fragmentos en presencia de centenares de testigos. Esa choza, que había sido evacuada, estaba habitada por una anciana pareja; ningún adolescente aparecía en ella.

No hay, por tanto, ninguna hipótesis, ni siquiera ninguna correlación, suficientemente precisa para relacionar los fenómenos con fuerzas naturales conocidas.

En Rosenheim, se advirtió por primera vez una correlación con la electricidad. Es posible que se pudiera haber comprobado la misma correlación si se hubiera dispuesto, en el pasado, de instrumentos para detectar y registrar los fenómenos eléctricos.

Plinio *el Viejo* describe un caso muy análogo al de Rosenheim, pero, evidentemente, no disponía de ideas o de instrumentos que le permitieran descubrir si se producían fenómenos eléctricos.

Hay que insistir sobre el valor de los doctores Karger y Zicha, que estudiaron el fenómeno desde el punto de vista científico. Dichos doctores trabajan en el Instituto de Plasmafísica Max Planck de Munich-Garching, una institución científica de las más serias. El hecho de que hubieran sido autorizados a participar en la investigación y a hacer de ella un informe oficial, el cual yo poseo, es la prueba de una apertura de espíritu muy rara entre los sabios oficiales.

Por lo demás, tanto la Ciencia oficial como la Policía, el servicio de distribución de la electricidad y la televisión alemana dieron pruebas en este asunto de una comprensión y una amplitud de miras absolutamente notables.

La misma Policía aceptó una denuncia contra «X», pero, hasta el momento, no ha logrado detener al «espíritu».

Conviene señalar que el lugar donde se produjo el fenómeno no era un castillo maldito y discutible, sino un despacho de un hombre de leyes alemán, y apenas podemos imaginar algo menos frívolo. Lo que no impide que sea muy difícil sacar una conclusión.

Pequeños efectos psicocinéticos, en los que la voluntad humana actuaría sobre la materia, parecen haber sido realmente comprobados por investigadores, pese a que otros investigadores los desmienten.

Pero jamás había sido observado semejante efecto con un desplazamiento de 30 cm de un objeto de 175 kg de peso, ni en el laboratorio, ni en otra parte.

Si existe alguna fuerza de naturaleza desconocida que emana del espíritu humano y actúa sobre la materia, ésta puede actuar sobre los electrones que son materiales, y producir así una corriente eléctrica. O también actuar sobre los muelles de un disco telefónico automático, o sobre la aguja de un instrumento de medición.

La fuerza de Rosenheim producía fenómenos que, según el profesor Bender, «debían ser dirigidos por una inteligencia poseedora de un conocimiento técnico exacto, capaz de estimar intervalos de una duración de milisegundos».

Lo que hay de nuevo y pavoroso en el fenómeno de Rosenheim es el *adelanto* que representa con relación a fenómenos análogos.

Al lado de nuestra vida, ¿hay otra vida de naturaleza eléctrica a punto de nacer y evolucionar?

¿Se apoderará un día de nuestras máquinas, como en la terrorífica novela de Theodore Sturgeon *Killdozer*?

PERSONAS QUE ARDEN ESPONTÁNEAMENTE

por RONALD J. WILLIS

La combustión espontánea, sin razón aparente, de seres humanos o de objetos concierne a un problema singular, el del «fuego secreto». Según los alquimistas, habría otro tipo de fuego, además del que conocemos. Ese fuego secreto sería sumamente peligroso. En términos de Física moderna, cabría interpretar ese fenómeno como intermedio entre la energía química y la nuclear. El artículo de Ronald J. Willis es una excelente contribución a los estudios de ese tipo.

La propietaria llevó un telegrama a la puerta del apartamento de Mrs. Reeser, en Saint Petersburg, Florida. Golpeó tres veces, y aguardó. Al no haber respuesta, llamó de nuevo. Tampoco esta vez dieron señales de vida. Trató entonces de abrir la puerta. El pomo estaba caliente, lo cual le hizo recordar el ligero olor de chamusquina que había notado anteriormente. Pero el olor había desaparecido, y ella no había avisado a los bomberos. Tras haber llamado varias veces, se decidió finalmente acudir a la Policía, que llegó y derribó la puerta. Les aguardaba una visión increíble.

En medio del apartamento, un gran sillón había ardido hasta sus muelles metálicos. Había un poco de hollín en el techo, y la alfombra estaba quemada alrededor del sillón; exceptuando eso, el fuego no había tenido ninguna importancia. Pero, ¿dónde estaba Mrs. Reeser? Al avanzar hacia el sillón, la Policía descubrió lo que quedaba de ella. Su cabeza estaba allí, completamente carbonizada y reducida a las dimensiones de una pelota de tenis. Asimismo se encontró un fragmento de su columna vertebral y un trocito de pie. Eso era todo, salvo algunas cenizas alrededor del sillón.

El *coroner* (1) se quedó estupefacto. ¿Cómo un fuego tan poco importante, que había quemado sólo el acolchado de un sillón, y apenas había sido notado en la casa, había podido consumir de manera tan completa un cuerpo humano? Se acudió al doctor Wilton Krogman, especialista muy conocido en la muerte por fuego, de la Escuela de Medicina del Estado de Pensilvania, que estaba de vacaciones en las cercanías. «Es la cosa más asombrosa que jamás he visto —dijo—. No puedo imaginar una cremación tan completa sin causar mayores daños en el apartamento. Tampoco he visto jamás un cráneo humano reducido así por un calor intenso. Siempre ocurre lo contrario: los cráneos, o bien se agrandan de manera anormal, o virtualmente hacen explosión en cien pedazos.»

La Policía consideró la posibilidad de suicidio, accidente o crimen, pero sin hallar motivo alguno para la muerte. Sobre todo, no existía medio alguno por el que Mrs. Reeser hubiese podido morir de *esa* manera. Hace falta un calor de cerca de 2.500 grados, y aproximadamente unas tres horas de tiempo, para que un cuerpo humano se consuma hasta ese punto: pregunten ustedes a cualquier crematorio.

¿Caso único, extraño, inexplicado de muerte de una anciana? No, simplemente, un caso entre otros de una larga lista de

(1) Recordemos que en los Estados Unidos, como en Inglaterra, el *coroner* —muy conocido en las novelas policíacas— es un funcionario civil encargado de efectuar la investigación, asistido por un jurado, en caso de muerte violenta o súbita.

muertes a menudo clasificadas bajo la designación, caída en desuso, de «combustión espontánea». Desde hace siglos, los médicos han señalado casos en los que el cuerpo humano se ha inflamado bruscamente o ha sido hallado fantásticamente carbonizado, sin que pueda explicarse cómo ha podido ocurrir eso. Frecuentemente, los alrededores permanecen completamente intactos, lo cual demuestra que el enorme calor se ha limitado, de una manera u otra, prácticamente al propio cuerpo. Esta limitación del calor al entorno inmediato es uno de los aspectos más misteriosos de ese fenómeno.

Tomemos el caso de los Rooney. Éstos vivían en una granja cerca de Séneca, en Illinois. La nochebuena de 1885, Patrick Rooney, su mujer y su criado John Larson, bebieron whisky en la cocina. Larson fue inmediatamente a acostarse, y se despertó la mañana de Navidad con migraña. Abajo, en la cocina, lo encontró todo cubierto de una película oleosa, y, en el suelo, a Patrick Rooney, muerto. Larson cogió entonces su caballo y, al galope, marchó a prevenir al hijo de Rooney, John, que habitaba cerca de allí. Al regresar a la granja, los dos hombres advirtieron un hoyo carbonizado cerca de la mesa de la cocina. Observando en la excavación, hallaron sobre la tierra, bajo las planchas que cubrían el suelo, un cráneo calcinado, algunos huesos quemados y un pequeño montón de cenizas. El *coroner* dictaminó que Patrick había muerto a causa de asfixia provocada por el humo del cuerpo de su mujer que ardía. El jurado no pronunció ningún veredicto. Mrs. Rooney había desaparecido en medio de un fuego de un calor fantástico que no se había extendido más allá de los alrededores inmediatos. Aquello superaba la comprensión de aquel jurado de granjeros del Middle West del siglo XIX.

El doctor Dixon Mann, en una obra de Medicina legal, presenta un cierto número de casos de combustión. Uno de ellos concierne a una mujer de la cual no se halló más que huesos quemados en el suelo de su habitación. Mann, como otros muchos autores que han discutido acerca de esas «combustiones

espontáneas», pensaba que todas las víctimas eran grandes bebedores y que, al embeber tanto alcohol, su organismo podía, de un modo u otro, hacerles arder espontáneamente. Algunas de sus víctimas eran realmente alcohólicos, pero otras no probaban ni una gota de alcohol. La teoría «alcohólica» no era, evidentemente, satisfactoria.

Eric Frank Russel, el escritor inglés, en su obra *Great World Mysteries* («Mayflower-Dell», Nueva York, 1967) estudió diecinueve casos de combustión espontánea de seres humanos, casos que encontró en periódicos del año 1958, y, sin la menor duda, éstos fueron sólo una pequeña parte de los que se produjeron. El más espectacular tuvo lugar en Chelmsford, Inglaterra. En mitad de un baile, una mujer se puso a arder con unas brillantes llamas azules, y, en pocos minutos, no quedó de ella más que un montoncito de cenizas carbonizadas. El *coroner* declaró: «Jamás me he encontrado, en toda mi carrera, con un caso más misterioso que éste.»

De forma bastante curiosa, Russell ha descubierto una siniestra «regla de tres» para algunos de tales acontecimientos. El 27 de diciembre de 1958, una mujer se consumió en Downham, Kent, otra en Brixton, y un hombre en Balina, Irlanda. Ninguna de esas personas se encontraba cerca de un fuego, ni fumaba.

Los tres muertos del 7 de abril fueron aún más inquietantes. A bordo del carguero *Ulrich*, frente a las costas de Irlanda, el segundo advirtió que el barco daba bandazos, y se dio cuenta de que el timonel había desaparecido. Tan sólo quedaba un montón de cenizas ante la rueda del gobernalle. No había rastro de fuego; la rueda, la brújula, el suelo, incluso los zapatos del muerto estaban indemnes. Otros marineros que estaban de servicio en el puente no lejos de allí no habían percibido un grito ni un ruido. Se pensó en un rayo, pero el cielo estaba claro, y nadie había escuchado el retumbar de un trueno.

El mismo día 7 de abril, cerca de Upton-by-Chester, en Inglaterra, un camión fue a detenerse en una cuneta. La Policía comprobó que el conductor, George Turner, había sido completamente incinerado. ¡Y, sin embargo, los almohadones de su asiento no habían sufrido el menor daño! El depósito de gasolina estaba intacto. No se había producido fuego alguno en la cabina, salvo en el cuerpo del conductor.

En tercer lugar, y siempre dentro del 7 de abril de 1958, cerca de Nimega, en Holanda, William Ten Brinick fue hallado muerto «quemado más allá de toda posibilidad de identificación» en su «Volkswagen». No obstante, los daños causados en el vehículo eran ligeros, y el depósito de gasolina no se había incendiado. Una vez más, no existía ninguna explicación para la incineración de Ten Bruick.

¿Por qué esas tres muertes de Greeley, Turner y Ten Bruick eran tan inquietantes? Se habían producido en un vasto espacio, a centenares de kilómetros unas de otras, pero... *¡exactamente en el mismo momento!* Lo cual sugiere una cierta relación entre esas tres curiosas muertes, pese a que estuvieran separadas por tales distancias.

¿Por qué los sabios evitan tanto verse mezclados en estos casos de combustión espontánea? En parte, porque la gente no se da cuenta claramente de su frecuencia, ya que muchos de los casos pueden no ser mencionados en los periódicos, y las revistas eruditas no hablan de ellos más que raramente. Para el investigador científico o médico, tales casos deben de tener algún tufillo de superstición medieval; entonces, se niegan a estudiarlos.

El caso de Peter Vesey viene en apoyo de una posible relación con fenómenos ocultos. Vesey había escrito durante mucho tiempo narraciones de «ficción astrológica» y andaba más o menos metido en ocultismo. Acostumbraba trabajar solo en su despacho, en una casa de alquiler aislada. Como en esa época estaba dedicado a un trabajo muy especial, les pidió a su mujer y a su hijo que fueran a dar una vuelta de una hora, para permitrle concentrase en su trabajo. Al regresar, halla-

ron sobre el suelo del salón los restos resecos y carbonizados de Peter Vesey. Nada más se había quemado. Había un pequeño fuego encendido en la chimenea, al otro extremo de la habitación. Pero éste no podía haber tenido relación alguna con la muerte de Vesey.

La lista de casos se amplía de año en año. He aquí uno, ocurrido en Francia, bastante reciente, según un recorte de periódico que Jacques Bergier ha encontrado, sin poder desgraciadamente precisar la fecha, aunque debemos situarla en los diez últimos años. Léon Eveille, de 40 años de edad, fue hallado completamente reducido a cenizas en su «Simca», en un bosque de pinos cerca de Areis-sur-Aube (Aube). Lo más extraño, en este caso, es que los cristales del coche se habían *fundido* totalmente. Ahora bien, un automóvil que arde no genera un calor superior a los 700 grados centígrados, y el vidrio no se funde hasta los 1.000 grados centígrados aproximadamente. Nadie ha hallado explicación a ese fuego que pudo fundir el vidrio...

Bastante curiosamente tal vez, Bergier establece un parelelo con el hecho que, en 1954, un cierto Monsieur Réveille —sabemos que la Prensa deforma frecuentemente los nombres: Réveille-Eveille realmente se parecen mucho— manifestó haber visto, a una veintena de kilómetros del lugar donde se sitúa el caso anterior, un objeto luminoso que emitía un calor intenso. Y, pese a que llovió copiosamente, el lugar donde se había posado ese objeto antes de levantar el vuelo permaneció seco durante más de media hora después, a consecuencia del calentamiento del suelo...

Se menciona también el extraño caso de un profesor, cuyo nombre se desconoce, de la Universidad de Nashville, Tennessee. Poco antes de 1835, el regresar de un paseo, marchó nuevamente a su despacho. Mientras se dedicaba a anotar las indicaciones de sus instrumentos meteorológicos, sintió subitamente como una quemadura en la pierna izquierda. Se frotó para hacer desaparecer el dolor, pero éste aumentó. Y, sobre

la pernera del pantalón, vio como una llama de uno o dos centímetros de longitud. Golpeó con sus manos, para cortar el oxígeno, y la llama se extinguió al punto. Se arremangó el pantalón, para descubrir que le faltaba un trozo de piel de unos 7,50 cm de largo. Sus calzoncillos (largos) tenían un agujero quemado en el mismo lugar, pero el pantalón apenas mostraba señales de quemadura. La herida de la pierna tardó mucho en curar. Este caso fue calificado, en esa época, como de «combustión espontánea parcial».

También el siglo XIX, en Londres, la madre de un cierto John Wright comenzó a arder de pronto, cuando estaba sentada, junto con su criada, ante la chimenea donde ardía un pequeño fuego. La criada pudo apagar las llamas de los vestidos, pero, un poco más tarde, la cosa volvió a empezar. De nuevo, las llamas pudieron ser apagadas. Mas, a la mañana siguiente, se encontró a la anciana señora transformada en una antorcha viviente, en su cocina. Otra vez se consiguió apagar las llamas, y la metieron en cama; pero una vez más, empezó a arder. Wright incriminó a la muchacha por aquellos accidentes, pero su madre le hizo callar enérgicamente. Manifestó que era «algo sobrenatural» lo que la atacaba.

Pese a que apenas se habla de ellos, esos casos de «combustión espontánea» son muy numerosos. Charles Fort cita algunos en su obra *Wild Talents* («Holt», Nueva York, ed., 1941). Vincent Gaddis, también, en *Mysterious Fires and Lights* («Mc Kay», Nueva York, ed., 1967), así como Eric Frank Russel, citado más arriba.

Podríamos así continuar la lista indefinidamente, pero, en resumidas cuentas, ¿cuál puede ser la explicación de esos hechos terribles? Con frecuencia, las autoridades tratan de atribuirlos a las llamas de un hogar o a la imprudencia de un fumador que prende fuego a sus vestidos o su cama. Pero, en casi todos los casos, ésas no son más que «explicaciones» de circunstancias, simplemente emitidas para sacar del apuro a las autoridades que no tienen ninguna idea de las causas del fe-

nómeno. A menudo las víctimas no son fumadores, y se encuentran muy lejos de todo tipo de fogón; además, en nuestros días, un fogón descubierto se ha convertido en algo muy raro Los autores del siglo XIX pretendían, como hemos dicho, que muchas de las víctimas eran borrachos, suponiendo que un ser humano, embebido de alcohol, ardería más fácilmente. Sin embargo, todos los experimentos intentados para embeber de grandes cantidades de alcohol a tejidos de animales han demostrado que era virtualmente imposible hacerlos arder, ni, sobre todo, alcanzar el fantástico calor de 2.500 grados, necesario para incinerar la carne y los huesos. Sin embargo, podría existir alguna situación bioquímica excepcional que se produjera en el cuerpo humano y condujera a este abrasamiento. El caso del profesor de Nashville parece indicar dicha posibilidad, pero no tenemos ninguna idea de cuáles serían tales condiciones.

¿Algunos de los casos indicados podrían ser suicidios «psíquicos»? Muchos, en efecto, conciernen a personas de edad, especialmente mujeres, que podrían haberse sentido abandonadas, olvidadas en la vida. ¿Es posible que, al igual que los lung gompa, esos ascetas budistas que se afirma son capaces de sentarse en la nieve y fundirla hasta una distancia de 2,50 metros en torno suyo, tales personas hubieran podido poner en acción en su cuerpo una energía capaz de emitir un calor intenso, hasta el punto de destruirse totalmente?

Esos casos de combustión espontánea, aparte la comparación hecha por Bergier, parecen no haber tenido jamás relación con objetos volantes no identificados —dicho de otra manera, «platillos volantes»—, o, cuando menos, tal cosa no ha sido señalada por nadie que se haya interesado en ellos. Charles Fort cita en *Wild Talents* algunos casos que estaban relacionados con manifestaciones de *poltergeists* (1). Los casos

(1) Igual que el comandante Émile Tizané, en su curiosa obra: *L'Hôte inconnu dans le crime sans cause* (1952), citado por Danielle Hemmert y Alex Roudène en *L'Univers des fantômes* («Albin Michel», París, 1972).

en los que el cuerpo queda carbonizado sin que los vestidos se quemen son particularmente difíciles de explicar.

Raros son los casos que conozco, o que señalan los autores citados más arriba, que parecen tener una relación particular con las condiciones meteorológicas en el momento de la combustión espontánea. Sólo en el caso Greeley, dichas condiciones fueron señaladas; si hubiera habido una tempestad, el rayo habría podido entonces ser invocado como explicación. Quizá no haya en ellos relación alguna con un fenómeno meteorológico, pero sólo la acumulación de nuestras informaciones y, por tanto nuestro mejor conocimiento de los hechos, será lo único que podrá indicarlo.

No obstante, quizá la explicación de esos casos de «combustión espontánea» es más extraordinario que todo lo que podemos imaginar. Al estudiar los casos mencionados por Russel, Michael Mac Dougall dijo, a propósito de las tres víctimas del 7 de abril de 1958: «La cosa sucedió como si una criatura galáctica de un tamaño inimaginable hubiera sondeado la Tierra con una especie de tridente, tres puntas de fuego que sólo quemaban carne.»

¿Es posible que existan increíbles criaturas de las llamas (1), dotadas de sentidos, que se precipiten sobre ciertas personas y las incineren misteriosamente? Acordémonos de Mrs. Wright, la cual manifestaba que «la atacaba algo sobrenatural». El motivo que podría empujar a tales criaturas está más allá de nuestra imaginación, pero muchas cosas en el Universo quedan fuera de nuestra comprensión.

¡No es muy agradable pensar en ello, al meterse en cama por la noche...!

(1) El escritor y filósofo inglés W. Olaf Stapledon los ha imaginado en una de sus obras más notables, una novela. *The Flames* (*Las llamas*, 1930).

LA CASA PARROQUIAL ENCANTADA DE BORLEY

De todos los casos expuestos en el presente libro, el de la parroquia encantada de Borley es el único que tiene una explicación lógica. Por una buena razón, aunque dicha razón es muy inesperada, el desenlace se parece tanto a los de las mejores novelas policíacas que la historia de la parroquia de Borley habría podido ser escrita por Agatha Christie.

Todos los hechos que mencionamos, incluyendo el increíble final, son perfectamente auténticos.

Comencemos por la leyenda.

En el siglo XIII, en la campiña inglesa, se levantaban un monasterio y un convento de monjas. Uno de los monjes se escapó con una religiosa, y fue atrapado y muerto. La religiosa, el coche en que ella y el monje fueron capturados y un cochero sin cabeza aparecerán en forma de fantasmas durante siglos.

En el siglo XIX, en ese lugar del condado de Essex se edificó la casa parroquial, construida en 1863 por el reverendo Henry D. E. Bull. Este hombre piadoso habitó en ella con su mujer y sus catorce hijos, sin molestias particulares. Su hijo le sucedió como pastor. En 1900, el 28 de julio, fue visto cla-

ramente el fantasma de la religiosa, pero, aparte esto, sólo hubo la calma que precede a la tempestad.

En 1928, el 2 de octubre, el reverendo Eric Smith fue designado para la casa parroquial de Borley. En 1929, sintiendo que dicha casa estaba encantada, escribió a su periódico, el *Daily Mirror*. El 10 de junio de 1929, el *Daily Mirror* envió para efectuar la investigación al célebre cazador de fantasmas, Harry Price. El día 12 de junio de 1929, comenzó el asunto. Eran lanzadas piedras y otros objetos. Se escuchaban golpes al otro lado de los espejos. La criada vio apariciones. El reverendo Smith, aterrorizado, abandonó Borley. El 16 de octubre de 1930, después de seis meses durante los cuales la parroquia no tuvo titular, las autoridades eclesiásticas designaron a otro reverendo, Lionel A. Foyster.

A partir de ese momento, el lío fue espantoso. Durante dos años, los fenómenos se multiplicaron en todas sus formas. En enero de 1932, se intentó el exorcismo. Un exorcismo bastante curioso, por lo demás, puesto que fue efectuado por un grupo espiritista. Esto calmó un poco a los «espíritus»; luego volvieron a empezar. En mayo de 1937, Harry Price anunció que iba a poner el asunto en claro, y que él mismo se instalaría en la casa parroquial. Llevó al lugar a algunos espiritistas, que entraron en contacto con la religiosa difunta asesinada, una francesa de nombre Marie Lairre. Los fenómenos aumentan.

El 27 de febrero de 1939, a medianoche, las cosas llegaron a su extremo. La casa parroquial encantada se incendió y ardió hasta los cimientos. Los testigos del incendio vieron seres extraños y no humanos, marchando por entre las llamas. Tras ese fin «espléndido», se produjeron sólo algunos pequeños fenómenos.

En 1943, Price encontró osamentas humanas enterradas, que se supuso eran las de la religiosa.

En 1944, se levantó un ladrillo de entre las ruinas y se proyectó contra Price, fallando por poco.

Grupos de docenas de buscadores de fantasmas y espíritus se pasearon por las ruinas malditas.

En 1948, murió Harry Price. Y el mismo año se puso de manifiesto la extraordinaria verdad: *Fue el propio Harry Price, el gran cazador de fantasmas, quien creaba todos los fenómenos.*

Esto recuerda las novelas policíacas en las que el detective es el criminal. Era Harry Price quien lanzaba los ladrillos, hacía los ruidos, daba los golpes, y luego, probablemente, provocó el incendio.

Harry Price sabía, desde 1938, que la leyenda de la religiosa era un camelo completamente inventado en el siglo XVI. Le habían sido porporcionadas pruebas formales, y él se guardó muy mucho de publicarlas. Se hallaron testigos que lo habían visto dar golpes o lanzar los ladrillos. Nada queda de la leyenda.

Esto entristeció a muchas personas. El doctor Paul Vasse escribió: «Parece realmente... que Harry Price forzó la nota, que trucó, que compró a los testigos, queriendo a cualquier precio que la cosa fuera sensacional. Pero quizá, tal como se sugiere al final de este libro con una timidez excesiva, quería dar el empujón, ese empujón de Ampère que fuerza el fenómeno.»

Ese género de «empujón» se llama, hablando claro, trampa. Lo que sigue siendo extraordinario es el modo como la leyenda se acumuló.

Price fue, evidentemente, el responsable de ello, pero el deseo de las gentes de creer a cualquier precio tuvo asimismo una gran parte de responsabilidad.

Durante años, testigos imparciales señalaron la presencia de numerosas ratas en la casa parroquial de Borley. No se les prestó atención. Uno de aquellos testigos escépticos, conductor de un coche que transportaba un grupo de espiritistas, hizo una brillante intervención cuando se quiso evocar al reverendo Bull; situándose en la sombra, gritó con voz gutural:

«El reverendo Bull ha muerto, y vosotros estáis chiflados.» Ese incidente no apareció hasta mucho más tarde, cuando la leyenda se había hundido. Pero fue necesario el libro definitivo de Eric J. Dingwall, Kathleen M. Goldney y Trevor H. Hall *(La casa parroquial encantada de Borley)* para establecer definitivamente la verdad.

Sin embargo, en 1949, numerosos testigos habían afirmado que Price era el responsable del engaño. ¡Aún en nuestros días, aparecen libros que califican a la casa parroquial de Borley como de la «mansión más encantada de Inglaterra»!

La lección que hay que sacar de esta historia es que, en asuntos de parapsicología, conviene desconfiar de todo y de todos.

Semejantes invenciones no son cosa de estos tiempos; hay un gran número de leyendas que son pura fantasía. Ello no significa que todos los fenómenos sean falsos, y otros dos artículos de esta misma serie, los de la clínica maldita de Hossegor y el del fantasma eléctrico de Rosenheim, conciernen a fenómenos cuya realidad está perfectamente establecida.

En el caso de Borley, se trata a la vez de una leyenda que todo el mundo embelleció y de un personaje sin escrúpulos, que sacó de ella numerosos libros, reportajes y emisiones de Televisión y Radio. Es posible que, antes de Price, hubieran habido un cierto número de falsarios que actuasen en Borley. Se ha estudiado con detalle las aventuras de los pequeños grupos de espiritistas y cazadores de fantasmas, variando en número de cuatro a doce, que recorrieron Borley. En numerosos casos, se ve muy claramente cómo la sugestión nace y se propaga, y en el terreno psicológico esos diversos documentos son de un interés enorme.

Lo que también es muy interesante en el asunto de Borley es que en él se encuentra a gentes dispuestas a creer absolutamente cualquier cosa.

Así ocurre que una chaqueta abandonada por un obrero que había venido a limpiar la casa (identificado más tarde),

fue considerada como que había aparecido de un modo paranormal. ¡Cuatro testigos vieron cómo se materializaba! Después de eso, no puede asombrar que se hubiera visto a unas criaturas marchar entre las llamas durante el incendio... Lo que resulta bastante sorprendente es que nunca se haya posado un platillo volante en Borley. Eso se debe probablemente a que los platillos volantes comenzaron a aparecer en cantidad en 1949, en tanto que Price había muerto en 1948; en caso contrario, éste habría podido montar un campo de aterrizaje de platillos volantes en Borley. Pero se han visto en Borley extrañas luces, que quizás eran luces de posición de platillos volantes. Se dijo también que el Grial estaba en el pozo de la casa parroquial. ¿Por qué no? Hay que señalar también que se han organizado en Borley algunos «happenings», en términos modernos, pero que en aquella época se denominaban «fiestas psíquicas».

El periódico *Suffolk Free Press*, al cual dejo toda la responsabilidad, dijo que durante una de tales fiestas, en 1942, se había visto en Borley, en pleno día, el coche fantasma legendario, completo, con sus ocupantes en traje de época, efectuando una visita a la casa parroquial, y luego elevándose por los aires como una nube y desintegrándose, con sus miembros, ruedas, etc., esparciéndose en todas direcciones...

Se señala también el caso de una mujer que visitó Borley y cuya alianza le fue arrancada del dedo. Se oyó rodar una diligencia fantasma por la alameda.

Más de treinta personajes oyeron tañer campanillas invisibles en un corredor que no se encuentra en el plano de Borley.

El 27 de abril de 1941, un investigador espiritista, S. L. Croft, perdió un lápiz en Borley. Según él, dicho lápiz fue llevado al otro mundo. El investigador en cuestión envió una descripción de ese lápiz, para el caso de que fuera implicado en algunos fenómenos.

Otro investigador, en 1947, dejó su impermeable cerca del

«El reverendo Bull ha muerto, y vosotros estáis chiflados.» Ese incidente no apareció hasta mucho más tarde, cuando la leyenda se había hundido. Pero fue necesario el libro definitivo de Eric J. Dingwall, Kathleen M. Goldney y Trevor H. Hall *(La casa parroquial encantada de Borley)* para establecer definitivamente la verdad.

Sin embargo, en 1949, numerosos testigos habían afirmado que Price era el responsable del engaño. ¡Aún en nuestros días, aparecen libros que califican a la casa parroquial de Borley como de la «mansión más encantada de Inglaterra»!

La lección que hay que sacar de esta historia es que, en asuntos de parapsicología, conviene desconfiar de todo y de todos.

Semejantes invenciones no son cosa de estos tiempos; hay un gran número de leyendas que son pura fantasía. Ello no significa que todos los fenómenos sean falsos, y otros dos artículos de esta misma serie, los de la clínica maldita de Hossegor y el del fantasma eléctrico de Rosenheim, conciernen a fenómenos cuya realidad está perfectamente establecida.

En el caso de Borley, se trata a la vez de una leyenda que todo el mundo embelleció y de un personaje sin escrúpulos, que sacó de ella numerosos libros, reportajes y emisiones de Televisión y Radio. Es posible que, antes de Price, hubieran habido un cierto número de falsarios que actuasen en Borley. Se ha estudiado con detalle las aventuras de los pequeños grupos de espiritistas y cazadores de fantasmas, variando en número de cuatro a doce, que recorrieron Borley. En numerosos casos, se ve muy claramente cómo la sugestión nace y se propaga, y en el terreno psicológico esos diversos documentos son de un interés enorme.

Lo que también es muy interesante en el asunto de Borley es que en él se encuentra a gentes dispuestas a creer absolutamente cualquier cosa.

Así ocurre que una chaqueta abandonada por un obrero que había venido a limpiar la casa (identificado más tarde),

fue considerada como que había aparecido de un modo paranormal. ¡Cuatro testigos vieron cómo se materializaba! Después de eso, no puede asombrar que se hubiera visto a unas criaturas marchar entre las llamas durante el incendio... Lo que resulta bastante sorprendente es que nunca se haya posado un platillo volante en Borley. Eso se debe probablemente a que los platillos volantes comenzaron a aparecer en cantidad en 1949, en tanto que Price había muerto en 1948; en caso contrario, éste habría podido montar un campo de aterrizaje de platillos volantes en Borley. Pero se han visto en Borley extrañas luces, que quizás eran luces de posición de platillos volantes. Se dijo también que el Grial estaba en el pozo de la casa parroquial. ¿Por qué no? Hay que señalar también que se han organizado en Borley algunos «happenings», en términos modernos, pero que en aquella época se denominaban «fiestas psíquicas».

El periódico *Suffolk Free Press*, al cual dejo toda la responsabilidad, dijo que durante una de tales fiestas, en 1942, se había visto en Borley, en pleno día, el coche fantasma legendario, completo, con sus ocupantes en traje de época, efectuando una visita a la casa parroquial, y luego elevándose por los aires como una nube y desintegrándose, con sus miembros, ruedas, etc., esparciéndose en todas direcciones...

Se señala también el caso de una mujer que visitó Borley y cuya alianza le fue arrancada del dedo. Se oyó rodar una diligencia fantasma por la alameda.

Más de treinta personajes oyeron tañer campanillas invisibles en un corredor que no se encuentra en el plano de Borley.

El 27 de abril de 1941, un investigador espiritista, S. L. Croft, perdió un lápiz en Borley. Según él, dicho lápiz fue llevado al otro mundo. El investigador en cuestión envió una descripción de ese lápiz, para el caso de que fuera implicado en algunos fenómenos.

Otro investigador, en 1947, dejó su impermeable cerca del

muro del cementerio: en su ausencia, alguien se sentó encima.

Ha habido también numerosos testigos de los que se ignora lo que vieron, pues no quisieron contarlo si no era a cambio de una modesta cantidad de dinero.

Algunos se habrían contentado con una guinea, lo cual es poca cosa, cuando se piensa en el caso de la pareja raptada en América por unos platillos volantes, y que recibió 50.000 dólares por parte de una revista semanal.

Se cita también el caso de un grupo de estudiantes que organizaron una aparición sobre el césped; esta aparición fue descrita con detalle en informes espiritistas.

Hubo también un perro fantasma, pero que, en 1952, fue abatido a tiros de fusil por los habitantes del pueblo Se han efectuado una serie de excavaciones sistemáticas en las bodegas, donde se descubrieron acumuladores, hilos y lámparas eléctricas: todo lo que hace falta para organizar luces fantasmas.

A menos, por supuesto, que esos acumuladores no procedan también del más allá.

Para concluir, he aquí algunas especificaciones efectuadas por un testigo sobre los ladrillos volantes de las ruinas: «Se lo dije con ocasión de nuestra primera entrevista, hace un año: pude observar por mí mismo la más descarada superchería de parte del difunto Harry Price. En abril de 1944, nos llevó a Borley a Monsieur David Scherman y a mí. La versión de Price de lo que ocurrió se encuentra en *E.B.R.*, pág. 284. Habla de un misterioso *ladrillo volador* fotografiado por Monsieur Scherman. Como él hace notar, no había ningún bramante, ni alambre atado al ladrillo, pero lo que él omite mencionar es que había un vigoroso obrero trabajado aún detrás del muro. Lo vimos los tres al pasar cerca de la casa para ir a tomar la fotografía. No hay absolutamente ninguna duda de que los ladrillos voladores, de los cuales varios aparecieron a intervalos regulares, eran proyectados por ese obrero en el transcurso de su trabajo de demolición.»

En conclusión: en materia de asuntos paranormales, la desconfianza más absoluta se impone. Por no haber sido observada frecuentemente esa regla, la realidad de lo paranormal no es admitida por muchos espíritus serios, que han sido desalentados por casos como el de Borley.

La historia de la casa parroquial de Borley tiene una moraleja.

Hela aquí:

Si bien la negación sistemática es tan nociva para la investigación como la credulidad más ingenua, no por ello dejan de ser imprescindibles la duda y la desconfianza. Hay que desconfiar siempre, hay que controlar siempre. 99 casos de cada 100 resultan falsos, pero el centésimo se sostendrá y podrá ser utilizado.

Eso es lo que quería el propio Charles Fort, y eso es lo que hemos intentado hacer todos en este libro.

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat.
Barcelona